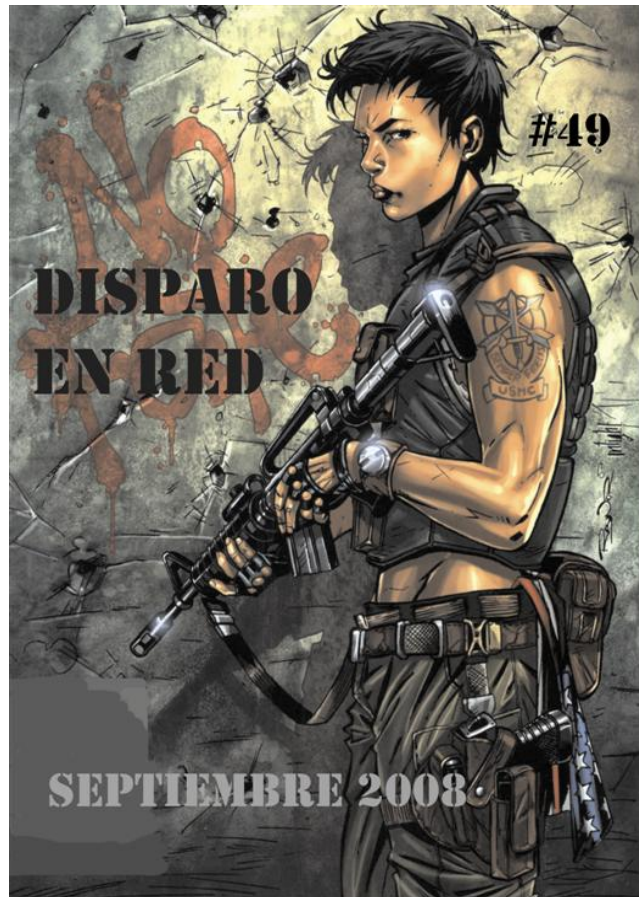


HOY: 2 de SEPTIEMBRE del 2008



DISPARO EN RED: Boletín electrónico de ciencia-ficción y fantasía.

De frecuencia mensual y totalmente gratis.

Para descargar disparos anteriores:

<http://www.esquina13.co.nr>

<http://www.cubaunderground.com>



Editores:



Darthmota.



Jartower.

Colaboradores:

Taller de Creación ESPIRAL de
ciencia ficción y fantasía.

espiral@centro-onelio.cult.cu ,
espiralgrupo@yahoo.es

Anabel Enríquez István Bent
Vera in havana Cohan
Leonardo Gala Raúl Aguiar

0. CONTENIDOS:

1. La frase de hoy: James Cameron.
2. Artículo: Karel Capek: la ficción más real, Santiago Díez San José.
3. Cuento Clásico: ¿Quién hay ahí?, John W. Campbell, Jr.
4. Cuento made in Cuba: Expreso Habana-Amstelveen, Yoss.
5. Humor: Teatro de Crueldad, Una Historia Corta del MundoDisco, Terry Pratchett
6. ¿Cómo contactarnos?

Portada: Tara Connor.

Universo: Terminador Infinity.

1. LA FRASE DE HOY:

... que la vida mundana de alguien es el Technicolor de otro.

Días extraños.

James Cameron.

AL INDICE

El sitio web del Fantástico Cubano



<http://www.cubaliteraria.cu/guaican/index.html>

2 .ARTICULO : Karel Capek: la ficción más real.

por Santiago Díez San José

Tomado del sitio web: <http://www.ccyberdark.net/articulos.html> con la mejor buena voluntad y sin animo de lucro.

Cuando el húngaro Imre Kertesz fue galardonado con el premio Nobel de literatura, para muchos medios fue ganado para las letras de la Europa del Este. Es cierto que lo que se pueda saber sobre la literatura del Este es lo mismo que sobre la literatura húngara, es decir, prácticamente nada, pero las diferencias son importantes más allá de un amasijo de países difíciles de colocar en un mapa delante de la frontera rusa. Desde el aislado Ismael Kadaré en Albania al inclasificable Diccionario jázaro de Mirolad Pavic, desde escritores que se expresan en una lengua romance como el rumano a autores que utilizan el alfabeto cirílico, de la católica Polonia a la ortodoxa Serbia, la supuesta literatura de los países del Este no puede ser más distinta.

Entre todas ellas destacan la literatura polaca y la checa, que junto con la húngara son las únicas que cuentan con varios premios Nobel, lo que refleja una tradición escrita mucho más antigua que la de sus vecinos. Además, y si vale de algo, son las únicas con títulos que han sido capaces de traspasar fronteras y vender en masa como Quo Vadis? de Henryk Sienkiewicz o La insoportable levedad del ser de Milan Kundera, uno de los libros más vendidos en 1984. Con todo esto quizá no sea mucho decir que Karel Čapek es, después de Kafka –que, aunque nacido en Praga, escribía en alemán–, uno de los más importantes y más conocidos escritores checos.

Čapek fue uno de esos pensadores de las primeras décadas del siglo pasado comprometido social y políticamente que desarrolló una amplísima labor a través de distintos medios. Periodista, dramaturgo, escritor de novelas y libros de viajes, la mayor parte de su obra apareció originalmente en los diarios checos de la época que, si bien más tarde han sido

recopilados en distintos ensayos, prácticamente están inéditos en castellano. Actualmente Čapek es más conocido por sus obras de teatro, las cuales, sobre todo al principio, escribió en compañía de su hermano mayor Josef. En cualquier caso, independientemente del medio que utilizara, su mensaje siempre era el mismo: la lucha contra los totalitarismos y la estupidez humana. Esto es quizá uno de los pocos rasgos que sí tienen en común los distintos escritores de la Europa de Este.

En la historia de la literatura checa es inútil remontarse a otras épocas para encontrar un marco de referencia que sea algo parecido a una sociedad estable. Constantemente zarandeada entre imperios y esferas de influencia o luchas entre católicos y protestantes, parece que los escritores checos no han tenido más remedio que hablar de su agitado pasado o, como en el caso de Čapek, de su más que incierto futuro. Al menos ésta ha sido la imagen que de sí mismos han arrojado en su literatura. Sin tener en cuenta el flaco consuelo de que malas épocas engendran obras perdurables, lo trágico del asunto reside en la desesperanza que transmite Čapek, sobre todo en el segundo período de su obra, heredera de la que ya mostraron Jakub Arbes o Ladislav Klíma y que luego, convertida en mal endémico, llegó hasta obras como *Yo que he servido al rey de Inglaterra* de Bohumil Habral, escrita en un cercano 1971.

Čapek luchó constantemente por una democracia que no llegaba nunca, por el predominio del individuo frente a las masas, la del trabajador por encima de la mecanización incontrolada. En definitiva, por mantener la cordura e imponer la razón y no la fuerza. Pero lo que empezó con un «cuidado» acabó con un «ya lo dije». En el momento que Francia e Inglaterra dejaron a Checoslovaquia a su suerte a través del acuerdo de Munich, Čapek se negó a abandonar su país, terminó de decir todo lo que tenía que decir y acabó formando parte del rosario de intelectuales mártires que murieron del lado de la razón. Su salud, ya de por sí precaria, se fue deteriorando hasta que una nefritis complicada con una neumonía acabó con su vida la noche de Navidad de 1938. Su hermano, pintor de la escuela cubista y colaborador suyo en algunas obras, corrió peor suerte y aunque resistió toda la contienda, murió en 1945 en un campo de concentración.

Igualmente, Čapek formó parte de ese grupo de escritores eternos candidatos al Nobel que nunca lo ganaron por sus implicaciones políticas. A la Academia sueca no le pareció prudente galardonar a alguien que se oponía al régimen nazi de forma tan abierta. Por si fuera poco, durante las décadas posteriores su obra fue censurada en los países comunistas. Pero tarde o temprano el valor de la obra de este escritor tenía que salir a la luz y, ahora, 50 años más tarde, Čapek aparece en los sellos de la República Checa, sus obras vuelven a publicarse e incluso aparecen recopilaciones inéditas de sus artículos periodísticos. Pero lo que a buen seguro le hace más justicia a él y a todos esos intelectuales que defendieron sus ideas por encima de todo, fue la llegada a la presidencia de la república de un escritor: Vaclav Havel. Al igual que Čapek de salud precaria pero igual de inflexible con los totalitarismos, intelectual «políticamente agnóstico» y dramaturgo.

Čapek resucitado

R.U.R., el título que reeditó Minotauro junto con La fábrica de absoluto, es la obra más antigua de Čapek de las traducidas al castellano. Según Darko Suvin, –uno de los mayores estudiosos de la literatura de ciencia ficción y en especial de la no anglosajona– pertenece a la primera época de su autor; período que abarca los diez años siguientes al término de la Primera Guerra Mundial y que se caracteriza, sobre todo, por mantener la confianza en el criterio de la clase media frente a las amenazas de la industrialización, las políticas totalitarias y la capacidad para decidir por sí mismos lo más conveniente como parte de la sociedad. Junto con La guerra de las salamandras es su obra más conocida, aunque de ninguna manera la más trascendental. Mientras que otros títulos saltaron de la lengua original a otras, R.U.R. fue popularizada a través de la traducción y su posterior representación en teatros de habla inglesa. Aunque Čapek nunca le dio demasiada importancia, siempre que pudo expresó su malestar a que fuera comparada con otros relatos de temática aparentemente parecida, es decir, novelas de máquinas extraordinarias o de, como por entonces eran llamados, autómatas. Para él la ciencia ficción de casi toda su obra era simplemente una solución práctica y, como solía decir, R.U.R. no hablaba de máquinas, hablaba de hombres.

Pero al igual que los hijos, que nunca se sabe cómo van a salir, R.U.R. ha superado en fama a todas sus hermanas, si bien es verdad que buena parte de su popularidad se debe a una palabra que fue acuñada por primera vez aquí y que ya casi arrastra como un estigma: robot. Lo más curioso del asunto reside en que este término, propuesto por Josef Čapek y que vino a sustituir a los ya existentes –autómata y androide–, hoy en día designa fundamentalmente a una máquina, cuando en la obra realmente hacía referencia a todo lo contrario: a seres artificiales sí, pero de constitución orgánica con músculos, venas y vísceras.

La historia comienza en una isla en alguna parte del océano donde se construyen los robots Rossum como mano de obra barata, similares en aspecto a cualquier otro hombre pero sin incómodos e inútiles sentimientos que no sirven de nada a la hora de trabajar. La marcha de la fábrica se ve trastocada por la llegada a la isla de Helena, la esposa del director, preocupada por la falta de alma que ha observado en los robots. Sus propuestas no llegan demasiado lejos ya que, cuando los robots son conscientes de su superioridad frente al hombre, deciden exterminar a la raza humana, lo cual consiguen con la excepción del personal de la isla. –El tema de la revuelta de los trabajadores ya había sido utilizado en algunos relatos de los hermanos Čapek como el primero en el que colaboraron juntos, “Sistema”–. Los robots, que inevitablemente cuentan con fecha de caducidad, intentan primero hacerse con la fórmula de su organismo, lo que ellos llaman «el secreto de la vida» y, más tarde, cuando no lo consiguen, buscan que el único humano vivo, el ingeniero jefe de la fábrica, les redacte de nuevo la fórmula.

En R.U.R., a pesar de ser una obra considerada menor por sus autores, es bastante representativa de su manera de pensar. La dualidad de las máquinas cuyo comportamiento no es inherente a ellas sino reflejo del que observan en los humanos; la ética de cada uno de los personajes, donde todos tienen una parte de razón; y el uso de uno de los personajes principales perteneciente a la clase media –para la que Čapek escribía– como juez moral de los actos del resto.

Teniendo en cuenta lo breve de esta obra, ya en su día, cuando fue publicada por Alianza Editorial, venía acompañada por otra de los hermanos Čapek llamada El juego de los insectos. En esta ocasión, por cierto, no omitieron como ha hecho Minotauro el nombre de Josef Čapek como coautor de esta fábula convertida en obra de teatro. En ella personifican el comportamiento social de su época en insectos: desde las inevitables hormigas que aquí trabajan sobre todo para la guerra, hasta la despreocupada juventud de la clase burguesa, representada como mariposas. Escrita en 1921, refleja en los insectos todos los defectos que veía a su alrededor amalgamados con los peores para aquellos tiempos: la indiferencia primero y la resignación después. Para él –los acontecimientos demostraron que tenía razón– esta actitud era un suicidio diario para los tiempos que su país estaba viviendo.

Mientras Minotauro optó por acompañar a R.U.R. con una novela, que es el formato que mejor utiliza Čapek para la ciencia ficción: La fábrica de absoluto. Un relato al que llamó «novela-columna» y que apareció originalmente en prensa a lo largo de 1922.

Trata de uno de esos descubrimientos que pone a la humanidad al borde del filo; un invento que, depende de cómo sea empleado, puede conducir hacia la utopía o a hacia el caos total. El concepto es muy original y bastante trasgresor para la época. Como cualquier otra fábrica, las de esta novela abastecen de electricidad a la vez que crean una materia residual que contamina el ambiente. La diferencia está en que esa polución es una polución divina; lo que crean es a Dios. A partir de entonces se impone una especie de comunismo donde cada persona tiene acceso a lo absoluto, a lo divino. Con esta premisa se crean todo tipo de paradojas, tan divertidas como profundas, de las que sale constantemente mal parado el fanatismo y la estrechez de miras.

Čapek establece varios debates: si cualquier persona es capaz de manejar el concepto de Dios por sí mismo o si, por el contrario, es necesario que siga siendo interpretado por la liturgia y la parafernalia de la iglesia para que la masa lo asimile. Si el Dios creado por la Historia –el imaginado por los hombres, el «sucedáneo»– es, al fin y al cabo, más apropiado y más manejable que el Dios auténtico. Lo que queda claro es que no existen utopías ni soluciones fáciles; cualquier supuesto adelanto que dependa del uso que de él

hagan los hombres –ya sean robots, salamandras o Dioses personales–, siempre que sea susceptible de ser utilizado tanto para el bien como para el mal, su utilización tenderá hacia este último valor.

En último lugar, de este período ya sólo encontramos traducido a nuestra lengua la obra más curiosa de Čapek: El caso Makropoulos. En esta ocasión la ciencia ficción es totalmente a placer, no hay crítica social ni juicios morales. El texto, además, ha sido utilizado por el también checo Leos Janacek como base para una de sus óperas, que desde hace unos años está siendo representada con bastante asiduidad. La obra, dividida en tres actos, comienza en el bufete del abogado Kolenaty el cual lleva un caso con el que han tenido que tratar varias generaciones de su familia. El Baron Ferdinand Josef Prus murió y su herencia, la fortuna de los Loukov, ha pasado a la familia Prus a pesar de que había instrucciones para que fuera a parar a manos de la orden de los teresianos, concretamente a las de Ferdinand Gregor. Cuando todo parece que se va a solucionar a favor de la familia Prus aparece la cantante de ópera Emilia Marty, quien dice saber dónde es posible encontrar el documento que testificará que la herencia es de la familia Gregor. A pesar de las dudas, el abogado Kolenaty encuentra algunas de tales pruebas en la misma taza de té que la diva había descrito.

En el segundo acto aparece Hauk-Sendorf, quien al ver a Emilia Marty recuerda instantáneamente a una amante que tuvo hace 50 años: la cantante española Eugenia Montez. En ese momento Emilia se dirige a él castellano y le pide un beso utilizando el apelativo cariñoso de Maxi. Más tarde, tras rechazar a dos pretendientes, uno de la familia Gregor y otro de la familia Prus, intenta convencer a Janek Prus de que recupere unas cartas que obran en poder de su padre. En ellas una tal Elina Makropoulos atestigua que su madre tuvo un hijo con el Barón Ferdinand llamado Ferdinand Gregor.

En el tercer acto, cuando el padre de Janek Prus ha descubierto las intenciones de su hijo, ofrece darle él mismo las cartas a la diva si pasa una noche en su compañía. A pesar de la frialdad de Emilia durante la noche Jaroslav Prus le da las cartas entre las que se encuentra un sobre cerrado. Pero de nada sirven las cartas que darían la razón a la familia Gregor pues

parece que todas las firmas proceden de una misma persona y que todo puede ser un engaño.

El final, la única parte de la obra donde se encuentra la ciencia ficción, contiene varios desenlaces algunos previsibles y otros sorprendentes, pero todos cargados del famoso «sentido de la maravilla», tan raro en la obra de Čapek.

La llegada del nazismo

Con la llegada del nazismo comienza la época más amarga en la vida de Čapek, que abrirá ese segundo periodo de su obra donde los finales de los relatos ya no son esperanzadores y la verdad, al igual que en la propia vida del autor, ya ha perdido todo su valor. Si en el primer período todos los personajes tienen sus motivaciones justificadas, en éste ya no hay excusas. La sabiduría popular en la que confía desaparece, la culpabilidad alcanza a casi todos los personajes y el progreso de los avances científicos no va acompañado de un progreso moral.

La plaga blanca es la única obra de teatro traducida al castellano de este período. La plaga del título es una tipo de lepra letal cuyos primeros síntomas son la aparición de puntos blancos; se transmite con suma facilidad y, hasta la llegada del personaje principal, el Dr. Gallum, no tiene cura. Este médico está dispuesto a salvar todas las vidas necesarias, pero no a través de la aplicación del tratamiento sino utilizando éste como medida de presión a fin de parar una guerra inminente. Como era previsible el chantaje no prospera y el país comienza la guerra que contará precisamente con la plaga como principal arma. Más adelante las condiciones cambian y se produce una nueva oportunidad para que el doctor lleve a buen fin su propuesta: el principal promotor de la guerra, el dictador del país, ha descubierto un punto blanco en su cuerpo y, persuadido por sus hijos, está dispuesto a parar el conflicto a cambio del tratamiento que salvará su vida.

Al parecer Čapek escribió esta obra muy influenciado por los acontecimientos que se estaban produciendo en España en ese momento, el año 1937. Aunque esto no es un detalle

que pueda modificar excesivamente la perspectiva de la obra, está claro que, por unas u otras razones, difícilmente se puede esperar un final feliz.

En cuanto a las novelas, en este periodo encontramos su obra más famosa: La guerra de las salamandras. Escrita en 1936, está dividida en tres partes. La primera lleva el título de “Andrias Scheuchzeuri”, nombre científico con el que se designa a la nueva especie y que narra el descubrimiento por parte de un capitán de barco de estos animales. Sumamente inteligentes pero confinados a un pequeño hábitat del que les es imposible salir a causa de la ferocidad de los depredadores, son liberadas por el hombre para ser llevadas a occidente. Este salto más allá de su nicho ecológico está irónicamente simbolizado por las fechas del 3 y 13 julio; un día antes que las fechas de independencia de Estados Unidos y Francia. El contacto con el mundo exterior se produce progresivamente y, lo que en un principio es una atracción de feria, poco a poco va demostrando sus posibilidades como excelentes trabajadores. Ya en este punto tenemos a los primeros culpables de la catástrofe que se avecina: por un lado, los medios de comunicación, cómplices involuntarios de las salamandras que sólo dan una visión hueca y sin sentido de este exótico descubrimiento. Más interesados en un punto de vista romántico de la nueva sensación ocultan y tergiversan toda información que se tiene de ellas. Por otro lado están los intelectuales y los científicos que eluden su responsabilidad. Temerosos de quitar de las manos el nuevo juguete y convertirse en blanco de la ira de la gente, miran hacia a otro lado incapaces de afrontar la amenaza.

En la segunda parte del libro, “Los pasos de la civilización”, el lector ve cómo las salamandras van construyendo su propia sociedad a semejanza de la del hombre, con un desarrollo industrial carente de ética no solo de cara a los humanos sino hacia ellas mismas —es tremendo el momento en que aparece la salamandra aria—. Rígidamente distribuidas en clases sociales, las salamandras no muestran el más mínimo atisbo de empatía hacia todo lo que las rodea. Su sociedad, construida en detrimento de la nuestra y basada únicamente en el instinto de supervivencia, ha sido posible gracias a la indiferencia de la gente y el apoyo de los gobiernos y los empresarios que las dieron más poder del que debían. Al final, en la tercera parte del libro, la guerra es inevitable y ni los pactos de los que intentarán

beneficiarse los países en perjuicio de otros ni las patéticas conferencias de paz que llegan ya demasiado tarde podrán dar alguna esperanza para la humanidad. Unos por otros, la responsabilidad de cada conducta se diluye en una conducta global de la que casi nadie se cree culpable pero de la que todos son víctimas.

La vigencia de las ideas de Čapek permanece todavía hoy con una autoridad indiscutible. La guerra de las salamandras no hace concesiones a nadie. De nada sirven las conferencias de las que nos hablan los medios de comunicación si las imágenes y la lógica nos están diciendo otra cosa. De nada vale buscar la paz si los mismos que la propugnan son los mismos que venden las armas. En el caso de Čapek no hay más que sustituir la palabra salamandra por nazi para comprender la tragedia que estaba a punto de ocurrir en la época en que fue escrito el relato y de cómo la indiferencia convierte a todos en cómplices. Desgraciadamente a la ciencia ficción de Čapek no le hacían falta grandes cataclismos ni amenazas extraterrestres. El peligro estaba mucho más cerca y la solución no dependía de nadie más que de nosotros mismos. Al fin y al cabo en sus obras la civilización nunca muere, siempre se suicida.

El resto de la obra de Čapek, bastante extensa si tenemos en cuenta que murió a los 48 años de edad, está compuesta por todo tipo de escritos. Ensayos; libros de viaje, -de los cuales está traducido Viaje a España; recopilaciones de artículos aparecidos en prensa; e, incluso, biografías, entre las que destaca la que escribió sobre su amigo, T.G. Masaryk, presidente de la Republica Checa durante muchos años y una gran influencia junto con el propio Čapek para Vaclav Havel y todos los intelectuales checos posteriores que tomaron parte en la Revolución de Terciopelo. En total, cerca de un centenar de obras que, esperemos, algún día, salgan a la luz traducidas.

AL INDICE

3. CUENTO CLASICO: ¿Quién hay ahí?

Por John W. Campbell, Jr.

Cuento original en el que se inspiraron las películas *El enigma de otro mundo*, 1951 y *La Cosa*, 1982.

1

Aquello hedía. Con un hedor extraño, el hedor de una mezcla de olores que sólo conocen las cabañas sumergidas en los hielos de un campamento antártico, y en el que se advierten el olor a sudor humano y el denso dejo a aceite de pescado de la esperma de foca derretida. Un dejo a linimento combatía el rancio hedor a pieles impregnadas de sudor y de nieve. El acre olor a grasa de cocinar quemada y el olor animal y no desagradable de los perros, diluidos por el tiempo, se cernían en el aire.

Los olores a aceite de máquina que subsistían contrastaban claramente con el de los arneses y cueros. Pero, en cierto modo, entre todo aquel hedor a seres humanos y a sus compañeros —los perros, las máquinas y la cocina— se percibía otra tonalidad. Era algo raro, asfixiante, el dejo apenas perceptible de un olor extraño entre los olores de la industria y de la vida: Y era un olor a vida. Pero provenía del objeto que yacía atado con cuerdas y lona embreada sobre la mesa, goteando lenta y metódicamente sobre los pesados tablones, húmedo y delgado bajo el resplandor sin pantalla de la luz eléctrica.

Blair, el pequeño biólogo calvo de la expedición, tiró nerviosamente de la envoltura, descubriendo el hielo límpido y oscuro que había debajo y reintegrando luego a su lugar la lona embreada, con gesto de impaciencia. Sus pequeños movimientos de pájaro y su reprimida ansiedad hacían bailar su sombra sobre la orla de la ropa interior de un gris sucio que pendía del bajo cielo raso, y sobre su orla ecuatorial de cabello erizado y gris en torno de su pelado cráneo, formando una cómica aureola.

El comandante Garry se adelantó hacia la mesa. Lentamente, sus ojos rastrearon los círculos de hombres apretujados en la Casa de la Administración. Su cuerpo alto y erecto concluyó de erguirse y asintió.

—Treinta y siete. Todos están aquí.

Hablaba en voz baja, pero ostentaba la clara autoridad de un comandante nato, de un comandante que no sólo lo es por su título.

—Ustedes conocen en líneas generales lo que hay en la trastienda de este descubrimiento de la expedición del Polo Secundario. He estado conferenciando con el segundo comandante McReady y con Norris, así como con Blair y el doctor Copper. Hay una diferencia de opiniones, y como esto involucra a todo el grupo conviene que todo el personal de la expedición se ocupe del asunto.

“Voy a pedirle a McReady que les proporcione los detalles, ya que ustedes han estado demasiado atareados con sus respectivos trabajos para seguir de cerca los esfuerzos de los demás. ¿McReady?”

Al surgir del segundo término, donde se cernía el azul del humo, McReady parecía una figura de algún mito olvidado, una estatua de bronce dotada de vida y que caminaba: Media metro noventa, y cuando se detuvo junto a la mesa, después de una mirada característica hacia arriba para cerciorarse de que tenía espacio suficiente bajo las cortas vigas del techo, se irguió. Llevaba aún su chaqueta, resistente y de un anaranjado detonante, pero que dada su enorme complexión física no parecía fuera de lugar. Aun allí, a metro y medio por debajo del viento que zumbaba sobre la desolada extensión antártica, penetraba el frío del continente helado y daba sentido a la aspereza del hombre. Y McReady era de bronce: su barba, de un rojo bronceo, y la roja cabellera a tono con ella. Las nudosas manos que se crispaban y descansaban continuamente sobre los tablones de madera, eran de bronce. Hasta los hundidos ojos, bajo aquellas gruesas cejas, tenían tonalidades bronceas.

La durabilidad del metal, que resistía al tiempo, se revelaba en los ásperos y duros contornos de su rostro y en los suaves tonos de su gruesa voz.

—Norris y Blair están de acuerdo en una cosa: en que el ser que hemos hallado aquí no es... de origen terrestre, Norris teme que pueda haber peligro en eso; Blair dice que no lo hay.

“Pero volveré a explicar cómo y por qué lo encontramos. Según todo lo que se sabía antes de que viniéramos aquí, parece ser que este punto se halla exactamente sobre el polo magnético sur de la Tierra. La brújula no apunta directamente hacia aquí, como todos ustedes saben. Los instrumentos más delicados de los físicos, especialmente diseñados para esta expedición, y su estudio del polo magnético, percibieron un efecto secundario, una

influencia magnética secundaria y menos poderosa a unos ciento treinta kilómetros al sudoeste de aquí.

“La expedición magnética secundaria salió a investigar. No hay necesidad de detalles. Lo hallamos, pero no era el enorme meteorito ni la fuente magnética que esperaba encontrar Norris. La ganga de hierro es magnética, como ustedes saben: el hierro, con tanto mayor motivo..., y ciertos aceros especiales, más magnéticos aún. A juzgar por las indicaciones superficiales, el polo secundario que encontramos era pequeño, tan pequeño que su efecto magnético era ridículo. Ningún material magnético concebible podía causarlo. Los sondeos del hielo indicaron que estaba dentro de los treinta metros de la superficie del ventisquero.

“Creo que ustedes deben conocer la estructura del lugar. Hay una ancha meseta, una extensión llana que llega a más de doscientos treinta kilómetros al sur de la estación secundaria, según dice Van Wall. Él no tuvo tiempo ni combustible para volar más lejos, pero aquella meseta se extendía con la misma lisura hacia el sur. Ahí mismo, donde estaba enterrado eso, había un cerro hundido en el hielo, una muralla de granito que había impedido que los hielos se arrastraran hacia el sur.

“Acampamos durante doce días allí, en el borde de esa cordillera hundida en el hielo. Cavamos nuestro campamento en el azul hielo que formaba la superficie. Pero durante doce días consecutivos el viento sopló a 70 kilómetros por hora: Llegó hasta los 80 y bajó a los 60. La temperatura era de 63 grados bajo cero. Aumentó a 60 y bajó a 68. Aquello era meteorológicamente imposible y prosiguió en forma ininterrumpida durante doce días y doce noches.

“Más al sur, el aire helado de la meseta polar del sur surge de ese cuenco de 6.000 metros, baja por un desfiladero de la montaña, pasa por sobre un glaciar y sigue hacia el norte. Debe de haber una cordillera que forma túnel y lo encauza, y lleva ese aire helado por espacio de 600 kilómetros hasta dar con la pelada meseta donde encontramos el polo secundario, y a 550 kilómetros más al norte llega al océano Antártico.

“Allí siempre ha habido hielos, desde que la Antártida se heló hace veinte millones de años. Nunca debe de haberse producido un deshielo.

“Hace veinte millones de años, la Antártida estaba empezando a helarse. Pero practicamos investigaciones y bosquejamos conjeturas. Lo que sucedió fue poco más o

menos esto:

“Algo bajó del espacio, una nave. La vimos allí, en el hielo azul: era algo así como un submarino sin torrecilla ni timones orientadores, de 90 metros de longitud y 15 de diámetro en su parte más gruesa.

“Aquello bajó del espacio, impulsado y llevado por fuerzas que los hombres no han descubierto aún, y no sé cómo, quizás algo funcionó mal, quedó atrapado en el campo magnético de la Tierra. Vino aquí, al sur, sin gobierno probablemente, circunvalando el polo magnético. Hubo probablemente una fuerte nevada, así como un acarreo de materiales de los ventisqueros, y volvió a nevar mientras el continente se helaba: El torbellino debió de ser allí particularmente fuerte, ya que el viento lanzaba un compacto manto blanco sobre el borde de esa montaña, ahora enterrada.

“La nave chocó al avanzar con una masa de granito y quedó destrozada. Aunque no murieron todos los pasajeros, el aparato debió de quedar estropeado y su mecanismo de impulsión bloqueado. Norris cree que lo atrapó el campo magnético de la Tierra.

“Uno de los pasajeros salió de la nave. El viento que soportamos allí nunca bajó de los 41 kilómetros por hora y la temperatura nunca excedió los -60° . Luego, el viento debió arreciar. Y la nevada caía en maciza sábana. Ese *ser* debió de extraviarse a diez pasos de distancia.

McReady hizo una breve pausa, y su grave y firme voz dejó paso al zumbido del viento en las alturas y al incómodo y malicioso gorgoteo en la chimenea del hornillo de la cocina.

El viento, un viento ventisquero, soplabla en lo alto. Ahora, la nieve recogida por las murmurantes ráfagas caía en líneas parejas y cegadoras sobre la parte delantera del sepultado campamento. Si un hombre salía de los túneles que unían los edificios subterráneos del campamento, se perdía a diez pasos de distancia. Afuera, el dedo delgado y negro del mástil radio telefónico se erguía a 100 metros de altura, y más arriba estaba el claro cielo nocturno. Un cielo de viento débil y gimiente que cubría el manto lamiente y enroscado del alba. Y, al norte, llameaban en el horizonte los extraños y airados colores del crepúsculo de la medianoche. Eso era la primavera a 100 metros de altura sobre la Antártida.

En la superficie, estaba la muerte blanca. Una muerte en que los dedos, helados y

rígidos como agujas, rehuían el viento y absorbían el calor de todas las cosas tibias. El frío... y una blanca niebla del interminable nevar de los ventisqueros, de las muy finas partículas de nieve que lo lamían todo y oscurecían todas las cosas.

Kinner, el pequeño cocinero con cicatrices en el rostro, se estremeció. Cinco días antes había salido a la superficie para ir a un escondrijo de carne helada. Llegó a él, inició el regreso... y, de pronto, surgió del sur el viento ventisquero. La fría y blanca muerte que cruzaba el suelo lo cegó en veinte segundos. Prosiguió la marcha a ciegas, describiendo círculos. Transcurrió media hora antes de que unos hombres, guiados desde abajo con una cuerda, lo hallaran en la impenetrable lóbreguez.

Le era fácil a un hombre —o a un *ser*— extraviarse a diez pasos.

—Y el viento era entonces, probablemente, más impenetrable de lo que creemos.

La voz de McReady le evocó a Kinner el bienvenido y húmedo calor del edificio de la administración.

—El pasajero de la nave tampoco estaba preparado, según parece. Se heló a tres metros del misterioso aparato.

“Cavamos para encontrar la nave y nuestro túnel dio por casualidad con aquel ser... helado. El hacha para el hielo de Barclay le golpeó el cráneo.

“Cuando vimos lo que era, Barclay volvió al tractor y encendió el fuego y, cuando empezó la presión del vapor, llamó a Blair y al doctor Copper. El propio Barclay estaba enfermo, entonces. En realidad, estuvo enfermo durante tres días.

“Al llegar Blair y Copper, sacamos a aquel ser metido en un bloque de hielo, como ustedes ven, lo envolvimos y lo cargamos en el tractor para volver aquí.

“Queríamos entrar en la nave. Llegamos al flanco de la misma y descubrimos que su metal era desconocido para nosotros. Nuestras herramientas no magnéticas de berilio-bronce no podían afectarlo. Barclay tenía alguna herramienta de acero en el tractor y tampoco eso lo raspaba. Hicimos *tests* razonables: hasta intentamos algún ácido de los acumuladores, sin resultados. Cuando llegamos a una compuerta casi cerrada, cortamos el hielo a su alrededor. A través de una pequeña hendidura pudimos mirar y vimos que allí sólo había metal y herramientas, de modo que decidimos desprender el hielo con una bomba.

“Teníamos bombas de decanita y de termita. La termita ablanda el hielo; la decanita

podía destruir cosas de valor, mientras que el calor de la termita aflojaría simplemente el hielo. El doctor Copper, Norris y yo pusimos una bomba de termita, le hicimos una conexión y llevamos el conector por el túnel hasta la superficie, donde esperaba Blair con el tractor a vapor. A cien metros al otro lado de aquel muro de granito hicimos estallar la bomba de termita.

“El metal de la nave, que era seguramente una aleación con un noventa y cinco por ciento de magnesio, se incendió. El resplandor de la bomba fulguró y se extinguió; luego, empezó a brillar de nuevo. Volvimos corriendo al tractor y gradualmente el resplandor se acentuó. Desde donde estábamos pudimos ver todo el témpano, iluminado desde abajo por una luz insoportable: la sombra de la nave era un gran cono oscuro que llegaba hasta el norte, donde la luz crepuscular había desaparecido casi. Aquello duró un instante, y contamos otras tres sombras que debían de ser pasajeros helados allí. Luego, los hielos se abatieron sobre la nave.

“No sé cómo, en el cegador infierno, pudimos ver grandes objetos inclinados, moles negras. Aquellos debían de ser los motores, lo sabíamos. Secretos que se diluían en una radiación flamígera..., secretos que habrían podido darle al hombre los planetas. Cosas misteriosas que podían levantar y arrojar esa nave... y que se habían impregnado de la fuerza del campo magnético de la Tierra.

“El aislamiento, algo, cedió. El campo magnético de la Tierra, que había impregnado los motores, quedó libre. La aurora cayó en el cielo, y la meseta entera quedó bañada en un fuego frío que impedía la visión. El hacha para hielo que tenía en la mano se calentó al rojo. Los botones de metal de mis ropas me quemaron, y un relámpago azulado saltó hacia arriba desde más allá de la pared de granito.

“Luego, las murallas de hielo se desplomaron sobre aquello. Por un momento, chilló como el hielo seco cuando es oprimido entre metales.

“Estábamos a ciegas y durante horas vagamos a tientas por las tinieblas mientras nuestros ojos se reponían. Descubrimos que todas las bobinas, dinamos y receptores radiotelefónicos, auriculares y altavoces, en un kilómetro y medio a la redonda, estaban fundidos. De no haber tenido el tractor a vapor, no habríamos llegado al campamento secundario.

“Van Wall levantó el vuelo del Gran Imán al salir el sol, como ustedes saben.

Volvimos a la base lo antes posible. Esta es la historia de... eso.

La gran barba de bronce de McReady señaló el objeto que estaba sobre la mesa.

2

Blair se movió con malestar, y sus pequeños dedos huesudos se retorcieron bajo la fuerte luz. Las pequeñas manchas marrones de sus nudillos se movieron hacia atrás y adelante, mientras los tendones temblaban bajo su piel. Apartó un fragmento de lona embreada y miró con impaciencia el oscuro objeto rodeado de hielo que estaba dentro.

El corpachón de McReady se irguió. Ese día había viajado sesenta kilómetros en el tractor que se balanceaba y trepitaba, avanzando hacia el Gran Imán. Hasta su serena voluntad era apremiada por la ansiedad de volver a confundirse con seres humanos. Reinaba la calma y el silencio en el campamento secundario, donde un viento-lobo llegaba ululando desde el polo. El viento-lobo aullaba en sus sueños: el viento zumbaba y el maligno y execrable rostro de aquel monstruo miraba de soslayo, tal como él lo viera por primera vez a través del hielo límpido y azul, con un hacha de bronce hundida en el cráneo.

El gigantesco meteorólogo volvió a hablar.

—El problema es el siguiente —dijo—. Blair quiere examinar ese ser. Deshellarlo y hacer placas microscópicas de sus tejidos. Norris no cree que esté exento de peligros, y Blair sí. El doctor Copper está de acuerdo con Blair. Norris, naturalmente, es un físico y no un biólogo. Pero hace hincapié en un punto que todos debemos oír. Blair ha descrito las formas de vida microscópicas que los biólogos llaman vivas, aun en estos parajes tan fríos e inhospitalarios. Se hielan en cada invierno y se deshuelan en cada verano, durante tres meses, y viven.

“Lo que hace notar Norris es que se deshuelan y reviven. Debe de haber existido vida microscópica vinculada a ese ser. La hay en todos los seres vivos que conocemos. Y Norris teme que pongamos en libertad una plaga, alguna enfermedad con gérmenes desconocidos para la Tierra, si deshelamos a esos seres microscópicos que han estado congelados ahí durante veinte millones de años.

“Blair admite que esta microvida puede conservar la facultad de vivir. Los seres inorgánicos, como las células individuales, pueden conservar la vida durante periodos

desconocidos cuando se les congela sólidamente. En cuanto al *ser* en sí, está tan muerto como los mamuts congelados que se encuentran en Siberia. Las formas de vida orgánicas y de desarrollo superior no pueden soportar ese tratamiento.

“Pero la microvida pudo hacerlo. Norris insinúa que podemos liberar alguna forma de enfermedad contra la cual el hombre, por no conocerla, sería totalmente impotente.

“La respuesta de Blair es que quizá existen estos gérmenes vivos aún, pero que Norris ha planteado el asunto a la inversa. Distan mucho de ser absolutamente inmunes al hombre. Nuestra química de la vida, probablemente...

—¡Probablemente!

El pequeño biólogo irguió la cabeza con un movimiento rápido, propio de un pájaro. La aureola de cabellos grises que le rodeaban la calva se encrespó, como irritado.

—Oiga... Una mirada...

—Lo sé —confesó McReady—. Ese ser no es terrestre. Parece imposible que pueda tener una química vital suficientemente semejante a la nuestra como para que el contagio resulte posible, ni aun en forma remota. Yo diría que no hay peligro.

McReady miró al doctor Copper. Éste movió lentamente la cabeza.

—Ninguno —afirmó, con aire confiado—. El hombre no puede contagiar ni ser contagiado por gérmenes que viven en parientes tan lejanos como las serpientes. Y éstas se hallan, se lo aseguro a ustedes —y el rostro pulcramente afeitado del doctor Copper hizo una mueca de malestar—, *mucho* más cerca de nosotros que... *eso*.

Vance Norris se movió con irritación. Era relativamente bajo en aquella reunión de hombres altos; medía menos de metro setenta y su complexión rechoncha y vigorosa tendía a dar la impresión de que era más bajo aún. Si McReady era un hombre de bronce, Norris era todo acero. Sus movimientos, sus pensamientos, todo su porte tenía el ágil y duro impulso de un resorte de acero. Sus nervios eran acero, enérgico y rápido para obrar, rápido para corroerse.

Se había decidido ahora sobre la posición por la cual abogaría y fustigó en su defensa con un fluir característico, veloz y cortado de palabras:

—¡Al diablo con la química distinta! Ese ser quizá esté muerto, o quizá no lo esté; pero no me gusta. ¡Maldita sea, Blair! Muéstreles el monstruo que está cuidando ahí. Muéstreles esa cosa sucia y que decidan por sí mismos si quieren que eso se deshiele en

este campamento.

“Y a propósito... Tiene que deshélarse esta noche en una de las cabañas, si queremos que se deshiele. Alguien... ¿quién está de guardia hoy? ¡Ah, Connant! Habrá rayos cósmicos esta noche. Bueno, usted tiene que velar a esa momia suya de veinte millones de años. Desenvuélvala, Blair. ¿Cómo diablos pueden saber qué compran si no lo ven? Quizá esto tenga una química distinta. No sé qué otra cosa tiene, pero sé que tiene algo que no quiero. A juzgar por la expresión de su fisonomía, y no es humana, de modo que quizá ustedes no puedan juzgarla, estaba irritado cuando se congeló. Decir irritado, en realidad, es lo más aproximado a sus sentimientos, los de un odio frenético, loco, demencial. ¿No han visto esos tres ojos encarnados y esos cabellos azules que parecen gusanos que se arrastran? Nada de lo engendrado en la Tierra tiene la indecible sublimación de la devastadora ira que ese ser exhibió en su semblante al contemplar a su alrededor la helada desolación terrestre, hace veinte millones de años. ¿Loco?. Su locura era bastante evidente... ¡una locura quemante y ampollante!

“¡Qué demonios! He tenido constantes pesadillas desde que contemplé esos tres ojos encarnados. Pesadillas... Soñé que ese ser se deshélaba y resucitaba... que no había estado muerto y ni siquiera totalmente inconsciente durante esos veinte millones de años, sino sólo detenido, esperando..., esperando. También ustedes soñarán, mientras que ese maldito ser que la Tierra no quiso poseer gotea, gotea esta noche en la Casa del Cosmos.

“Y usted, Connant... —dijo Norris, volviéndose rápidamente hacia el especialista en rayos cósmicos—; usted se divertirá pasándose la noche desvelado en el silencio. El viento gime arriba..., y eso gotea... —y Norris se interrumpió por un momento y miró a su alrededor—. Lo sé. Eso no es ciencia. Pero es psicología. Ustedes tendrán pesadillas durante un año más. Todas las noches desde que miré *eso* las tuve. Por eso lo odio, por cierto que lo odio, y no quiero tenerlo cerca. Vuelvan a ponerlo en el lugar del que proviene y que se congele durante otros veinte millones de años. He tenido algunas bonitas pesadillas... he soñado que ese ser no era como nosotros, lo cual es evidente, sino de una carne distinta, que *eso* puede realmente controlar. Que puede cambiar de forma y parecer un hombre... y esperar el momento de matar y comer...

“Eso no es un argumento lógico. Sé que no lo es. Pero ese ser, de todos modos, no tiene una lógica terrena.

“Quizá tenga una química corporal extraña, y sus gérmenes una química orgánica extraña. Un germen tal vez no soporte eso, pero... ¿qué les parece un virus, Blair y Copper? Ustedes dicen que un virus sólo es una molécula de enzima. Le bastaría una molécula de proteína de cualquier cuerpo para trabajar con ella.

“¿Y cómo pueden estar tan seguros de que, del millón de variedades de vida microscópica que *eso* pueda tener, *ninguna* de ellas es peligrosa? ¿Qué me dicen de enfermedades como la hidrofobia, que ataca a todos los animales de sangre caliente, sea cual fuere la química de su cuerpo? ¿Y de la psitacosis? ¿Tiene usted un cuerpo como el del loro, Blair? ¿Y la descomposición común... la gangrena... si se quiere? ¡Ese ser no es exigente en cuanto a la química del cuerpo!

Blair alzó los ojos en medio de la perorata y su mirada se encontró por un momento con los ojos airados y grises de Norris.

—Hasta ahora, lo único de contagioso que a su entender causó ese ser fueron los sueños. Llegaré a admitirlo.

Una sonrisa traviesa y algo perversa iluminó el rostro cubierto de cicatrices del hombrecillo.

—También yo lo tuve. Eso es. Ese ser contagia sueños. Sin duda, una enfermedad peligrosísima.

“En cuanto a sus demás cosas, ustedes tienen una idea lamentablemente errónea sobre los virus. En primer lugar, nadie ha demostrado que la teoría de la enzima–molécula, y sólo eso, los explique. Y en segundo lugar, cuando ustedes contraigan la enfermedad del tabaco o la herrumbre del trigo, avísenme. Una planta de trigo está mucho más cerca de la química del cuerpo de ustedes que este ser de otro mundo.

“Y la hidrofobia de ustedes es limitada, rigurosamente limitada. Ustedes no pueden contagiársela de una planta de trigo o un pez... Aunque éste es un descendiente colateral de un ascendiente común de ustedes, ni contagiársela a ellos. Un ascendiente de éste, Norris, no es.

Blair señaló con la cabeza el bulto envuelto en lona embreada que se hallaba sobre la mesa.

—Bueno, deshíele ese maldito ser en un tubo de formalina, si hace falta. He insinuado que...

—Y yo he dicho que eso no tendría sentido. No se puede transigir. ¿Por qué han venido aquí usted y el comandante Garry a estudiar el magnetismo? ¿Por qué no se conformaron con quedarse en su país? Hay bastante fuerza magnética en Nueva York. Me sería tan imposible estudiar la vida que tuvo en otros tiempos este ser, basándome en una muestra conservada en formalina, como a ustedes obtener la información que querían en Nueva York Y... ¡si a ésa se la trata así, *nunca, en tiempos futuros, podrá haber un facsímil!* La raza de la cual proviene debió de desaparecer durante los veinte millones de años que se pasó congelado, de modo que aunque proviniera de Marte, nunca encontraríamos nada semejante. Y... la nave ha desaparecido.

“Sólo se puede hacer una cosa... y es lo mejor. Hay que deshelar eso lenta y cuidadosamente, y no en formalina.

El comandante Garry volvió a adelantarse y Norris retrocedió, murmurando con enojo:

—Creo que Blair tiene razón, caballeros. ¿Qué opinan ustedes?

—Nos parece conveniente, en mi opinión... Sólo que quizás él deba vigilarlo mientras se deshiela.

Y sonrió lastimeramente, apartándose un mechón del color de la cereza madura caído sobre su frente.

—Buena idea, en realidad... si él se queda velando junto a su hermano cadáver.

Ansiosamente, Blair estaba desatando las cuerdas. Un solo tirón de la lona embreada y dejó al descubierto aquel ser. El hielo se había derretido un poco con el calor de la habitación y era límpido y azul como un buen cristal grueso. Brillaba, húmedo y bruñado, bajo la áspera luz del globo de vidrio sin pantalla que pendía de arriba, en el techo.

Todos se tornaron repentinamente rígidos. Aquello estaba boca arriba sobre las rústicas y grasientas tablas de la mesa. El roto mango del hacha de bronce para hielo estaba sepultado en el extraño cráneo. Los tres ojos frenéticos, llenos de odio, brillaban con un fuego vivo, relucientes como sangre recién derramada, desde un rostro enmarcado por un nido repulsivo de gusanos que se retorcían, de azules y móviles gusanos que se arrastraban donde debía crecer el pelo...

Van Wall, un piloto de metro ochenta de estatura y casi cien kilos de peso, con nervios habituados al hielo, dejó escapar una exclamación extraña y estrangulada y salió

tambaleándose al pasillo. La mitad del grupo se dirigió hacia las puertas. Los demás de alejaron a tropezones de la mesa.

McReady estaba de pie cerca de la mesa observándolos, el corpachón sólidamente plantado sobre las vigorosas piernas. Norris, desde el otro extremo, contemplaba fijamente a aquel ser, con odio feroz. Fuera, Garry hablaba con media docena de hombres a un tiempo.

Blair tomó un martillo. El hielo que servía de envoltura al ser se deshizo rápidamente bajo su contacto, abandonando aquello que le protegiera durante veinte mil millares de años...

3

— Sé que eso no le gusta, Connant, pero hay que deshelo. Usted habla de dejarlo así hasta que volvamos a la civilización. Pero... ¿cómo le haríamos cruzar a ese ser el ecuador? Tenemos que llevarlo a través de una zona cálida, la ecuatorial, y durante la mitad del camino recorrería la otra zona templada, antes de llegar a Nueva York. Usted no quiere pasarse una noche desvelado junto a él, pero en cambio insinúa que yo debo colgar su cadáver en la heladera junto a la carne de vaca..., ¿no es así?

Blair interrumpió su cautelosa charla, mientras su pelado cráneo cubierto de pecas asentía triunfante.

Kinner, el rechoncho cocinero de rostro cubierto de cicatrices, le ahorró a Connant la molestia de responder:

—Escuche, señor. Ponga eso en la heladera con la carne y le juro por todos los dioses que hayan existido que lo meteré a usted ahí dentro para que le haga compañía. Ustedes han traído ya a mis mesas de la cocina todo que había de transportable en este campamento y he tenido que soportarlo. Pero si ponen cosas como esa en mi heladera, o hasta en mi escondrijo de la carne, tendrán que hacerse ustedes mismos la comida.

—Pero, Kinner —objetó Blair—. Esa es la única mesa del Gran Imán suficientemente grande para trabajar sobre ella. Todos le han explicado eso.

—Sí, y lo han traído todo aquí. Clark trae a sus perros cada vez que hay una pelea y los ata a esa mesa. Ralsen trae sus trineos. ¡Lo único que no han puesto ustedes sobre esa

mesa es el Boeing! Y ya lo habrían hecho si se les hubiera ocurrido la manera de traerlo a través de los túneles.

El comandante Garry rió y le sonrió a Van Wall, el enorme piloto principal. La gran barba rubia de Van Wall se estremeció con aire de sospecha cuando hizo un grave gesto de asentimiento a Kinner.

—Tiene razón, Kinner. El departamento de aviación es el único que lo trata bien.

—Esto se abarrotará, Kinner —reconoció Garry—. Pero temo que a todos nos pasa lo mismo. No hay mucha intimidad en un campamento antártico.

Una sonrisa asomó al duro rostro de Connant cuando reapareció en el de Kinner su constante y jovial aire gruñón. Pero se extinguió rápidamente cuando sus ojos oscuros y hundidos se volvieron de nuevo hacia el ser de ojos encarnados que Blair liberaba de su capullo de hielo. Una manaza desgredió su cabello, que le llegaba al hombro, y tiró de un mechón retorcido que le caía detrás de la oreja, con gesto familiar.

—Sé que esa cabaña del rayo cósmico estará demasiado atestada si tengo que cuidar de noche a ese monstruo —gruñó—. ¿Por qué no sigue rompiendo el hielo que lo rodea y cuelga luego a ese ser sobre la caldera de la planta de energía? Esa da suficiente calor. Derretiría a un pollo, y hasta a todo un flanco de buey, en pocas horas.

—Lo sé —protestó Blair, dejando el martillo para gesticular más rotundamente con sus dedos huesudos y pecosos, todo el pequeño cuerpo tenso de ansiedad—. Pero esto es demasiado importante para correr riesgos. Nunca se hizo un hallazgo parecido: ni se hará. Es la única oportunidad que tendrán los hombres, y hay que hacerlo con toda precisión. Mire... Usted sabe que los peces que hemos extraído cerca del mar de Ross se hielan apenas los izamos a la cubierta y reviven si uno los deshuela con cuidado..., ¿verdad? Las formas de vida inferiores no mueren al helarse con rapidez y con el deshielo lento. Tenemos...

—¡Vamos, por amor de Dios! —exclamó Connant—. ¿Usted quiere decir que ese maldito ser reviviría? Lo haré pedazos...

—¡No, *no*, estúpido! —exclamó Blair, interponiéndose delante de Connant para proteger a su propio hallazgo—. No. Simplemente, formas *inferiores* de vida. Por amor de Dios, déjeme terminar. No se puede deshelar formas superiores de vida y hacerlas revivir. Espere un momento, ahora... Un pez puede revivir después del congelamiento porque es una forma de vida tan inferior que las células individuales de su cuerpo reviven y eso solo

basta para restablecer la vida. Todas las formas superiores desheladas así se mueren. Aunque revivan las células individuales, el organismo muere porque para vivir debe existir una organización y un esfuerzo cooperativo. Esa cooperación no puede ser restablecida. En todo animal intacto y rápidamente congelado hay una especie de vida latente que en ninguna circunstancia puede tornarse vida activa en los animales superiores, pues éstos son demasiado complejos, demasiado delicados. Este es un ser inteligente, que ha llegado tan alto en su evolución como nosotros en la nuestra. Quizás mayor aún. Está todo lo muerto que podría estarlo un hombre helado.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Connant, esgrimiendo el hacha para hielo de que se apoderara momentos antes.

El comandante Garry apoyó una mano sobre su grueso hombro, conteniéndolo.

—Un momento, Connant. Quiero aclarar esto. Convengo en que este ser no será deshelado mientras exista la más lejana probabilidad de que reviva. Admito que sería demasiado desagradable tenerlo vivo, pero no creo que haya la más remota posibilidad de que esto suceda.

El doctor Copper se sacó la pipa de entre los dientes e izó su cuerpo rechoncho y moreno de la litera sobre la cual estaba sentado.

—Blair está hablando desde el punto de vista técnico. Ese ser está muerto. Tan muerto como los mamuts que se encuentran helados en Siberia. Tenemos toda suerte de pruebas de que los animales no reviven después de haberse helado, ni siquiera los peces, en un sentido general, y ninguna prueba de que la vida animal superior pueda hacerlo, en ninguna circunstancia. ¿En qué se basa, Blair?

El pequeño biólogo se despezó. La orla de cabello que se había erizado alrededor de su cráneo oscilaba con austera ira.

—Me baso en que las células individuales pueden ostentar las características que tenían en vida si se las deshiela adecuadamente. Las células del músculo de un hombre viven muchas horas después de muerte éste. Por el solo hecho de que vivan, y de que las células del pelo y las uñas crezcan aún, usted no acusaría a un cadáver de ser un *zombie* o algo así.

“Ahora bien... Si deshielo esto adecuadamente tendré una probabilidad de determinar a qué tipo de mundo pertenece. No sabemos, ni podemos saberlo de ningún

modo, si proviene de la Tierra o de Marte o de Venus o de más allá de las estrellas.

“Y por el solo hecho de que ese monstruo no se parezca a la especie humana, usted no tiene por qué acusarlo de ser maligno o perverso o algo así. Quizás esa expresión de su rostro sea una resignación ante su destino. El blanco es para los chinos el color de luto. Si los hombres pueden tener costumbres distintas... ¿por qué no una especie tan distinta podría tener diferentes criterios sobre las expresiones faciales?

Connant rió silenciosamente, sin alegría.

—¡Una resignación pacífica! Si eso es lo mejor que puede ofrecer ese ser en materia de resignación, me habría disgustado mucho verlo furioso. Ese rostro nunca tuvo pensamientos filosóficos, como la paz, simplemente.

“Sé que a usted le interesa ese ser... pero muéstrese cuerdo. Ese ser creció en el mal, durante su adolescencia se entretuvo asando vivos a los equivalentes locales de los gatitos y en la madurez se divirtió con una nueva e ingeniosa tortura.

—Usted no tiene el menor derecho a decir eso —dijo con tono brusco Blair—. ¿Acaso sabe el abecé del significado de una expresión facial ingénitadamente inhumana? Bien puede ser que no tenga el menor equivalente humano. Ese ser es simplemente un aspecto distinto de la naturaleza, otro ejemplo de la maravillosa adaptabilidad de la naturaleza. Al crecer en otro mundo distinto, quizá más rudo, tiene distintas formas y facciones. Pero es un hijo tan legítimo de la naturaleza como usted. Usted exhibe esa infantil flaqueza humana de odiar a los distintos. En su propio mundo, ese ser lo clasificaría probablemente a usted de pez ventrudo, de monstruo blanco con insuficiente número de ojos y un cuerpo fungoso pálido e hinchado de gas. Por el solo hecho de que su naturaleza sea distinta, usted no tiene derecho a decir que es un mal necesario.

Norris estalló en un solo y explosivo ¡ja! Luego, contempló al ser.

—Puede ser que las cosas de otros mundos no *tengan* que ser malas por el solo hecho de ser distintas. ¡Pero eso sí lo *era*! Un hijo de la naturaleza..., ¿eh? Bueno, pues era una naturaleza de todos los diablos.

—¡Vamos! ¿Se dejarán de reñir y me sacarán de una vez de la mesa ese maldito objeto? —gruñó Kinner—. Y pónganle una lona encima. Su aspecto es indecente.

—Kinner se ha vuelto recatado —dijo burlonamente Connant

Kinner miró de soslayo al corpulento físico. La mejilla cubierta de cicatrices se

contrajo para unirse a la línea de sus apretados labios, en torcida sonrisa.

—Bueno, grandote... ¿Y por qué gruñía usted hace un rato? Podemos poner eso en una silla próxima a usted esta noche, si quiere.

—No temo su cara —replicó con tono brusco Connant—. No me gusta mucho velar este cadáver, pero lo haré.

La sonrisa de Kinner se dilató a lo ancho de su rostro.

—Hum... —dijo.

Fue hacia el hornillo y le desprendió vigorosamente las cenizas, ahogando con el ruido el tintineo de hielo que rompía Blair al poner de nuevo manos a la obra.

4

—*Cluc* —informó el contador de rayos cósmicos—. *Cluc-burp-cluc*.

Connant se sobresaltó y dejó caer el lápiz.

—¡Maldición!

El físico miró al otro rincón, observando el contador Geiger que estaba sobre la mesa. Y se arrastró debajo de ésta, donde había estado trabajando, para recobrar el lápiz.

Volvió a poner manos a la obra, tratando de que su escritura saliera más pareja, ya que tendía a dar saltos y a acusar rasgos trémulos, siguiendo el ritmo de los bruscos cacareos de gallina orgullosa del contador Geiger. El grave zumbido de la lámpara de presión que usaba Connant para iluminar el recinto, la mezcla de gorgoteos y toques de clarín de la docena de hombres que dormían en el otro extremo del pasillo en la Casa del Paraíso, formaban la atmósfera sonora de los irregulares y cloqueantes ruidos del contador y el ocasional crujir del carbón que caía en la ventrada estufa de cobre. Y un suave e incesante *drip-drip-drip* del ser que estaba en el rincón.

Connant sacó de un tirón un paquete de cigarrillos del bolsillo y lo abrió con tanta brusquedad que asomó un cigarrillo y se metió éste en la boca. El encendedor no funcionó y Connant hurgó irritado entre la pila de papeles en busca de un fósforo. Probo varias veces la rueda del encendedor, lo tiró con una maldición y se levantó para sacar una brasa de la estufa.

El encendedor funcionó instantáneamente cuando lo ensayó al volver a la mesa. El

contador desgranó una serie de risitas en el momento en que lo hería un estallido de rayos cósmicos. Connant se volvió para mirarlo con enojo y procuró concentrarse en la interpretación de los datos resumidos durante la semana anterior. La síntesis de la semana...

Se rindió y cedió a la curiosidad o a la nerviosidad. Tomó del escritorio la lámpara de presión y la llevó a la mesa del rincón. Luego volvió a la estufa y tomó los morillos. El ser se estaba deshelando desde hacía ya 18 horas. Lo hurgó con inconsciente cautela: la carne no era ya dura como un blindaje y había cobrado una consistencia gomosa. Parecía un caucho húmedo y azul, al brillar bajo las gotitas de agua. Connant sintió un irrazonable deseo de verter el contenido del depósito de la lámpara sobre el ser que estaba en su caja y prenderle un fósforo. Los tres ojos encarnados brillaron furiosamente frente a él sin verlo, las cuencas de los ojos color rubí reflejaban lóbregos y humosos rayos de luz.

Connant adivinó vagamente que los había estado contemplando durante largo tiempo y hasta comprendió de una manera borrosa que ya no estaban ciegos. Pero esto no parecía tener tanta importancia como el esforzado y lento movimiento de los tentáculos que surgían de la base de su cuello flaco y de lenta vibración.

Connant tomó la lámpara de presión y volvió a su silla. Se sentó, contemplando fijamente las páginas de guarismos matemáticos que tenía delante. El cloquear del contador Geiger se había vuelto extrañamente menos perturbador, el crujir de los carbones de la estufa no lo distraía ya.

El rumor de los tablones del piso, a sus espaldas, no interrumpió sus pensamientos cuando preparó su informe semanal de un modo automático, llenando las columnas de datos y agregando notas sucintas y nutridas.

El crujir de los tablones del piso se acercó.

5

Blair surgió bruscamente de las profundidades del sueño, acosado por pesadillas. El rostro de Connant flotaba borrosamente allá arriba: por un momento le pareció que se prolongaba el salvaje horror de la pesadilla. Pero el rostro de Connant denotaba cólera y cierto susto.

—Blair... Blair... Maldito tronco... Despiértese.

—¿Quéeee? —preguntó el biólogo, frotándose los ojos, mientras su huesudo y pecoso dedo se curvaba hacia un mutilado puño infantil.

Desde las literas circundantes, otros semblantes se alzaron para contemplar absortos a ambos. Connant se irguió.

—Levántese... Su maldito ser se ha escapado.

—¡Se ha escapado!

La voz toruna del piloto principal bramó las palabras con un volumen que estremeció las paredes.

Otras voces gritaron repentinamente desde los túneles de comunicación. Los doce habitantes de la Casa del Paraíso irrumpieron dando tumbos, bruscamente. Barclay, rechoncho y bulboso en su larga ropa interior de lana, llevaba un extintor.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó Barclay.

—Su maldito ser se ha escapado. Me quedé dormido hace unos veinte minutos y, cuando desperté, había desaparecido. Oiga, doctor... Usted había dicho que esos seres no reviven. La vida latente de Blair se ha convertido en otra muy efectiva y nos ha burlado.

Copper le miró absorto, con aire ausente.

—Ese ser no era... terrestre —dijo, con un repentino suspiro—. Yo..., yo creo que las leyes terrestres no rigen para él.

—Pues pidió licencia y se la tomó. Tenemos que encontrarlo y capturarlo de algún modo —dijo Connant, que profirió una furiosa blasfemia, con los hundidos ojos negros hoscos y sombríos—. Es un milagro que ese ser infernal no me haya devorado durante mi sueño.

Blair se echó atrás con un sobresalto, los apagados ojos animados bruscamente por un fulgor de miedo.

—Puede que ese... Hum... Este... Tendremos que encontrarlo.

—Encuéntrelo usted. Es su favorito. Bastante he tenido ya con él, después de haberme pasado ahí siete horas oyendo golpear el contador Geiger con intervalos de pocos segundos. Y usted, aquí roncando. Es un milagro que me haya dormido. Me voy al edificio de la administración.

El comandante Garry entró, ajustándose el apretado cinturón.

—No tendrá necesidad de hacerlo. —El bramido de Van resonó como el Boeing

cuando aterriza a favor del viento—. ¿De modo que ese ser no estaba muerto?

—Puedo asegurarle que no lo llevé en mis brazos —dijo con tono brusco Connant—. Cuando lo vi por última vez, su cráneo partido rezumaba una sustancia verde, como una oruga aplastada. Bueno... Era un monstruo ultraterreno de temperamento ultraterreno, a juzgar por su rostro, que miraba a su alrededor con asombro. Tenía el cráneo hendido y los sesos saliéndosele por allí.

En el umbral aparecieron Norris y McReady, y también se veía acudir a otros hombres que tiritaban.

—¿Lo ha visto alguien por aquí? —preguntó Norris, con aire ingenuo—. Tiene menos de metro y medio de estatura... Tres ojos encarnados... Los sesos saliéndosele del cráneo. ¿Se cercioró alguien, para asegurarse de que no se trataba de una humorada extravagante? Si es así, creo que todos nos uniremos para atarle a Connant al cuello el animalito de Blair, como el albatros del *Ancient Mariner*.

—No es una humorada —dijo Connant, estremeciéndose—. Ojalá lo fuera... Yo preferiría llevar...

Se interrumpió. Desde el pasillo llegó un aullido salvaje y alucinante. Los hombres se tornaron rígidos, bruscamente, y se volvieron a medias.

—Creo que lo han localizado —concluyó Connant

En sus oscuros ojos brillaba un raro malestar. Se lanzó hacia su litera de la Casa del Paraíso y volvió casi inmediatamente con un pesado revólver calibre 45 y un hacha para hielo. Esgrimía ambos cuando se lanzó por el pasillo hacia la sección de los perros.

—Habrá tomado por el pasillo que menos le convenía... Y habrá ido a parar entre los perros. Escuchen... Los perros han roto sus cadenas...

El casi aterrorizado aullar de la jauría se había convertido en un salvaje alboroto propio de una cacería. Las voces de los animales retumbaban de una manera atronadora en los angostos corredores, y entre ellos se distinguía un grave gruñido de odio. Un grito penetrante de dolor, una docena de ladridos furiosos.

Connant se lanzó hacia la puerta. Pisándole los talones, lo siguieron McReady, y luego Barclay y el comandante Garry. Otros hombres se lanzaron hacia el edificio de la administración y en busca de armas... a la casa de los trineos. Pomroy, que estaba a cargo de las cinco vacas del Gran Imán, se lanzó por el pasillo en dirección opuesta: tenía en

mente una horquilla de dos metros, de largos dientes.

Barclay se detuvo en plena carrera al ver que la gigantesca mole de McReady se apartaba bruscamente del túnel que llevaba a la sección de los perros y desaparecía en un recodo. Indeciso, el mecánico vaciló durante un instante, con el extintor en las manos, no sabiendo a qué lado correr. Luego siguió a Connant sea cual fuere la intención de McReady, se podía confiar en que la pondría en práctica con éxito.

Connant se detuvo en el recodo del pasillo. Su respiración se escapó repentinamente de su garganta, sibilante.

—¡Santo Dios...!

Su revólver se descargó atronadoramente; tres ondas sonoras envaradoras y tangibles retumbaron a lo largo de los angostos pasillos. Luego otras dos. El revólver cayó sobre la endurecida nieve, y Barclay vio que el hacha para hielo adoptaba una posición defensiva. El vigoroso cuerpo de Connant le bloqueaba la visión, pero más allá oía algo maullante y que reía con una risita demencial. Los perros estaban más tranquilos: había una mortal seriedad en sus graves gruñidos. Escarbaban en la endurecida nieve y las cadenas rotas tintineaban sonoramente.

De pronto, Connant se movió y Barclay pudo distinguir qué había más allá. Durante un instante permaneció petrificado; luego profirió una vigorosa maldición. El ser se lanzó sobre Connant y los poderosos brazos del hombre descargaron el hacha para hielo de plano sobre lo que podía ser una cabeza. Se oyó un horrible crujido, y aquella carne hecha jirones, desgarrada por media docena de perrazos salvajes, se levantó nuevamente de un salto. Los ojos encarnados ardían con odio ultraterreno, con una vitalidad ultraterrena, imposible de matar.

Barclay proyectó hacia el ser el extintor: el cegador y ampollante chorro de sustancia química pulverizada lo desorientó y lo detuvo, impidiendo al propio tiempo los salvajes ataques de los perros, que no temían durante mucho tiempo nada viviente o capaz de vivir, y lo mantuvieron a raya.

McReady apartó a los demás de su camino y corrió por el angosto pasillo atestado de hombres que no podían llegar al lugar donde ocurrían los hechos. Proyectaba un ataque sobre base segura. Una de las gigantes casacas usadas para calentar los motores del avión estaba en sus bronceadas manos. El aparato bramó ruidosamente cuando

McReady abrió la válvula. El frenético maullido se acrecentó con sus sibilantes notas. Los perros se apartaron en confuso tropel del cálido lanzazo de llama azul.

—Bar, consiga un cable de alta tensión y tiéndalo como pueda. Y un asa. Podemos electrocutar a este... monstruo, si yo no lo reduzco a cenizas.

McReady hablaba con la autoridad que da la acción planeada. Barclay se encaminó por el largo pasillo a la planta de energía, pero Norris y Van Wall ya se le habían adelantado a la carrera.

Barclay halló el cable en el armario eléctrico de la pared del túnel. Al cabo de un minuto, lo había desprendido y volvía. La voz de Van Wall resonó con el grito de advertencia de *¡Alta tensión!* cuando se puso en marcha la dinamo de emergencia accionada con gasolina. Ahora habían bajado ahí otra media docena de hombres: arrojaban combustible en la caldera de la planta. Norris estaba trabajando con dedos rápidos y seguros en el otro extremo del cable de Barclay con uno de los alambres aislados de conexión de energía eléctrica.

Los perros habían retrocedido cuando Barclay llegó al recodo del pasillo, acobardados por aquel furioso monstruo que los miraba con unos siniestros ojos encarnados, profiriendo maullidos, con su odio de fiera acorralada. Los canes formaban un semicírculo de hocicos ensangrentados con una orla de relucientes dientes blancos, y gemían con una maligna vehemencia que corría pareja casi con la furia de los ojos encarnados. McReady se detuvo con aire confiado en el recodo del pasillo, con la antorcha fuelle pronta para la acción en sus manos. Se hizo a un lado sin apartar la mirada de la bestia cuando Barclay se adelantó. En su rostro enjuto y bronceado se veía una débil y contenida sonrisa.

La voz de Norris gritó desde el otro extremo del pasillo, y Barclay avanzó. El cable fue enrollado al largo mango de una pala para la nieve y los dos conductores fueron divididos y mantenidos a medio metro de distancia por un trozo de madera atado en ángulo recto sobre el otro extremo del mango. Conductores pelados de cobre, cargados con 220 voltios, centellearon a la luz de las lámparas de presión. El ser maullaba y pregonaba su odio y esquivaba los ataques. McReady avanzó hasta el costado de Barclay. Los perros adivinaron el plan con la inteligencia casi telepática de los canes amaestrados. Sus gemidos se hicieron más penetrantes, más agudos, y sus ágiles pasos los acercaron más.

Bruscamente, un enorme perro de Alaska, negro como la noche, saltó sobre el acorralado monstruo. El ser se apartó de él chillando y pataleando, con sus pies como sables dentados.

Barclay saltó hacia adelante y descargó su golpe. Se oyó un horripilante y agudo grito, que se estranguló. El olor a carne quemada se acentuó en el pasillo y se elevó una espiral de humo grasiento. El eco del martilleo de la lejana dinamo se volvió sordo.

Los ojos encarnados se velaron y convirtieron el rostro en una rígida y convulsionada parodia de facciones. Aquellos miembros, que parecían brazos y piernas, se estremecieron y ejecutaron movimientos espasmódicos. Los perros saltaron hacia delante, y Barclay retiró su arma con mango de pala. El monstruo, tendido sobre la nieve, no se movió cuando lo desgarraron los brillantes dientes de los perros.

6

Garry miró a su alrededor, en la atestada habitación. Treinta y dos hombres, algunos de ellos recostados contra la pared en nerviosa tensión, otros relajados con aire de malestar, otros sentados, la mayoría de ellos de pie en una forzosa intimidad de sardinas. Treinta y dos, más los cinco dedicados a curar las heridas de los perros, formaban treinta y siete, el personal completo.

Garry empezó a hablar:

—Perfectamente. Creo que todos estamos aquí, Todos vieron lo que estaba sobre la mesa. Para quienes no lo hayan visto, levantaré...

Su mano se tendió hacia la lona embreada que abultaba sobre el cuerpo tendido en la mesa. De allí brotó un acre olor a carne quemada. Los presentes se movieron con malestar y se apresuraron a declarar que no necesitaban verlo.

—Parece que Charnauk no guiará más equipos de perros —prosiguió Garry—. Blair quiere examinar en forma más detallada a ese ser. Queremos saber qué pasó y asegurarnos de que está total y definitivamente muerto. ¿De acuerdo?

—El que no esté de acuerdo puede cuidarlo esta noche —dijo con una sonrisa Connant

—Muy bien, pues. Blair..., ¿qué puede decirnos sobre esto? ¿Qué era ese monstruo? —dijo Garry, volviéndose con aire interrogativo hacia el biólogo.

—Dudo de que hayamos visto alguna vez su forma natural —dijo Blair, contemplando el cuerpo cubierto—. Quizás haya estado imitando a los seres que construyeron esa nave, pero no lo creo. Los que estábamos cerca del recodo vimos a ese ser en acción: lo que está sobre la mesa es el resultado. Cuando quedó en libertad, empezó aparentemente a mirar a su alrededor. La Antártida estaba todavía helada como hace muchísimos siglos, cuando la viera por primera vez... y cuando quedara congelado. A juzgar por las observaciones que hice cuando se estaba desheliendo y por los trozos de tejido que corté y endurecí entonces, lo creo nativo de un planeta más cálido que la Tierra. En su forma natural no podría soportar la temperatura terrestre. En la Tierra no hay forma alguna de vida que pueda habitar la Antártida durante el invierno, pero la mejor transacción es el perro. Esa bestia encontró a los perros y llegó tan cerca que Charnauk se le echó encima. Los demás lo olieron o lo oyeron, no sé, el caso es que se volvieron frenéticos y rompieron sus cadenas y atacaron antes de que la pelea concluyera. Lo que encontramos fue en parte a Charnauk, que, cosa extraña, sólo estaba muerto a medias, y digerido a medias por el protoplasma gelatinoso de ese animal, y en parte los restos del monstruo que encontramos primitivamente, disueltos en cierto modo hasta volver al protoplasma básico. Cuando los perros lo atacaron se convirtió en la mejor bestia de ataque que se pueda concebir. Algún animal de otro mundo, aparentemente.

—Se convirtió —dijo con tono brusco Garry—. ¿Cómo?

—Todo ser viviente está formado de gelatina—protoplasma, y de cosas diminutas y submicroscópicas llamadas núcleos, que controlan el grueso, el protoplasma. Ese ser era simplemente una modificación de ese mismo plan de alcances mundiales de la naturaleza; células formadas por protoplasmas controlados por núcleos infinitamente diminutos. Ustedes los físicos podrían comparar eso, una célula individual de cualquier ser viviente, con un átomo; el grueso del átomo, la parte que llena el espacio, está formada por las órbitas del electrón, pero el carácter del mismo está determinado por el núcleo atómico.

“Esto no excede absurdamente lo que ya sabemos. Sólo es una modificación que no hemos visto aún. Es tan natural y lógica como cualquier otra de las manifestaciones de la vida. Obedece exactamente a las mismas leyes. Las leyes están formadas por el protoplasma, su carácter es determinado por el núcleo.

“Sólo que, en ese ser, los núcleos pueden controlar esas células a voluntad.

Digirieron a Charnauk y, mientras lo digerían, estudiaron cada célula de su tejido y modelaron sus propias células para imitarlas con exactitud. Partes de ese ser, las partes que tuvieron tiempo de terminar la transformación, son células caninas. Pero no tienen núcleos de células de perro.

Blair levantó un poco la lona embreada. Asomó una desgarrada pata de perro, de rígida pelambre gris.

—Esto, por ejemplo, no es un perro ni mucho menos: es una imitación. Con respecto a algunas partes, no estoy seguro: el núcleo se estaba ocultando, cubriéndose con un núcleo de imitación de las células caninas. Con el tiempo, ni siquiera el microscopio habría podido revelar la diferencia existente.

—Supongamos que hubiese tenido muchísimo tiempo —dijo Norris con amargura—. ¿Y entonces?

—Entonces habría sido un perro. Los demás perros lo habrían aceptado. Nosotros lo habríamos aceptado. No creo que nada lo hubiese distinguido, ni el microscopio ni los rayos X ni ningún otro medio. Se trata de un miembro de una raza de soberana inteligencia, una raza que ha descubierto ya los más profundos secretos de la biología y los ha usado.

—¿Qué proyectaba hacer ese monstruo? —preguntó Barclay, contemplando la giba que formaba el cuerpo bajo la lona.

Blair sonrió de una manera desagradable. La orla de cabello que circundaba su calva osciló a impulsos de una ráfaga.

—Apoderarse del mundo, supongo.

—¡Apoderarse del mundo! ¿El solo? —exclamó Connant, con voz entrecortada—. ¿Convertirse en solitario dictador?

—No —replicó Blair, meneando la cabeza. El escalpelo que esgrimiera entre sus huesudos dedos cayó y se inclinó a recogerlo, de modo que su rostro quedó oculto mientras hablaba—. Se habría convertido en la población del mundo.

—¡Habría poblado el mundo! ¿Se reproduce asexualmente?

Blair meneó la cabeza y tragó saliva.

—Ese ser... no necesitaba hacerlo. Pesaba 80 kilos. Charnauk, unos 45. Ese ser se habría convertido en Charnauk y le habrían sobrado 40 kilos para convertirse en... en Jack, por ejemplo, o en Chinook. Puede imitarlo todo..., es decir, convertirse en todo. De haber

llegado al mar Antártico, se habría convertido en una foca... quizás en dos focas. Estas podían haber atacado a una ballena asesina y haberse convertido a su vez en ballenas asesinas o en una manada de focas. O quizás habría atrapado a un albatros o a una gaviota *skua* y hubiera volado a América del Sur.

Norris profirió una blasfemia.

—Y cada vez que ese ser digería algo y lo imitaba...

—Le habría quedado su cuerpo primitivo para recomenzar —concluyó Blair?—. Nada podría matarlo. No tiene enemigos naturales porque se transforma en todo lo que quiere ser. Si le hubiese atacado una ballena asesina, se habría transformado en una ballena asesina. Si ese ser fuese un albatros y lo atacara un águila, se convertiría en águila. Podría convertirse en un águila hembra. ¡Podría desandar camino... hacerse un nido y poner huevos!

—¿Y está seguro de que ese engendro infernal ha muerto? —preguntó en voz baja el doctor Copper.

—Sí, a Dios gracias —respondió el biólogo con voz entrecortada—. Cuando alejaron a los perros, me quedé allí durante cinco minutos, manteniendo dentro de ese ser el cable de Barclay. Está muerto y cocido.

—Entonces, sólo podemos darle las gracias al cielo de que estemos en la Antártida, donde no hay nadie, ningún ser que imitar, salvo esos animales del campamento.

—Estamos nosotros —dijo con una risita Blair—. Puede imitarnos a nosotros. Los perros no pueden viajar 600 kilómetros hasta el mar: no basta el alimento. En esta temporada no hay suficientes gaviotas *skua* que imitar. Tan tierra adentro no hay pingüinos. No hay nada que pueda llegar al mar desde este punto..., salvo nosotros. Nosotros tenemos la inteligencia. Podemos hacerlo. ¿No comprenden? Ese ser tiene que imitarnos a nosotros... tiene que ser uno de nosotros..., ésa es la única manera de que pueda pilotar un avión..., pilotar un avión durante dos horas, y gobernar... ser... todos los habitantes de la Tierra. Un mundo a su alcance... ¡si nos imita!

“Él no lo sabía aún. No había tenido la oportunidad de descubrirlo. Lo acosaron y tomó lo que tenía más cerca. Miren... ¡Yo soy Pandora! ¡He abierto la caja! Y la única esperanza que queda es que no pueda salir de aquí. Ustedes no me vieron. Yo lo hice. Yo lo solucioné todo. Yo lo rompí todo. Ningún avión puede volar. Nada puede volar.

Blair profirió una risita y se dejó caer al suelo, sollozando.

Van Wall se lanzó hacia la puerta.

Los ecos de sus pisadas se perdían en el corredor cuando el doctor Copper, sin prisa, se indicó sobre el hombrecito tendido en el suelo. De su oficina, situada junto a aquella habitación, trajo algo y le inyectó una solución en el brazo de Blair.

—Quizá se le pase cuando despierte —suspiró, levantándose.

McReady le ayudó a levantar al biólogo y a tenderlo sobre una litera.

—Todo depende de que podamos convencerlo de que ese ser ha muerto —agregó el doctor Copper.

Van Wall irrumpió en el recinto, alisándose distraídamente la rubia barba. Miro a su alrededor.

—No creí que un biólogo pudiese hacer nada parecido tan concienzudamente. Se le olvidaron los repuestos del segundo escondrijo. No hay peligro. Yo los destruí.

El comandante Garry asintió.

—Yo me estaba preguntando qué había sido del transmisor.

—Supongo que no creerá que ese ser pueda escaparse en una onda radiotelefónica —dijo Copper con un bufido. Usted tendría cinco tentativas de salvamento en los tres meses próximos si dejara de transmitir. Lo que se debe hacer es hablar fuerte. Me pregunto si...

McReady contempló pensativamente al médico.

—Eso podría ser algo así como una epidemia. Todos los que bebieran un poco de su sangre...

Copper meneó la cabeza.

—A Blair se le ha escapado algo. Ese ser puede imitar, pero, hasta cierto punto, tiene su propia química orgánica, su propio metabolismo. Si así fuera, se convertiría en un perro... y sería un perro y nada más. Tiene que ser *una imitación* de perro. Pero eso, uno puede percibirlo con los *tests* de suero. Y su química, ya que ese ser proviene de otro mundo, debe ser tan total y radicalmente distinta que unas pocas células, como las ganadas por las gotas de sangre, serían tratadas como gérmenes de una enfermedad por el perro o el cuerpo humano.

—La sangre... ¿Sangraría una de esas imitaciones? —preguntó Norris.

—Sin duda. La sangre nada tiene de místico. El músculo está formado por un 90 por ciento de agua, aproximadamente: la sangre sólo difiere en que tiene un dos por ciento más de agua y menos tejido conjuntivo. Las imitaciones sangrarían —le aseguró Copper.

Blair, repentinamente, se sentó en su litera.

—Connant.. ¿Dónde está Connant?

El físico se acercó al biólogo.

—Aquí estoy. ¿Qué quiere?

—¿Es usted? —inquirió Blair, con una risita. Y volvió a dejarse caer sobre la litera, convulsionado por una silenciosa risa.

Connant lo miró, desconcertado.

—¿Eh? ¿Que si soy qué?

—¿*Está* usted ahí? —insistió Blair, con grandes risotadas—. ¿Es usted Connant? La bestia quería ser un *hombre...*, no un perro...

7

El doctor Copper se levantó cansadamente de la litera y lavó cuidadosamente la jeringa hipodérmica. El leve tintineo de ésta repercutió con harta sonoridad en la habitación atestada, ahora que la gorgoteante risa de Blair se había extinguido finalmente. Copper miró a Garry y movió con lentitud la cabeza.

—Un caso sin remedio, me temo. No creo que podamos convencerlo nunca de que ahora ese monstruo está muerto.

Norris rió, con aire indeciso.

—No estoy seguro de que usted me pueda convencer a mí. ¡Oh, que el diablo se lo lleve, McReady!

—¿McReady? —preguntó el comandante Garry, volviéndose para mirar sucesivamente a Norris y a McReady con curiosidad.

—Las pesadillas —explicó Norris—. McReady formulaba una teoría sobre las pesadillas que tuvimos en la estación secundaria después de descubrir a ese monstruo.

—¿Y la teoría era?... —dijo Garry, mirando tranquilamente a McReady.

Norris contestó por él, con voz espasmódica, inquieta:

—Que ese ser no estaba muerto, que tenía algo así como una existencia mucho más lenta, una existencia que le permitía, con todo, tener vagamente conciencia del transcurso del tiempo, de nuestra llegada, después de interminables años. Soñé que ese ser podía imitar cosas.

—Y puede imitarlas —gruñó Copper.

—No sea tonto —replicó con brusquedad Norris—. No es eso lo que me preocupa. En el sueño, ese ser podía leer los pensamientos y las modalidades personales.

—¿Y qué tiene de malo eso? El asunto parece inquietarlo más que la idea de lo que nos divertirá un loco en un campamento antártico —dijo Copper, señalando con la cabeza a Blair, que se había dormido.

McReady meneó lentamente su cabezota.

—Usted sabe que Connant es Connant porque no sólo parece Connant, cosa que estamos empezando a creer podría conseguir también esa bestia, sino porque piensa como Connant y se mueve como Connant. Eso exige algo más que un simple cuerpo que se le parezca: exige el pensamiento de Connant, y sus modalidades. Por eso, aunque uno sepa que podría obtener el *aspecto* de Connant, uno no se inquieta mucho sabiendo que tiene un cerebro de otro mundo, un cerebro totalmente inhumano, y que difícilmente podría reaccionar y hablar como uno de los hombres que conocemos y hacerlo tan bien cómo para engañarnos por un solo momento. La idea de ese monstruo imitando a uno de nosotros es fascinadora pero irreal, porque es demasiado integralmente inhumano para engañarnos. No tiene un cerebro humano.

—Como antes dije, usted sabe decir las cosas más graves en el más grave de los momentos —dijo Norris, contemplando sin pestañear a McReady—. ¿Quiere hacerme el favor de rematar ese pensamiento... de un modo u otro?

Kinner, el cocinero de las cicatrices, estaba de pie cerca de Connant. Repentinamente cruzó toda la atestada habitación, se acercó a su familiar hornillo y desprendió ruidosamente sus cenizas.

—Ese ser no ganaría nada con asimilar simplemente el aspecto de alguien a quien tratara de imitar —dijo el doctor Copper, con tono contenido, como si pensara en voz alta—. Tendría que comprender sus sentimientos, sus reacciones. Ese ser *es* inhumano;

tiene unas facultades de imitación que exceden toda concepción posible del hombre. Un buen actor, adiestrándose, puede imitar a otro hombre, las modalidades de otro hombre, lo suficiente para engañar a la mayoría de la gente. Desde luego ningún actor podría imitarlo en forma perfecta como para engañar a los que han estado conviviendo con el imitado en la total intimidad de un campamento antártico. Eso exigiría una habilidad sobrehumana.

—¡Ah! ¿También a usted le ha picado el germen? —dijo Norris, y profirió una blasfemia en voz baja.

Connant, que estaba de pie, solo, en un extremo de la habitación, miró a su alrededor con ojos frenéticos y muy pálido. Un suave remolino de los hombres los había agolpado poco a poco en el otro extremo, de modo que él se había quedado solo.

—¡Santo Dios! ¿Quieren callarse ustedes dos, Jeremías? —dijo Connant con voz trémula—. ¿Qué soy yo? ¿Algún ejemplar microscópico que están disecando? ¿Algún desagradable gusano que analizan en tercera persona?

McReady lo miró: sus manos, que se retorcían lentamente, cesaron por un momento de moverse. Y dijo:

—*Nos divertiremos mucho. Ojalá usted estuviese aquí. Firmado: Todos.* Connant, si usted cree que está pasando un mal rato, pase al otro lado por unos minutos. Usted tiene algo que nosotros no tenemos: sabe cuál es la respuesta. Le diré algo: en estos momentos, usted es el hombre más temido y respetado del Gran Imán.

—Dios mío, ojalá usted pudiese ver sus ojos —dijo Connant con voz entrecortada—. Déjese de mirar, ¿quiere? ¿Qué demonios va a hacer?

—¿Se le ocurre alguna idea, doctor Copper? —preguntó con firmeza el comandante Garry—. La situación actual es algo complicada.

—¿De veras? —replicó con tono brusco Connant—. Venga aquí y mire a esa gente. Su aspecto es idéntico al de esa jauría del pasillo. Benning... ¿quiere dejar de jugar con esa maldita hacha para hielo?

El filo de cobre resonó sobre el piso cuando el mecánico de aviación dejó caer nerviosamente el hacha. Benning se inclinó, la recogió de inmediato y la alzó con lentitud, haciéndola girar entre sus manos mientras la mirada de sus pardos ojos se paseaba espasmódicamente por la habitación.

Copper se sentó sobre la litera, junto a Blair. La madera crujió ruidosamente. En él

otro extremo del corredor, un perro aulló de dolor y llegaron suavemente hacia ellos las tensas voces de los conductores de trineos.

—El examen microscópico sería inútil, como ya ha señalado Blair —dijo pensativamente el doctor Copper—. Ha transcurrido un tiempo considerable. Con todo, los *tests* de suero serían terminantes.

—¿*Tests* de suero? ¿Qué quiere usted decir en realidad? —preguntó el comandante Garry.

— Si yo tuviera un conejo al cual se le ha inyectado sangre humana, que es un veneno para los conejos, naturalmente, como lo es para ellos la sangre de cualquier otro animal que no sea otro conejo, y las inyecciones continuaran durante algún tiempo en dosis crecientes, el conejo estaría inmunizado contra los hombres. Si le sacaran una pequeña cantidad de sangre, la pusieran en un tubo de ensayo para separarla, y le agregaran un poco de sangre humana al suero limpio, se operaría una visible reacción, la cual probaría que la sangre era humana. Si se le añadiera sangre de vaca o de caballo, o cualquier otro material de proteínas que no fuese la sangre humana, no se operaría reacción alguna. Eso sería una prueba terminante.

—¿Quiere indicarme dónde podría yo atrapar a un conejo para usted? —preguntó Norris—. Siempre que ese lugar esté más cerca que Australia; no queremos perder tiempo yendo tan lejos.

—Sé que no hay conejos en la Antártida —dijo Copper, con gesto de asentimiento—. Pero se trata simplemente del animal usual. Cualquier animal que no sea el hombre servirá. Un perro, por ejemplo. Pero eso requerirá varios días, y debido al tamaño mayor del animal exigirá considerable sangre. Dos de nosotros tendremos que contribuir.

—¿Bastaría conmigo? —preguntó rápidamente Garry.

—Valdría por dos—asintió Copper—. Me pondré a trabajar en ello inmediatamente.

—¿Y qué será de Connant, mientras tanto? —preguntó Kinner—. Saldré por esta puerta y me iré derecho al mar de Ross antes que cocinar para él.

—Quizá sea un ser humano... —empezó Copper.

—¡Un ser humano! —exclamó Connant, estallando en un torrente de blasfemias—. ¡Un ser humano! ¡Que *quizá* yo sea un ser humano! ¿Por quién diablos me toman?

—Por un monstruo —replicó con aspereza Copper—. Ahora cálese y escuche.

Connant se puso pálido. Se sentó pesadamente cuando la acusación se concretó en palabras.

—Hasta que lo sepamos con seguridad, se puede esperar razonablemente que lo encerremos bajo llave —dijo Copper—. Si usted no es... un ser humano... es mucho más peligroso que el pobre Blair, y yo cuidaré de que él sea encerrado concienzudamente. Espero que su próxima etapa sea un deseo violento de matarlo a usted, a todos los perros y probablemente a todos nosotros. Cuando despierte se convencerá de que ninguno de nosotros somos seres humanos, y nada de lo que vea en el mundo alterará jamás su convicción. Sería más bondadoso dejarlo morir, pero no podemos hacer eso, naturalmente. Blair será confinado en una cabaña y usted puede quedarse en la Casa del Cosmos, con su aparato de rayos cósmicos, lo cual es poco más o menos lo que haría usted. Tengo que preparar un par de perros.

Connant asintió con amargura.

—Soy un ser humano. Haga ese *test*. Sus ojos... ¡Santo Dios! Si usted pudiera ver cómo miran sus ojos...

El comandante Garry observó con ansiedad cómo Clark, el encargado de los perros, sujetaba al perrazo pardo de Alaska, mientras Copper iniciaba el tratamiento de inyecciones. El perro se mostró reacio a colaborar: la aguja era dolorosa y ya lo habían pinchado bastante esa mañana. Cinco puntos de sutura mantenían cerrado un corte que le cruzaba la paletilla, las costillas y la mitad inferior de su cuerpo. Uno de los largos colmillos estaba roto: el fragmento que faltaba debía de hallarse sepultado en el omóplato del monstruo que estaba sobre la mesa del edificio de la administración.

—¿Cuánto demorará eso? —preguntó Garry, oprimiéndose suavemente el brazo.

Estaba dolorido a causa del pinchazo que le hiciera el doctor Copper para extraerle sangre.

Copper se encogió de hombros.

—Para serle franco, no lo sé. Conozco el método general. Lo he usado con conejos. Pero no lo he experimentado con perros. Son animales grandes y embarazosos con los cuales no resulta cómodo trabajar: naturalmente, los conejos son preferibles y por lo general sirven. En los parajes civilizados se pueden comprar conejos inmunes al hombre a

los proveedores.

—¿Para qué los usan allí? —preguntó Clark.

—La criminología es un campo de acción muy vasto. A dice que no ha asesinado a B, y que la sangre que aparece sobre su camisa proviene de haber matado a una gallina. El Estado hace un test y entonces le toca a A explicar por qué la sangre reacciona cuando se trata de conejos inmunes al hombre pero no cuando se trata de conejos inmunes a las gallinas.

—¿Qué haremos con Blair, mientras tanto? —preguntó Garry, con aire cansado. Está muy bien que lo dejemos dormir donde esta durante algún tiempo, pero cuando despierte...

—Barclay y Benning están ajustando unas trancas sobre la puerta de la Casa del Cosmos —replicó Copper con aire ceñudo—. Connant está obrando como un caballero. Creo que quizá la forma en que lo miran los demás le hace desear la intimidad. Sabe Dios que, hasta ahora, todos hemos querido individualmente un poco de intimidad... y trancas. Tendrá un plan bien definido cuando se despierte. ¿Han oído hablar alguna vez del viejo método para detener la propagación de la aftosa en las vacas?

Clark y Garry negaron silenciosamente con la cabeza.

—Si no hay fiebre aftosa, no la habrá —explicó Copper—. Uno se libera de ella matando a todos los animales que la tienen o que han estado cerca del animal enfermo. Blair es un biólogo y tiene miedo de ese ser a quien hemos puesto en libertad. Probablemente en estos momentos la respuesta aparece muy clara en su cerebro: matar a todos y a todo en este campamento antes de que una gaviota *skua* o un albatros errante que llegue con la primavera venga casualmente por aquí y... se contagie.

Los labios de Clark se contrajeron en una sonrisa que parecía una mueca.

—Eso me parece lógico. Si las cosas toman demasiado mal cariz... quizá sea preferible dejar en libertad a Blair. Eso nos evitaría suicidarnos. También podríamos jurar que, si las cosas se ponen feas, cuidaremos de que eso suceda.

Copper rió, con risa contenida.

—El último hombre que quedaría vivo en el Gran Imán... no sería un hombre —observo—. Alguien tiene que matar a esos... seres que no quieren matarse a sí mismos... ¿Comprenden? No tenemos suficiente termita para hacerlo todo a la vez, y ese explosivo de

decanita no ayudaría gran cosa. Se me ocurre que hasta pequeños trozos de uno de esos seres se bastarían a sí mismos.

—Si ellos pueden modificar a voluntad su protoplasma... ¿No se modificarán simplemente a sí mismos convirtiéndose en pájaros y huyendo en vuelo? —dijo Garry pensativamente—. Pueden leer todo lo relativo a los pájaros e imitar su estructura incluso sin haberlos visto. O imitar quizás a los mismo pájaros del planeta del cual provienen.

Copper negó con la cabeza y ayudó a Clark a liberar al perro.

—El hombre estudió a los pájaros durante siglos, procurando hacer una máquina capaz de volar como ellos. Nunca consiguió descubrir el secreto de los pájaros: obtuvo éxito sólo cuando se apartó totalmente de ese camino y ensayó métodos nuevos. Conocer la idea general del asunto y la estructura detallada del ala y el hueso y el tejido nervioso es algo muy distinto. Y en cuanto a los pájaros de otros mundos, probablemente las condiciones atmosféricas son aquí tan distintas que sus pájaros no podrían volar. Incluso es posible que ese ser proviniese de un planeta como Marte, donde la atmósfera es tan tenue que no hay pájaros.

Barclay entró en el edificio, arrastrando un cable de control de avión.

—Asunto acabado, doctor. La Casa del Cosmos no puede ser abierta desde dentro. Ahora: ¿dónde encerramos a Blair?

Copper miró a Garry.

—No hay ningún edificio de biología. No sé dónde podríamos aislarlo.

—¿Y el escondrijo oriental? —dijo Garry después de meditar un momento—. ¿Podrá Blair cuidar de sí mismo..., o necesitará que lo cuiden?

—Estará en condiciones de hacerlo. Más vale que nos cuidemos nosotros —le aseguró sombríamente Copper—. Lleve una cocina portátil, un par de bolsas de carbón, los víveres necesarios y algunas herramientas para equipar eso. Nadie ha estado allí desde el otoño último... ¿verdad?

—Si se pone alborotador... creo que eso podría ser una buena idea —opinó.

Barclay dejó las herramientas que llevaba y miró a Garry.

—Si lo que murmura ahora indica algo, Blair cantará de noche. Y no nos gustará su canto.

—¿Qué dice? —preguntó Copper. Barclay meneó la cabeza.

—No me molesté en escuchar mucho. Hágalo, si quiere. Pero entendí que ese maldito estúpido sonó con todo lo que ha soñado McReady y algo más. Durmió junto al monstruo cuando nos detuvimos en el rastro que venía del Segundo Magnético, no lo olvide. Soñó que ese ser estaba vivo y otros detalles. Y, maldito sea, sabía que no todo era un sueño, o tenía motivos para saberlo. Sabía que aquel ser tenía facultades telepáticas que se agitaban vagamente, y que no sólo podía leer los cerebros sino también proyectar los pensamientos. Esos no eran sueños... ¿Comprende? Eran pensamientos extraviados que ese ser estaba transmitiendo, como transmite ahora sus pensamientos Blair..., una especie de murmullo telepático en sueños. Es por eso que él sabía tanto sobre sus facultades. Creo que usted y yo, doctor, no somos tan sensibles..., si quiere creer en la telepatía.

—Tengo que creer —dijo con un suspiro Copper—. El doctor Rhine, de la Universidad de Duke, ha probado que eso existe, que algunas personas son mucho más sensibles que otras.

—Bueno. Si quiere saber muchos detalles, vaya a escuchar la transmisión de Blair. Este ha hecho salir a la mayor parte de los muchachos del edificio de la administración: Kinner está haciendo tintinear las cacerolas. Cuando no puede hacer sonar una cacerola, saca cenizas.

—A propósito, comandante... ¿Qué haremos esta primavera, ahora que los aviones no cuentan?

Garry suspiró.

—Me temo que nuestra expedición fracasará. No podemos dividir nuestras fuerzas ahora.

—No fracasará... si seguimos viviendo y salimos de aquí —le prometió Copper—. El hallazgo que hemos hecho, si logramos controlarlo, es bastante importante. Los datos sobre los rayos cósmicos, la labor magnética y la tarea atmosférica no se verán grandemente entorpecidos.

Garry rió, sin alegría.

—Precisamente yo estaba pensando en las transmisiones radiotelefónicas en que comunicaremos al mundo los maravillosos resultados de nuestros vuelos de exploración, en que trataremos de engañar a hombres como Byrd y Ellsworth, en nuestro país, convenciéndolos de que estamos haciendo algo.

Copper asintió, con aire grave.

—Adivinarán que sucede algo. Pero también comprenderán que tenemos suficiente criterio para no apelar a esas tretas sin algún motivo, y esperarán nuestro regreso para juzgarnos. Creo que el asunto se reduce a esto: los hombres que saben, lo suficiente para advertir nuestra desilusión esperarán nuestro regreso. Los hombres que no tienen la discreción y la fe suficientes para esperar, no tendrán la experiencia necesaria para notar un engaño. Conocemos suficientemente el estado de cosas existente aquí como para hacer triunfar una buena impostura.

—Con tal de que no manden expediciones de salvamento —oró Garry—. Cuando estemos listos para salir de aquí, si es que salimos algún día, tendremos que avisar al capitán Forsythe que nos traiga una partida de magnetos cuando venga. Pero... no se preocupe por eso.

—Es decir... que podríamos no salir de aquí..., ¿verdad? —preguntó Barclay—. Me estaba preguntando si una bonita y fluida descripción de una erupción o un terremoto mediante la radiotelefonía, con una buena explosión, usando una mecha de decanita debajo del micrófono, podría resultar útil. Nada, desde luego, mantendrá totalmente a raya a la gente. Pero una de esas hermosas y melodramáticas escenas *con el último hombre vivo* podría ablandarla.

Garry sonrió, con auténtico humor.

—¿Está tratando de calcular eso también toda la gente del campamento? —inquirió.

Copper se echó a reír.

—¿Qué opina usted, Garry? Confiamos en vencer. Pero no estamos demasiado a nuestras anchas.

Clark sonrió, abandonando por un instante al perro a quien intentaba calmar.

—¿Confiamos, dice usted, doctor?

8

Blair se movía por la pequeña cabaña. Sus ojos lanzaban espasmódicas y rápidas miradas a los cuatro hombres que estaban con él: Barclay, McReady, el doctor Copper y Benning.

Blair estaba acurrucado contra la pared opuesta de la cabaña del escondrijo oriental, y su equipo apilado en el centro del piso, junto a la estufa, formando una isla entre él y los cuatro hombres. Sus huesudas manos se crispaban y temblaban, denotando su espanto. Sus apagados ojos revelaban su malestar mientras hacia girar la calva y pecosa cabeza con movimientos propios de un pájaro.

—No quiero que nadie venga aquí —dijo Blair con tono brusco y nervioso. Yo mismo me prepararé la comida. Quiero alimentos envasados. Envases sellados.

—De acuerdo, Blair —protestó Barclay—. Se los traeremos esta noche. Usted tiene carbón y el fuego está encendido. Haré un último...

Barclay dio un paso adelante.

Blair se deslizó instantáneamente al rincón más lejano.

—¡Salga de aquí! ¡Apártese de mí, monstruo —clamó el biólogo, y trató de abrirse paso con las uñas a través de la pared de la cabaña—. Apártese de mí... apártese... No quiero ser absorbido..., no quiero...

Barclay se dominó y retrocedió. El doctor Copper meneó la cabeza.

—Déjelo en paz, Bar —le dijo a Barclay—. A Blair le resulta más fácil arreglar el asunto personalmente. Creo que nos veremos obligados a cerrar la puerta...

Los cuatro hombres salieron. Benning y Barclay pusieron manos a la obra con eficacia practicando una trampilla en la puerta a través de la cual se podían hacer pasar víveres y evitando que la puerta se pudiera abrir desde el interior.

Allí Blair se movía con impaciencia de un lado a otro. Arrastró algo hacia la puerta, jadeando y profiriendo frenéticas blasfemias. Barclay abrió la trampilla y miró, mientras el doctor Copper atisbaba por sobre su hombro. Blair había arrimado contra la pared de entrada su pesada litera. Ahora la puerta no se podía abrir sin su cooperación.

—Creo que el pobre hace bien —dijo con un suspiro McReady—. Si se escapa, su confesada intención es matarnos a todos y a cada uno lo antes posible, lo cual es algo que no podemos aceptar. Pero de nuestro lado de la puerta tenemos algo peor que un loco homicida. Si hay que soltar al uno o al otro, creo que vendré a desatar esas cuerdas.

Barclay sonrió.

—Avíseme y le mostraré cómo debe hacer para desatarlas con rapidez. Volvamos.

El sol teñía al norte el horizonte con multicolores arco iris. Los hielos flotantes a la

deriva se deslizaban hacia el norte, centelleando bajo sus flamígeros dardos. Pequeños montículos de redondeada blancura mostraban la cordillera del Imán, que apenas sobresalía por encima de los hielos a la deriva. Pequeños remolinos de nieve levantados por el viento giraban alrededor de sus esquíes cuando partieron hacia el campamento principal, establecido a tres kilómetros de allí. El delgado dedo de la antena de transmisión alzó una fina aguja negra hacia la blancura del continente antártico. La nieve, bajo sus esquíes, parecía fina arena, dura y quebradiza.

—La primavera ha llegado —dijo con amargura Benning—. ¿Verdad que nos divertimos? Y yo, que esperaba con ansia el momento de alejarme de este maldito agujero hecho en el hielo...

—En su caso, no lo intentaría —gruñó Barclay—. La gente que se vaya de aquí en los próximos días será extraordinariamente impopular.

—¿Cómo sigue su perro, doctor Copper? —preguntó McReady—. ¿Ha obtenido algún resultado ya?

—¿A las treinta horas? Ojalá los hubiera. Hoy le inyecte mi sangre. Pero supongo que necesitaré otros cinco días.

McReady preguntó lentamente:

—Si Connant se hubiese... transformado... ¿nos habría puesto en guardia tan pronto después de la fuga del monstruo? ¿No habría esperado lo suficiente como para que éste tuviera una verdadera probabilidad de ponerse a salvo? Hasta que nos despertáramos, naturalmente...

—Este monstruo es egoísta —observó el doctor Copper—. No lo creerá usted poseído por el espíritu de la justicia superior..., ¿verdad? Supongo que cada parte de sí es para él el todo, que cada parte suya es toda para él. Si Connant hubiese sido transformado, para salvar el pellejo, habría... Pero los sentimientos de Connant no han cambiado: son imitados perfectamente o bien son los suyos propios. Naturalmente, la imitación, copiando a conciencia los sentimientos de Connant, habría hecho exactamente lo mismo que él.

—Oiga..., ¿no podría Norris o Van someter a Connant a algún *test*? Si ese ser es más inteligente que los hombres, podría saber más sobre física que Connant, y ellos lo notarían —insinuó Barclay.

Copper movió la cabeza con laxitud.

—No, si sabe leer los pensamientos. No se puede proyectar una celada para ese monstruo. Van lo propuso anoche. Confiaba que el monstruo respondería alguna de las preguntas sobre física cuyas respuestas querría conocer.

—Esta idea de una expedición de cuatro está predestinada a hacernos más feliz la vida —dijo Benning, mirando a sus camaradas—. Cada uno de nosotros tendrá un ojo fijo en los demás para asegurarse de que no harán... nada raro. ¡Qué grupo lleno de mutua confianza formaremos! Cada uno mirará a sus vecinos con el mayor despliegue de fe y confianza... Ya estoy empezando a comprender lo que quiso decir Connant al declarar: “Ojalá pudiera usted ver sus ojos”. Creo que de vez en cuando todos tenemos la misma mirada. Uno de nosotros mira a su alrededor con unos ojos que dicen: “Me pregunto si alguno de los otros tres es...” Por lo demás, no me exceptúo a mí mismo.

—Que yo sepa, el monstruo ha muerto y sólo ha dejado en pie un leve interrogante con respecto a Connant. No se sospecha de ningún otro —declaró lentamente McReady—. La orden de “siempre cuatro” es una simple medida de precaución.

—Estoy esperando que Garry lo convierta en “cuatro en una litera” —suspiró Barclay—. Creí no tener ninguna intimidación antes, pero desde esa orden...

Nadie observaba con más tensión que Connant un pequeño tubo de ensayo de vidrio esterilizado, lleno a medias de un líquido color paja. Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco gotas de la clara solución que Copper había preparado con las gotas de sangre extraídas del brazo de Connant. El tubo fue agitado cuidadosamente y luego colocado en un vaso de agua clara y tibia. El termómetro señaló calor de sangre, un pequeño termostato emitió un fuerte chasquido y el calorífero eléctrico comenzó a brillar mientras las luces temblaban. Luego se formaron pequeños copos blancos de precipitación, cayendo como una nevada en el líquido color paja.

—Dios mío —dijo Connant, y se desplomó sobre una litera, sollozando como un niño. Seis días..., seis días ahí dentro preguntándome si ese maldito *test* mentiría...

Garry se acercó silenciosamente y pasó el brazo detrás de la espalda del físico.

—No podía mentir —dijo el doctor Copper—. El perro era inmune al hombre... y el suero reaccionó.

—¿Connant es... normal? —preguntó Norris con voz entrecortada—. ¿De modo que

el monstruo ha muerto..., ha muerto para siempre?

—Connant es un ser humano —dijo Copper rotundamente—. Y el monstruo ha muerto.

Kinner estalló en risotadas, en risotadas histéricas. McReady se volvió hacia él y lo abofeteó con un rítmico compás de un-dos, un-dos. El cocinero rió, tragó saliva, lloró un instante y luego se sentó, frotándose las mejillas, murmurando vagamente palabras de gratitud.

—Yo estaba asustado, Dios mío, estaba asustado...

Norris rió, con una risa quebradiza.

—¿Cree que nosotros no lo estábamos, gorila? ¿Cree que Connant no lo estaba?

El edificio de la administración se puso en movimiento, repentinamente rejuvenecido. Unas voces reían, los hombres que se agolparon alrededor de Connant hablaban con voz innecesariamente sonora, con voz nerviosa de seres aliviados al sentirse amigos de nuevo. Alguien gritó una proposición y una docena de hombres se marcharon en busca de sus esquíes. Blair. Blair podría recobrase... El doctor Copper se afanaba con sus tubos de ensayo, para desahogar sus nervios, intentando soluciones. La partida de socorro para la cabaña de Blair salió de allí, golpeando ruidosamente el suelo con sus esquíes. En el otro extremo del corredor, los perros empezaron a proferir agudos aullidos, al husmear el ambiente de excitación que llegaba hasta ellos.

El doctor Copper estaba atareado con los tubos de ensayo. McReady fue el primero en notarlo, sentado en el borde de su litera, con dos tubos de ensayo donde se sedimentaba un precipitado blanco del líquido color paja, el rostro más blanco que la sustancia de sus tubos, mientras de sus ojos dilatados por el horror se escapaban silenciosas lágrimas.

McReady sintió que el frío cuchillo del miedo le perforaba el corazón y se le helaba en el pecho. El doctor Copper lo miró.

—Garry —llamó, con ronca voz—. Garry, por amor de Dios, venga aquí

El comandante Garry se dirigió hacia él, con pasos rotundos. El silencio se aposentó en el edificio de la administración. Connant alzó los ojos y se levantó envarado de su asiento.

—Garry... El tejido de ese monstruo... también precipita. Esto no prueba nada. Sólo prueba que el perro era inmune al monstruo también. Que uno de los dos que contribuimos

con sangre... uno de nosotros dos, usted o yo, Garry..., *uno de nosotros es un monstruo*.

9

—Bar, llame a esos hombres antes de que se lo digan a Blair —indicó tranquilamente McReady.

Barclay fue hacia la puerta: sus gritos llegaron débilmente a oídos de los hombres sumidos en tenso silencio en la habitación. Luego volvió.

—Vienen —anunció—. No les dije el porqué. Sólo les expliqué que el doctor Copper había dicho que no fueran.

—El que manda es usted ahora, McReady —dijo con un suspiro Garry—. Que Dios le ayude. Yo no puedo.

El gigante de bronce asintió lentamente, los hundido ojos fijos en el comandante Garry.

—Quizá yo lo sea —agregó Garry—. Sé que no lo soy, pero no puedo probárselo a ustedes de ningún modo. El *test* del doctor Copper ha fracasado. El hecho de que haya probado que era inútil, cuando beneficiaba al monstruo que no se supiera esa inutilidad, parecería probar que era un ser humano.

Copper se meció lentamente sobre la litera.

—Sé que soy un ser humano. Pero tampoco puedo probarlo. Uno de nosotros dos es un embustero, porque el *test* no puede mentir y dice que uno de nosotros es un monstruo. Di la prueba de que el *test* se equivocaba, lo cual parece demostrar que soy un ser humano y ahora Garry ha dado ese argumento que prueba que lo soy..., cosa que él, de ser monstruo, no habría hecho. Vueltas y vueltas y más vueltas y...

La cabeza del doctor Copper, y luego su cabello y sus hombros, empezaron a describir lentos círculos al compás de las palabras. Repentinamente, se tendió sobre la litera, bramando de risa.

—¡Eso no prueba que *uno* de nosotros sea un monstruo! ¡No tiene por qué probarlo! ¡Ja, ja! Si *todos* somos monstruos eso da el mismo resultado... Todos somos monstruos..., todos nosotros... Connant, Garry, yo..., todos ustedes.

—McReady —dijo en voz baja Van Wall, el rubio piloto principal—. Usted estudiaba medicina cuando se dedicó a la meteorología..., ¿verdad? ¿Podría hacer algún *test*?

McReady se acercó lentamente a Copper, tomó de su mano la jeringa hipodérmica y la lavó cuidadosamente con alcohol. Garry estaba sentado sobre el borde de la litera con aire impasible, observando de un modo inexpresivo a Copper y a McReady.

—Lo que dijo Copper es posible —dijo con un suspiro McReady—. Van..., ¿quiere ayudarme? Gracias.

La aguja de la jeringa penetró en el muslo de Copper. La risa del médico no cesó y se diluyó lentamente en sollozos. Luego quedó profundamente dormido al surtir efecto la morfina.

McReady se volvió nuevamente. Los hombres que habían partido en busca de Blair estaban de pie en el otro extremo de la habitación, y sus semblantes estaban blancos. Connant tenía en cada mano un cigarrillo encendido: aspiraba distraídamente uno de ellos y contemplaba fijamente el suelo. El calor del que tenía en la mano izquierda lo atrajo y lo miró absorto, y luego contempló estúpidamente por un momento el que tenía en la otra. Dejó caer uno de ellos y lo aplastó lentamente con el pie.

—El doctor Copper podría tener razón —repitió McReady—. Sé que soy un ser humano... pero, desde luego no puedo probarlo. Repetiré ese *test* para mi propia información. Cualquiera de ustedes que lo desee puede hacer lo mismo.

Dos minutos después, McReady alzó un tubo de ensayo con un precipitado blanco que se sedimentaba lentamente, desprendiéndose de un suero color paja.

—Reacciona también con la sangre humana, de modo que ninguno de los dos es un monstruo.

—No creí que lo fueran —dijo con un suspiro Van Wall—. Tampoco esto le habría convenido al monstruo: hubiéramos podido destruirlos en caso de saberlo. ¿Por qué no nos habrá destruido el monstruo a nosotros?

McReady replicó con un bufido. Luego rió silenciosamente:

—Elemental, querido Watson. El monstruo quiere tener disponibles formas de vida. Aparentemente no puede animar a un cadáver. Sólo espera..., espera mejores oportunidades. Nos reserva a los que seguimos siendo seres humanos.

Kinner se estremeció violentamente.

—Vamos, Mac. ¿Acaso yo lo sabría si fuese un monstruo? ¿Sabría si el monstruo se ha apoderado ya de mí? ¡Oh, Dios mío! Quizá yo sea un monstruo ya.

—Usted lo sabría —respondió McReady.

—Pero nosotros no —dijo Norris, con una risita casi sardónica.

McReady contempló la redoma de suero que quedaba.

—Por lo demás, esta maldita sustancia sirve para algo —dijo pensativamente—. Clark... ¿Quiere ayudarme con Van? Los demás, más vale que se queden juntos aquí. Vigílese mutuamente —añadió con amargura—. Cuiden de no verse en apuros... digámoslo así.

McReady se dirigió por el túnel hacia la sección de los perros, seguido por Clark y Van Wall.

—¿Necesita más suero? —le preguntó Clark

McReady negó con la cabeza.

—Tubos de ensayo —respondió—. Ahí hay cuatro vacas y un toro y casi setenta perros. Esta sustancia sólo reacciona con la sangre humana... y los monstruos.

McReady volvió al edificio de la administración y fue silenciosamente al lavabo. Clark y Van Wall se le unieron momentos después. Los labios de Clark se movían en un tic, en sonrisas sardónicas impremeditadas y convulsivas.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó Connant, en súbito arranque—. ¿Más inmunización?

Clark contestó con una risita tonta y se detuvo, con un hipo.

—Inmunización. ¡Ja, ja! Eso es. ¡Inmunización!

—El monstruo es perfectamente lógico —dijo con firmeza Van Wall—. Nuestro perro inmune era el indicado y extrajimos un poco más de suero para los *tests*. Pero no podemos hacer más.

—¿No puede..., no puede usar la sangre de un hombre en otro perro —comenzó Norris.

—No hay más perros —dijo McReady, con voz baja—. Ni vacas, diría yo.

—¿No hay más perros? —preguntó Benning, sentándose lentamente.

—Son muy desagradables cuando empiezan a cambiar —dijo con precisión Van Wall—. Esa plancha de electrocución que usted fabricó, Barclay, es muy veloz. Sólo ha quedado un perro..., nuestro perro inmune.

El monstruo nos lo dejó para que pudiéramos divertirnos con nuestro *test*.

El resto...

Van Wall se encogió de hombros y se secó las manos.

—Las vacas... —dijo Kinner, tragando saliva.

—También. Su aspecto es ridículo cuando empiezan a derretirse.

Kinner se levantó con lentitud. Su mirada se paseó rápidamente por la habitación y se detuvo, trémula, sobre el recipiente de latón de la cocina. Lentamente, paso a paso, retrocedió hacia la puerta, mientras su boca se abría y cerraba silenciosamente, como la de un pez fuera del agua.

—La leche... dijo, con voz entrecortada—. Las ordeñé hace una hora...

Salió entre los hielos, sin abrigo ni ropa gruesa.

Su voz se quebró en un alarido, mientras se abalanzaba hacia la puerta

Van Wall lo siguió por un momento con la mirada, pensativamente.

—Lo más probable es que esté loco sin remedio —dijo finalmente—. Pero podría ser un monstruo que huye.

Tres de los otros hombres vomitaban en silencio. Norris estaba tendido boca arriba, el rostro verdoso, contemplando fijamente el fondo de la litera suspendida sobre la suya.

—Mac..., ¿desde cuándo las... vacas son no-vacas...?

McReady se encogió de hombros, con aire desesperanzado. Se acercó al cubo de la leche y con su tubito de suero se puso a trabajar sobre él. La leche lo empañaba, dificultando la comprobación. Finalmente, dejó el tubo de ensayo en su soporte.

—El resultado del *test* es negativo. Lo cual significa que eran vacas, entonces, o bien que, siendo imitaciones perfectas, daban una leche perfectamente buena.

Copper se movió inquieto entre sueños y de sus labios brotó algo intermedio entre un ronquido y una risa. Las miradas de los demás se posaron en él.

—¿Le haría la morfina... a un monstruo...? —empezó a preguntar alguien.

—¡Quién sabe! —dijo McReady, encogiéndose de hombros—. Influye sobre todos los animales terrestres que conozco.

Bruscamente, Connant irguió la cabeza.

—¡Mac! ¡Los perros deben de haber tragado trozos del monstruo y esos trozos los han destruido! El monstruo vivía en los perros. Yo estaba encerrado bajo llave. ¿No prueba

eso...?

Van Wall negó con la cabeza.

—Lo siento. No prueba nada acerca de lo que es usted, sólo prueba lo que no hizo.

—No —suspiró McReady—. Nos vemos impotentes porque no sabemos lo suficiente y estamos tan nerviosos que no pensamos lo suficiente. ¡Encerrado bajo llave! ¿Han visto alguna vez un corpúsculo blanco de la sangre cuando atraviesa la pared de un vaso sanguíneo? ¿No? Se adhiere como un seudópodo. Y ya está... al otro lado de la pared.

—¡Oh! —dijo Van Wall, con aire desdichado—. Las vacas trataron de derretirse..., ¿no es así? Podían haberse derretido..., haberse convertido simplemente en una hebra de sustancia y pasado por debajo de una puerta para reagruparse al otro lado. Cuerdas... No, no... Eso no bastaría. Ellas no podrían vivir en un tanque cerrado o...

—Si uno le dispara a ese animal un balazo y le perfora el corazón y no muere, es un monstruo —dijo McReady—. Es el mejor *test* que se me ocurre.

No hay perros ni vacas —dijo tranquilamente Garry—. El monstruo tiene que imitar ahora a los hombres. Y el encerrar bajo llave no sirve de nada. Su *test* podrá dar resultados, Mac, pero temo que le costaría conseguirlo con los hombres.

10

Clark alzó los ojos del hornillo cuando Van Wall, Barclay, McReady y Benning entraron, desprendiéndose los fragmentos de hielo adheridos a su vestimenta. Los otros hombres continuaron dedicándose a lo que hacían, jugando al ajedrez, al póquer, leyendo. Ralsen estaba reparando un trineo sobre la mesa. Van y Norris estaban inclinados sobre unos datos magnéticos, mientras que Harvey leía logaritmos en voz baja.

El doctor Copper roncaba suavemente sobre la litera. Garry estaba trabajando con Dutton en unos mensajes radiotelefónicos. Connant estaba usando la mayor parte de la mesa para las páginas sobre los rayos cósmicos.

Desde el otro lado del pasillo, a pesar de las dos puertas cerradas, les llegó con toda claridad la voz de Kinner. Clark puso ruidosamente una marmita sobre el hornillo y le hizo un gesto en silencio a McReady. El meteorólogo se le acercó.

—No me importa tanto el que cocine —dijo Clark nerviosamente—. Pero... ¿no

habría alguna manera de detener a ese pajarraco? Todos convinimos en que sería seguro trasladarlo a la Casa del Cosmos.

—¿A Kinner? —dijo McReady, señalando la puerta—. Temo que no. Supongo que puedo atontarlo con drogas, pero no tenemos existencias ilimitadas de morfina, y Kinner no corre el peligro de perder el juicio. Sólo está histérico.

—Pues corremos el peligro de perder el nuestro. Usted ha estado ausente durante una hora y media. Eso se ha desarrollado sin cesar desde entonces y sucedía ya antes desde hacía dos horas. Como usted sabe, hay un límite.

Garry se acercó lentamente, con aire de excusa. Por un momento, McReady advirtió la chispa salvaje de temor... de horror, que brillaba en los ojos de Clark, y advirtió inmediatamente que también brillaba en los suyos. Garry —Garry o Copper— era ciertamente un monstruo.

—Creo que si usted pudiera ponerle freno a eso, procedería con prudencia, Mac —dijo tranquilamente Garry—. Hay... tensión más que suficiente en esta habitación. Convinimos en que Kinner estaría más seguro allí, porque todos los demás del campamento están bajo constante vigilancia.

Garry se estremeció.

—Y, por amor de Dios, trate de hallar algún *test* eficaz; trate de hallarlo.

McReady suspiró.

—Con vigilancia o sin ella, todos están en tensión. Blair ha atascado la trampilla, de modo que ésta no se pueda abrir ahora. Dice que tiene suficiente alimento y grita a cada momento. De modo que nos fuimos.

—¿No hay otro *test*? —rogó Garry.

McReady se encogió de hombros.

—Copper tenía muchísima razón. La prueba del suero podría ser terminante si no hubiese estado... contaminado. Pero sólo queda un perro y no nos sirve ya.

—¿Pruebas químicas?

McReady meneó la cabeza.

—Nuestra química no es valiosa hasta ese punto. Intenté el microscopio..., ¿comprende?

Garry asintió.

—El perro-monstruo y el perro auténtico eran idénticos. Pero... hay que seguir adelante. ¿Qué haremos después de cenar?

Van Wall se les unió silenciosamente.

—Guardia rotatoria. La mitad del personal duerme y la otra mitad está despierta. Me pregunto cuántos de nosotros somos monstruos. Todos los perros lo fueron. Nos creímos a salvo, pero de un modo u otro eso alcanzó a Copper... o a usted.

En los ojos de Van Wall fulguró una llama de malestar.

—El monstruo puede haber penetrado en todos ustedes... Todos ustedes menos yo, quizás estén dudando, mirando. No, eso no es posible. Entonces, ustedes saltarían y me verían en la impotencia. Nosotros los seres humanos, de un modo u otro, debemos tener superioridad numérica ahora. Pero... —y Van Wall se interrumpió.

McReady rió, con una breve risita.

—Usted hace lo que Norris se quejó de haber hallado en mi —dijo—. Pero si cambia a uno solo más... Eso podría alterar el equilibrio de las fuerzas. El monstruo no lucha. No creo que luche jamás. Debe de ser un ente pacífico, a su manera... Inimitable. Nunca tuvo que luchar porque siempre obtuvo sus fines pacíficamente.

La boca de Van Wall se contrajo en una sonrisa enfermiza.

—De modo que usted sugiere que quizá el monstruo *tenga* ya superioridad numérica, pero que sólo esperan todos ellos..., todos ustedes, que yo sepa..., esperan a que yo, el último ser humano, ahogue mi fatiga en sueño. Mac..., ¿notó sus ojos, fijos en nosotros?

Garry suspiró.

—Usted no ha estado sentado aquí durante cuatro horas consecutivas, mientras todos sus ojos evaluaban silenciosamente la información de que uno de nosotros dos, Copper o yo, es un monstruo..., quizá los dos.

Clark repitió su petición.

—¿Quiere ponerle un alto al alboroto de ese pajarraco? Me está enloqueciendo. Consiga, por lo menos, que haga menos ruido.

—¿Está orando aún? —preguntó McReady.

—Orando —gruñó Clark—. No ha cesado de hacerlo ni por un momento. No me importa que rece si eso lo alivia, pero grita, canta salmos y cánticos y vocifera plegarias.

Cree que Dios no podrá oírle bien desde aquí.

—Quizá no pueda —gruñó—. O habría hecho algo con ese engendro del infierno.

—Alguien intentará el *test* que usted mencionó, si no lo detiene —declaró sombríamente Clark—. Creo que un hachazo en la cabeza sería tan categórico como una bala en el corazón.

—Siga con la comida. Veré qué puedo hacer. Quizás haya algo en los armarios.

McReady se dirigió con laxitud al rincón que usara Copper como dispensario. Tres altos armarios de rústicos tablones, dos de ellos cerrados con llave, eran los depósitos de los suministros médicos del campamento. Doce años antes, McReady se había graduado, había pedido un cargo de practicante y luego había abandonado la medicina para consagrarse a la meteorología. Copper era un hombre escogido, un hombre que sabía su profesión concienzudamente y en forma moderna. Más de la mitad de los medicamentos disponibles le resultaban totalmente desconocidos a McReady; había olvidado muchos de los otros. Allí no había una gran biblioteca médica, ni colecciones de revistas para leer las cosas que había olvidado: esas cosas elementales y simples para Copper, cosas que no merecían ser incluidas en la pequeña biblioteca con la cual se había visto obligado a contentarse. Los libros son pesados y todos los suministros habían sido traídos por vía aérea.

McReady eligió con aire esperanzado un barbitúrico. Van Wall y Barclay lo acompañaron. Un hombre nunca iba a ninguna parte solo en el Gran Imán.

Ralsen había dejado su trineo y los físicos se habían apartado de la mesa, y la partida de póquer estaba interrumpida cuando volvieron. Clark sacaba la comida. El tintineo de las cucharas y los ruidos ahogados causados al comer eran los únicos signos de vida de la habitación. No se pronunciaron palabras cuando los tres volvieron: simplemente, todas las miradas se concentraron sobre ellos, interrogativas, mientras las mandíbulas se movían.

McReady, de improviso, se tornó rígido. Kinner chillaba un salmo, con voz ronca y quebrada. Miró con laxitud a Van Wall, luciendo una sonrisa que era una mueca, y movió la cabeza:

—Ajá.

Van Wall profirió con amargura una maldición y se sentó junto a la mesa.

—Tendremos que aguantarlo hasta que se canse. No podrá chillar así eternamente.

—Tiene una garganta de bronce y una laringe de hierro colado —declaró con aire salvaje Norris—. De modo que podemos tener esperanzas y sugerir que es uno de nuestros amigos. En ese caso, él podría seguir renovando su garganta hasta el día del Juicio Final.

El silencio se enseñoreó de la habitación. Durante veinte minutos, todos comieron sin pronunciar una sola palabra. Luego, Connant se levantó de un salto, con airada violencia.

—Están todos ustedes en silencio como unas imágenes talladas. No dicen una sola palabra, pero... ¡qué ojos expresivos tienen, Dios mío! Giran de un lado a otro como bolitas de vidrio que ruedan por una mesa. Guiñan y parpadean y miran fijo... y murmuran cosas. ¿No podrían mirar a otra parte para variar, por favor? Oiga, Mac. Usted es el jefe aquí. Exhibamos unas películas durante el resto de la velada. Hemos estado guardando esas películas para hacerlas durar. ¿Durar para qué? Veámoslas mientras podemos hacerlo y miremos a otros, para no mirarnos mutuamente.

—Buena idea, Connant Yo, por lo pronto, estoy totalmente dispuesto a cambiar esto en cualquier forma posible.

—Gradúe el sonido de la película para que se oiga mucho, Dutton —insistió Clark—. Quizá pueda cubrir así el alboroto de esos salmos.

—Pero no apague las luces del todo —dijo a media voz Norris.

—Las luces serán apagadas —dijo McReady moviendo la cabeza—. Exhibiremos todos los dibujos animados que tenemos. Supongo que ustedes no tendrán inconveniente en ver los dibujos viejos..., ¿no es así?

—Bravo, bravo. Precisamente me siento con ganas de ver unas películas.

McReady se volvió hacia el que había hablado, un enjuto y larguirucho nativo de Nueva Inglaterra llamado Caldwell. Éste estaba llenando lentamente su pipa, soslayando una agria mirada hacia McReady.

El gigante de bronce no pudo reprimir la risa.

—Bueno, Bart. Usted se sale con la suya. Quizá nuestro estado de ánimo no sea el más adecuado para ver a Popeye y los patos de las historietas, pero algo es algo. Dutton, Barday y Benning, a cargo del proyector y el dispositivo de los mecanismos sonoros, se dedicaron en silencio a su tarea, mientras otros limpiaban el edificio de la administración y eliminaban los platos y cazuelas. McReady se encaminó lentamente hacia Van Wall y se

tendió en la litera a su lado.

—Me pregunto, Van, si debo o no explicar mis ideas por anticipado —dijo, con una sonrisa forzada—. Tengo la vaga idea de algo que podría dar resultado. Pero es demasiado vaga para preocuparse con eso. Sigán con su espectáculo, mientras trato de imaginar la lógica del asunto. Ocuparé esta litera.

Van Wall miró y asintió. La pantalla cinematográfica estaría virtualmente en la misma línea de aquella litera, determinando por lo tanto que las películas distrajeran menos allí, por ser menos inteligibles.

—Quizá debiera usted decirnos cuál es su plan.

—No demorará mucho, si mis cálculos son exactos. Pero ya no quiero esas pruebas con perros. Más vale que traslademos a Copper a la litera que está exactamente encima de la mía. Tampoco mirará la pantalla.

McReady señaló con la cabeza la mole de Copper, que roncaba suavemente. Garry les ayudó a levantar y trasladar al médico.

McReady se recostó contra la litera y se sumió en un trance casi de concentración, tratando de calcular las probabilidades, las operaciones, los métodos. A penas si advirtió que los demás se situaban silenciosamente y que la pantalla se iluminaba. Las frenéticas plegarias que gritaba Kinner y los salmos que entonaba desafinando horriblemente lo fastidiaron hasta que empezó el acompañamiento del sonido. Apagaron las luces, pero las grandes superficies coloreadas de la pantalla reflejaban suficiente luz para una fácil visibilidad. Hacían brillar los ojos cuando se movían inquietos. Kinner oraba aún, gritando, Y su voz era un ronco acompañamiento de sonido mecánico. Dutton subió de tono el amplificador.

Mientras sonaba la voz, McReady sólo notó vagamente al principio que algo parecía faltar. Aunque estaba acostado, la voz de Kinner llegaba a sus oídos con bastante claridad, a pesar del acompañamiento sonoro de las películas. Bruscamente, le llamó la atención notar que ya no se oía a Kinner en el otro cuarto.

—Dutton, corte ese sonido —gritó repentinamente.

La película se proyectó por un momento sin sonido y resultó extrañamente inútil en el imprevisto y profundo silencio. El viento que arreciaba en la superficie burbujeaba melancólicas lágrimas de sonido a través de las cañerías de las estufas. McReady dijo, en

voz baja:

—Kinner ya no canta.

—Entonces, por amor de Dios, pongan en marcha ese sonido. Quizás se haya interrumpido para escuchar —dijo con tono brusco Norris.

McReady se levantó y fue al otro extremo del pasillo. Barclay y Van Wall abandonaron sus sitios para seguirlo. Los centelleos abultaban y deformaban la gris ropa interior de Barclay cuando cruzó el haz de luz del proyector. Dutton encendió las luces y la película desapareció.

Norris estaba de pie en la puerta, como se lo había pedido McReady; Garry se hallaba sentado tranquilamente en la litera junto a la puerta, obligando a Clark a hacerle lugar. La mayoría de los demás se habían quedado exactamente donde estaban. Sólo Connant se paseaba lentamente por la habitación, con ritmo firme e invariable.

—Si continúa así, Connant, podemos prescindir por completo de usted, sea o no un ser humano —dijo Clark, escupiendo en el suelo—. ¿Interrumpiré de una vez ese maldito ritmo?

—Perdón.

El físico se sentó sobre una litera y se observó pensativamente los pies. Transcurrieron casi cinco minutos, cinco siglos, durante los cuales sólo se oía el murmullo del viento, y finalmente McReady apareció en el umbral.

—No teníamos suficiente dolor aquí, todavía —anunció. Kinner tiene clavado un cuchillo en la garganta, y es probable que sea ése el motivo por el cual dejó de cantar. Tenemos monstruos, locos y asesinos.

11

—¿Está en libertad Blair? —preguntó alguien.

—Blair no está en libertad. En caso contrario, habría venido aquí. Si hay alguna duda acerca del lugar de donde vino nuestro amable colaborador... esto puede aclararlo.

Van Wall mostró un largo cuchillo de fina hoja, de unos treinta centímetros de longitud, envuelto en un paño. El mango de madera estaba quemado a medias, chamuscado: le había quedado la marca de la tapa del hornillo.

Clark lo miró, absorto.

—Esa marca la dejé yo esta tarde. Olvidé ese maldito cuchillo en la cocina.

Van Wall asintió.

—Yo lo he olido. Adiviné que ese cuchillo provenía de la cocina.

—Me pregunto cuántos monstruos nos quedan —dijo Benning, mirando cautelosamente a los demás—. Si alguien pudiera escabullirse de aquí, ir de la pantalla hasta la cocina y luego a la Casa del Cosmos y volver... ya volvió... ¿verdad? Sí... todos están aquí. Pues bien... Si uno de los hombres del grupo pudo hacer todo eso...

—Quizá lo haya hecho un monstruo —insinuó en voz baja Garry—. Existe esa posibilidad.

—Al monstruo, como lo señaló usted hoy, sólo le han quedado hombres para imitar. ¿Disminuiría su..., su *stock*, digamos? —observó Van Wall—. No, sólo tenemos que vérnoslas con un miserable común y corriente, con un asesino. Usualmente, lo llamaríamos un *criminal inhumano*, supongo, pero hay que diferenciar. Teníamos asesinos inhumanos y ahora tenemos humanos asesinos. O uno, por lo menos.

—Hay un humano menos —dijo en voz baja Norris—. Quizá sean los monstruos quienes dominan ahora la situación.

—No se preocupe por eso —dijo con un suspiro McReady; y se volvió hacia Barclay—. Bar... ¿quiere traer su aparato eléctrico? Voy a cerciorarme...

Barclay se fue por el pasillo en busca del electrocutador dentado, mientras McReady y Van Wall volvían a la Casa del Cosmos. Barclay los siguió al cabo de unos treinta segundos.

El pasillo que llevaba a la Casa del Cosmos formaba un repliegue tortuoso, como casi todos los pasillos del Gran Imán, y Norris estaba en el umbral de nuevo. Pero oyeron algo ahogado, un repentino grito de McReady. Se oyó una salvaje ráfaga de golpes, de sonidos extraños.

—Bar... Bar...

Y resonó un raro grito, semejante a un maullido salvaje, que fue acallado antes todavía de que el ágil Norris llegara al recodo del pasillo.

Kinner —o mejor dicho, lo que había sido de Kinner— yacía en el suelo, partido en dos por el gran cuchillo que mostrara McReady. El meteorólogo estaba de pie contra la

pared y del cuchillo que tenía en la mano goteaba sangre. Van Wall se movía apenas en el suelo, gimiendo, y su mano se frotaba de un modo casi inconsciente la mandíbula. Barclay, con un indecible fulgor salvaje en los ojos, estaba inclinado sobre la dentada arma que tenía en la mano, golpeando..., golpeando..., golpeando.

Los brazos de Kinner se habían convertido en una extraña pelambre escamosa, y la carne se había retorcido. Sus dedos se habían acortado, su mano redondeado, sus uñas convertido en garras largas y afiladas.

McReady alzó la cabeza, contempló el cuchillo que tenía en la mano y lo dejó caer.

—Bueno, quien quiera que lo haya hecho, puede hablar ahora —dijo—. Fue un asesino humano... Porque mató a un ser no humano. Juro por todo lo sagrado que Kinner era ya un cadáver cuando llegamos. Pero cuando eso descubrió que íbamos a atacarlo con la corriente eléctrica... se transformó.

Norris miró, vacilante.

—¡Oh, santo Dios! Esos seres saben orar. ¡Pensar que estuvo aquí durante horas, mascullando plegarias dedicadas a un Dios a quien odiaba! Vociferando salmos con su voz rota, entonando cánticos sobre una Iglesia que no conocía, enloqueciéndonos con sus incesantes aullidos...

—Bueno. Que hable el que lo hizo, sea quien sea. No lo sabe, pero le hizo un favor al campamento. Y quiero saber cómo diablos salió el autor de la habitación sin que nadie lo viera. Eso podría ayudar a protegernos. Sus gritos..., sus cantos. Ni siquiera el sonido del proyector podía ahogarlos —dijo Clark, con un escalofrío—. Era un monstruo.

—¡Oh! —exclamó Van Wall, con repentina comprensión—. Usted estaba sentado junto a la misma puerta... ¿verdad? Y casi detrás de la pantalla de proyección.

Clark asintió.

—Ahora... está callado —dijo—. Está muerto... Mac, su *test* no sirve de nada. *Eso* había muerto. Hombre o monstruo, estaba muerto.

McReady rió silenciosamente.

—¡Muchachos, les presento a Clark, el único ser a quien sabemos humano! Les presento a Clark, el único que prueba que es un ser humano tratando de cometer un crimen... y fracasando. ¿Quieren hacer el favor de abstenerse por algún tiempo todos ustedes de probar que son seres humanos? Creo que podemos hacer otro *test*.

—¡Un *test!* —dijo Connant con alegre brusquedad. Y luego su rostro reveló decepción—. Supongo que fracasará también.

—No —dijo con firmeza McReady—. Vigilen y tengan cuidado. Vengan al edificio de la administración. Barclay, traiga su electrocutor. Y alguien... Dutton, que se quede con Barclay para cerciorarse de que lo hace. Que cada uno vigile a su vecino porque, ¡voto al infierno, del cual vienen esos monstruos!, yo tengo algo y ellos lo saben. ¡Serán peligrosos!

El grupo quedó repentinamente en tensión. Una atmósfera de destructora amenaza penetró en el cuerpo de todos los hombres mientras se miraban mutuamente. “¿Será un monstruo no humano ese hombre que está junto a mí?”

—¿En qué consiste? —preguntó Garry, cuando volvieron a la habitación principal—. ¿Cuánto tardará?

—No lo sé con exactitud —dijo McReady, la voz llena de airada decisión—. Pero sé que dará resultado y que es clarísimo. Depende de una cualidad fundamental de los monstruos, no de nosotros. Kinner me convenció.

McReady estaba pesado y macizo en su inmovilidad de bronce y de nuevo seguro de sí mismo.

—Esto será necesario, supongo —dijo Barclay, alzando el arma con mango de madera y rematada por dos conductores alargados y puntiagudos—. ¿Está listo el generador?

Dutton asintió.

—Van Wall y yo lo hemos cargado para la proyección de las películas... y lo hemos verificado cuidadosamente varias veces. Todo lo que toque el cable morirá —aseguró, con aire sombrío. Lo sé muy bien..., lo garantizo.

El doctor Copper se movió en su litera y se frotó los ojos con mano vacilante. Se sentó lentamente, parpadeó con ojos empañados por el sueño y los medicamentos, dilatados por un indecible horror a sus pesadillas causadas por las drogas.

—Garry —murmuró. Garry... escúcheme. Son egoístas..., vienen del infierno...

Luego masculló varias palabras ininteligibles, volvió a desplomarse en su litera y empezó a roncar suavemente.

McReady lo miró pensativamente.

—Pronto lo sabremos —dijo, asintiendo con lentitud—. Pero tiene razón Copper al

hablar de egoísmos. No sé qué sueños habrá tenido. Pero tiene razón. Egoísmo es la palabra adecuada. *Ellos* deben de ser egoístas.

Se volvió hacia los hombres que estaban en la cabaña, tensos, silenciosos, que se miraban con ojos hostiles.

—Egoístas. Y, como lo dijo el doctor Copper... *cada parte es un todo*. Cada pedazo es autónomo, es un animal en sí mismo. Eso, y lo demás, es revelador. Nada hay de misterioso en la sangre: es un tejido del cuerpo tan normal como un trozo de músculo o de hígado. Pero no tiene tanto tejido conjuntivo, aunque contiene millones, miles de millones de células.

La gran barba bronceada de McReady se arrugó en ceñuda sonrisa.

—Esto, en cierto modo, es satisfactorio. Estoy segurísimo de que nosotros los humanos superamos aún... a los otros. A los otros que están aquí. Y tenemos lo que los extraterrestres, evidentemente, no tienen. No un instinto imitado, sino innato, una pasión indomable que es auténtica. ¡Luchamos, luchamos con una ferocidad que ellos tratan de imitar, pero que nunca igualarán! Somos seres reales. Y ellos son imitaciones, falsos hasta lo más profundo de cada célula. Perfectamente. Ahora, esto es una definición. *Ellos* lo saben. *Ellos*, que leen los pensamientos. *Ellos* me han sacado la idea de la cabeza. *Ellos* no pueden evitarlo.

—Quedándonos quietos aquí...

—Déjelo. La sangre son los tejidos. Ellos tienen que sangrar: ¡Si no sangran cuando los cortan, entonces, por Dios que son una impostura infernal! Si sangran..., entonces, esa sangre, separada de ellos, es un individuo... *Un individuo recién formado por derecho propio, así como ellos... se desprendieron, todos ellos, de un original, ¡son individuos!* ¿Comprende, Van? ¿Advierte la respuesta, Bar?

Van Wall rió, con risa muy contenida.

—La sangre..., la sangre no obedecerá —dijo—. Es un individuo nuevo, con todo el deseo de proteger su propia vida que tiene el original..., la masa principal de la cual se separó. La *sangre* vivirá... ¡y tratará de huir de una aguja caliente, digámoslo así!

McReady tomó el escarpelo de la mesa. Luego sacó del armario un soporte de tubos de ensayo, una diminuta lámpara de alcohol y alambre de platino arrollado a una varilla de vidrio. Sobre sus labios aleteaba una sonrisa de ceñuda satisfacción. Por un momento

contempló a los que lo rodeaban. Barclay y Dutton se le acercaron lentamente, con el instrumento eléctrico de mango de madera listo para usar.

—Dutton —dijo McReady—. Supongamos que usted se acerque a la conexión. Pero asegúrese de que ningún..., de que nadie la afloje.

Dutton se apartó.

—Vamos, Van. Supongamos que usted sea el primero.

Muy pálido, Van Wall se adelantó. Con delicada precisión, McReady le cortó una vena en la base del pulgar. Van Wall tuvo un sobresalto y luego se mantuvo firme mientras la sangre brillante caía en el tubo de ensayo. McReady colocó en su soporte el tubo de ensayo, le dio a Van Wall un fragmento de alambre y le señaló el frasco de yodo.

Van Wall estaba inmóvil, mirando. McReady calentó el hilo de platino con la llama de la lámpara de alcohol y luego lo sumergió en el tubo. Se oyó un suave silbido. McReady repitió el *test* cinco veces.

—Un ser humano, en mi opinión —dijo con un suspiro McReady, y se irguió—. Por ahora, mi teoría no ha sido probada realmente... pero tengo esperanzas. Tengo esperanzas. Por lo demás, no se interesen demasiado por esto. Tenemos con nosotros a algunos seres indeseables, no hay duda. Van... ¿quiere relevar a Barclay junto al conmutador? Gracias. Está bien, Barclay. Confío en que se quedará con nosotros. Usted es un excelente muchacho.

Barclay sonrió con aire indeciso, y se sobresalto bajo el delgado filo del escalpelo. Poco después, con ancha sonrisa, recobró su arma de largo mango.

—Señor Samuel Dutt.. ¡*Bar!*

La tensión se desató en ese instante. Sea cual fuere el infierno que tenían en sus almas los monstruos, los hombres los igualaban en ese instante. Barclay no tuvo oportunidad de mover su arma mientras una veintena de hombres se lanzaban sobre aquella cosa que había parecido ser Dutton. Aquello maullaba y escupía y trataba de crear colmillos... y estaba formado por cien fragmentos rotos, desgarrados. Sin cuchillos, sin más arma que la fuerza bruta de un personal de hombres escogidos, el monstruo fue aplastado, desgarrado.

Lentamente, todos se recobraron, los ojos fulgurantes, los movimientos muy sosegados. Un curioso fruncimiento de los labios traicionaba en ellos una suerte de

nerviosidad.

Barclay se acercó con el arma eléctrica. La carne se quemó y hedió. El ácido cáustico que dejó caer Van Wall sobre cada gota de sangre derramada provocó vapores que cosquilleaban la garganta y causaban tos.

McReady sonrió, los hundidos ojos vivaces y bailarines.

—Quizá yo haya subestimado la capacidad del hombre al decir que nada humano podía igualar la ferocidad que había en los ojos de ese monstruo —dijo serenamente—. Ojalá halláramos una manera más adecuada de tratar a esos seres. Algo que contenga aceite hirviente o plomo derretido. O quizá podamos asarlos lentamente en la caldera de la planta de energía. Cuando pienso en el hombre que era Dutton...

—No se preocupe. Mi teoría es confirmada por..., ¿por uno que sabía? Bueno, Van Wall y Barclay están probados. Creo, por consiguiente, que trataré de mostrarles a ustedes lo que ya sé. Que también yo soy un ser humano.

McReady esterilizó el escalpelo y se cortó con ademán experto la base del pulgar.

A los veinte segundos, apartó los ojos del escritorio para mirar a los hombres que esperaban. Ahora, había más sonrisas entre ellos, más sonrisas cordiales, pero al mismo tiempo se advertía algo más en sus ojos.

—Connant tenía razón —dijo con una suave sonrisa McReady—. ¿Por qué hemos de suponer que sólo la sangre del lobo tiene derecho a la ferocidad? Quizás el lobo sea superior en cuanto a malignidad espontánea, pero después de estos siete días... ¡abandonad toda esperanza, oh lobos que entráis aquí!

—Quizá podamos ahorrar tiempo. Connant... ¿quiere usted acercarse para...?

Nuevamente, Barclay fue demasiado lento. Hubo más sonrisas, menos tensión aún, cuando Barclay y Van Wall concluyeron su faena.

Garry habló, con voz amarga y contenida:

—Connant era una de los mejores hombres que teníamos aquí..., y hace cinco minutos yo habría jurado que era un hombre. Esos malditos monstruos son más que una imitación.

Garry se estremeció y se dejó caer en su litera.

Y treinta segundos después, la sangre de Garry rehuyó el hilo de platino calentado y se esforzó por escapar del tubo de ensayo. Luchó con el mismo frenesí con el que una

súbitamente salvaje imitación de Garry, con los ojos encarnados, todo un ser humano en descomposición, se esforzaba en rehuir la lengua de víbora del arma con la que Barclay avanzaba hacia él, pálido y sudoroso. El ser del tubo de ensayo chilló con una voz diminuta y metálica cuando McReady lo dejó caer sobre el fulgurante carbón del hornillo.

12

—¿El último? —dijo el doctor Copper, levantándose de su litera con los ojos inyectados en sangre y entristecidos—. Catorce, en total...

McReady asintió lacónicamente.

—En algunos aspectos..., si hubiéramos podido impedir permanentemente que se propagaran..., yo habría querido recobrar hasta las imitaciones. El comandante Garry... Connant.. Dutton... Clark...

—¿Adónde llevan esas cosas? —dijo Copper, señalando la camilla que sacaban de allí Barclay y Norris.

—Afuera. Afuera, sobre el hielo, donde tienen quince envases rotos de kerosene. Hemos arrojado ácido sobre cada gota derramada, sobre cada fragmento. Vamos a incinerarlos.

—El plan parece bueno —dijo Copper, asintiendo con aire fatigado—. Usted no me ha dicho si Blair...

McReady se sobresaltó.

—¿Lo hemos olvidado? ¡Teníamos tantos otros en quienes pensar! Me pregunto... ¿cree usted que podremos curarlo ahora?

—Sí... —comenzó el doctor Copper, y se detuvo con aire significativo.

McReady volvió a hablar.

—Es un loco. Imitaba a Kinner y su histeria al rezar...

Se volvió hacia Van Wall y dijo:

—Van, tenemos que hacer una expedición a la cabaña de Blair.

Van lo miró con ojos penetrantes. Por un momento, la preocupación que acusaba su semblante fue sustituida por un sorprendido recuerdo. Luego, se levantó e hizo un gesto de asentimiento.

—Más vale que me acompañe Barclay. Fue él quien cerró la puerta de Blair y sabrá cómo abrirla sin asustarlo demasiado.

El viaje duró tres cuartos de hora y a una temperatura de 37 grados bajo cero. Tres cuartos de hora para llegar a la cabaña sepultada entre la nieve. De allí no surgía humo y los tres hombres se apresuraron.

—¡Blair! —bramó Barclay, cuando estaba aún a cien metros de allí—. ¡Blair!

—Cállese —dijo McReady—. Y apurémonos. Quizá Blair trate de huir solo. Si tenemos que perseguirlo... sin aviones, con los tractores inutilizados...

—¿Tendría un monstruo el vigor de un hombre?

—Una pierna rota no lo detendría más de un minuto —observó McReady.

Barclay profirió una exclamación entrecortada y señaló hacia lo alto. Borrosamente, en el cielo crepuscular, algo alado describía curvas de indescriptible gracia y facilidad. Las grandes alas blancas se inclinaban suavemente y el pájaro revoloteaba sobre los hombres con silenciosa curiosidad.

—Un albatros... —dijo en voz baja Barclay—. El primero de la temporada, que piensa irse tierra adentro no sé por qué motivo. Si un monstruo está suelto...

Norris se inclinó sobre el hielo y sacó algo precipitadamente de su gruesa ropa a prueba de intemperie. Se irguió. En su mano brillaba una amenazadora arma de metal azulado, y ésta rugió su desafío al silencio blanco de la Antártida.

El pájaro profirió un ronco chillido. Sus grandes alas se agitaron frenéticamente cuando una docena de plumas se desprendieron de su cola. Norris volvió a disparar. El pájaro se movía velozmente ahora, pero en una línea de retirada casi recta. Volvió a chillar, cayeron más plumas y se remontó con sordo aleteo detrás de un cerro de hielo, para desaparecer.

Norris siguió presurosamente a sus compañeros.

—No volverá —dijo, jadeante.

Barclay lo redujo al silencio con gesto de advertencia, señalando. Una extraña y feroz luz azul brotaba por las grietas de la puerta de la cabaña. Dentro resonaba un zumbido muy suave, muy suave, y también un chasquido y tintineo de herramientas, y aquellos sonidos traían un mensaje de frenética prisa.

McReady palideció.

—Dios nos ayude si ese monstruo ha...

Asió a Barclay por el hombro e hizo el movimiento de cortar con los dedos, señalando el nudo de cables de control que sujetaban la puerta.

Barclay sacó del bolsillo los cortadores de alambre y se hincó de rodillas silenciosamente. El chasquido de los alambres cortados causó un indecible estrépito en la absoluta quietud de la Antártida. Sólo se oía aquel extraño y suave zumbido en el interior de la cabaña, y el frenético chasquear y tintinear de las herramientas que ahogaba esos ruidos.

McReady atisbo por una grieta de la puerta. Tomó aliento con ronco sonido y sus grandes dedos se clavaron cruelmente en el hombro de Barclay. El meteorólogo retrocedió.

—No es Blair —explicó McReady, en voz baja—. Es alguien arrodillado junto a un objeto que está sobre la litera... Algo que quiere elevarse, que parece un morral... y que sube a cada momento.

—Vamos juntos —dijo Barclay con aire ceñudo—. No. Norris, quédese atrás y saque ese hierro suyo. Eso que está ahí... puede tener armas.

El vigoroso cuerpo de Barclay y la gigantesca fuerza de McReady golpearon juntos la puerta. Dentro, la litera apoyada contra ésta chirrió furiosamente y se hizo añicos. La puerta saltó hacia dentro.

Un ser se levantó de un salto, como una pelota de goma azul. Uno de sus cuatro brazos, semejantes a tentáculos, se estiró como una víbora que va a asestar su golpe. En una mano de siete tentáculos brillaba un lápiz de reluciente metal y el ser lo levantó para afrontarlos. Los finos labios del monstruo se entreabrieron convulsivamente descubriendo unos colmillos de ofidio, en una mueca de odio, mientras sus ojos encarnados fulguraban.

El revólver de Norris atronó el recinto. El rostro cubierto de odio se convulsionó en una mueca de sufrimiento y el tentáculo que se estiraba se replegó. El objeto plateado que tenía en la mano se trocó en unos restos metálicos y la mano de siete tentáculos se convirtió en una masa de mutilada carne que rezumaba un licor amarillo verdoso. El revólver retumbo otras tres veces. En cada uno de los tres ojos aparecieron oscuros agujeros, y finalmente Norris lanzó el arma vacía contra el rostro.

El ser gritó con terrible odio, llevándose un tentáculo a los cegados ojos. Durante un momento se arrastró por el suelo, descargando salvajes golpes en el vacío con sus

tentáculos, mientras el cuerpo se retorció. Luego volvió a ponerse de pie, moviendo los cegados ojos, que se contraían repulsivamente, mientras la aplastada carne se desprendía en húmedos trozos.

Barclay se levantó pesadamente, avanzó con un hacha para hielo y le asestó un golpe de plano sobre el costado de la cabeza. El monstruo a quien no se podía matar se desplomó nuevamente. Los tentáculos se estiraron de improviso y de pronto Barclay cayó, aferrado en el dogal de una cuerda viviente y lívida. El monstruo se disolvía mientras lo sujetaba y era como una cinta al rojo blanco que le penetraba a Barclay en la carne de las manos, como un fuego vivo. Frenéticamente, Barclay se arrancaba su ropa, escondía las manos para que no se las aferrara. El ciego ser tanteaba y desgarraba el duro paño del abrigo a prueba de intemperie de Barclay, buscando carne..., carne que pudiera convertir...

La enorme antorcha fuelle que trajera McReady carraspeó solemnemente. De pronto, rugió con voz ronca su desaprobación. Luego, rió con una risa gorgoteante y sacó una lengua blanco azulada de casi un metro. El ser del suelo gritó, golpeando a ciegas con los tentáculos que se retorcían y que se contrajeron bajo la burbujeante ira de la antorcha fuelle. El monstruo se arrastró y revolvió en el suelo, gritó y rengueó frenéticamente, pero McReady seguía proyectándole la antorcha sobre la cara, mientras los muertos ojos ardían inútilmente. Con frenesí, el ser se arrastraba y aullaba.

De un tentáculo brotó una salvaje garra... y se consumió en la llama. Firmemente, McReady proseguía un plan firme y deliberado. Impotente, enloquecido, el ser se retiró de aquella gruñona antorcha. Por un momento se rebeló, chillando con infrahumano odio al contacto de la nieve helada. Luego, cayó ante el chamuscante hálito del flamígero fuelle y lo envolvió el hedor de su carne. Retrocedió sin esperanzas... internándose cada vez más entre las nieves de la Antártida. El furioso viento barría el suelo y retorcía los lengüetazos de la antorcha fuelle: y el monstruo se sacudía inútilmente y dejaba un rastro de humo aceitoso y maloliente...

McReady volvió en silencio a la cabaña. Barclay lo recibió en la puerta.

—¿No hay más? —preguntó con el ceño fruncido el gigantesco meteorólogo.

Barclay negó con la cabeza.

—No hay más. ¿No se dividió?

—Tenía otras cosas en qué pensar —le aseguro McReady—. Cuando lo dejé estaba

convertido en una brasa. ¿Qué hacía?

Norris rió silenciosamente.

—Somos inteligentes, no cabe duda. Rompemos las magnetos para que los aviones no funcionen, arrancamos tuberías en los motores de los camiones y dejamos a ese monstruo solo durante una semana en esta cabaña. Solo y sin que lo molesten.

McReady registró con más cuidado la cabaña. El aire a pesar de la puerta arrancada era caluroso y húmedo. En una mesa al otro extremo de la habitación, se veía un objeto formado por cables arrollados y pequeños imanes, tubos de vidrio y lámparas radiotelefónicas. En el centro había un bloque de piedra rústica. Del centro del bloque surgía aquella luz que inundaba la cabaña, la furiosa luz azul más azul que el resplandor de un arco eléctrico: y de allí surgía el suave zumbido. A un costado había otro mecanismo de cristal, fundido con inverosímil pulcritud y delicadeza, laminas de metal y una extraña y reluciente esfera incorpórea.

—¿Qué es eso? —dijo McReady, y se acercó.

Norris movió dubitativo la cabeza.

—Habría que investigarlo. Pero creo adivinar de qué se trata. Es fuerza atómica. Eso que está a la izquierda es una cosita destinada a hacer lo que han intentado los hombres con ciclotrones de cien toneladas. Separa los neutrones del agua pesada, que el monstruo obtenía del hielo circundante.

—¿Dónde lo habrá conseguido todo?... ¡Ah, sí! Naturalmente. Un monstruo no podía estar confinado dentro... ni fuera. Ha estado hurgando en los escondrijos de los aparatos.

McReady miró absorto la máquina.

—¡Dios mío! ¡Qué cerebro debe tener esa raza!

—La esfera reluciente... Creo que es una esfera de fuerza pura. Los neutrones pueden atravesar cualquier materia y ese monstruo quería un depósito de reserva de neutrones. Basta con proyectar neutrones contra sílice, calcio, berilio..., contra cualquier cosa, o poco menos, y la energía atómica se libera. Ese objeto es un generador atómico.

McReady sacó un termómetro de su chaqueta.

—Aquí hay ciento veinte grados Fahrenheit, a pesar de la puerta abierta.

Norris asintió.

—La luz es fría. Lo he descubierto. Pero emite calor para caldear el recinto mediante esa bobina. Ese monstruo tenía toda la energía eléctrica del mundo. Podía mantener esa atmósfera tibia y agradable, tal como entendía su raza lo tibio y lo agradable. ¿Notó usted la luz, su color?

McReady asintió.

—Más allá de las estrellas está la respuesta. Vinieron desde más allá de las estrellas. De un planeta más cálido que describía círculos alrededor de un sol más brillante, más azul.

McReady contempló por la ventana el rastro manchado de humo que avanzaba por la nieve.

—No creo que vuelva. Vinieron a parar aquí por mero accidente y eso sucedió hace veinte millones de años. ¿Para qué hizo todo eso?

Barclay rió silenciosamente.

—¿Se fijó en qué trabajaba cuando vinimos? Mire.

Y señaló el techo de la cabaña

Como un morral hecho de latas de café aplastadas, con correas de cuero y cintas de paño colgante y que oscilaban, el mecanismo estaba adherido al techo. Ardía en el diminuto y brillante núcleo de llamas sobrenatural, pero ardía a través de la madera del techo sin quemarla. Barclay se le acercó, asió dos de las correas y tiró hacia abajo con fuerza. Luego se ató las correas alrededor del cuerpo. Un leve salto lo llevó en un arco fantasmagórico y lento a través de la habitación.

—Antigravedad —dijo silenciosamente McReady.

—Antigravedad —asintió Norris—. Sí, nosotros los habíamos detenido, ya que no había aviones ni pájaros. Los pájaros no habían venido..., pero el monstruo tenía latas de café y piezas radiotelefónicas, y el cristal y el taller mecánico de noche. Y una semana... toda una semana... para sí. América en un sólo salto..., con la antigravedad provista de fuerza por la energía atómica de la materia. Los habíamos detenido. Media hora más, pues el monstruo estaba precisamente ajustando esas correas sobre el aparato para que éste pudiera transportarlo, y nos habríamos quedado en la Antártida, disparando contra todos los seres vivos que vinieran del resto del mundo.

—El albatros... —dijo en voz baja McReady—. ¿Cree usted...?

—¿Con eso casi terminado? ¿Con esa arma mortal que tenía en su mano?

—No, gracias a Dios, que evidentemente oye muy bien hasta lo que sucede aquí abajo, y merced al margen de media hora, conservamos nuestro mundo, y también los planetas del sistema. La antigravedad..., ¿comprende? Y la energía atómica. Porque ellos vinieron de otro sol, de una estrella que está detrás de las estrellas. *Ellos* vinieron de un mundo de sol más azul.

JOHN W. CAMPBELL, JR.

Como escritor, publicó varios relatos en las revistas de ciencia ficción en los años 30, con su nombre o con varios pseudónimos, entre los que destaca el de Don A. Stuart. Su relato más importante *Who Goes There?* (1948) fue llevado al cine en 1951 bajo el título "The thing from another world" (Dir.: Christian Nyby), y en 1982 "The thing" (Dir.: John Carpenter). Pero la principal aportación de Campbell al género fue como editor. En 1938 Orlan B. Tremaine elige a Campbell para sustituirlo como editor de la revista *Astounding Science Fiction*.

Desde su puesto de editor, Campbell auspiciaría una auténtica revolución en la ciencia ficción de la época: nuevos temas, nuevos autores, y sobre todo un tratamiento mucho más riguroso de la ciencia, así como una mayor calidad literaria en la historia. En general, Campbell propició un tratamiento mucho más adulto de las historias de ciencia ficción, alejándolas del hasta entonces extendido cliché de aventuras para adolescentes.

[Al INDICE](#)

4. CUENTO MADE IN CUBA: EXPRESO HABANA-AMSTELVEN

Por Yoss

To Emily Maguire, of course.

For one of the better gifts in my life...

Era el mejor de los tiempos.

*El nuevo siglo acababa de cumplir su primera década. Y, fuese o no verdad, al menos parecía que al fin había quedado definitivamente atrás aquella larga posguerra sin contienda que eufemísticamente se dio en llamar Período Especial. Ahora, aunque ninguno hablaba de eso, todos los cubanos consideraban terminada la dura etapa de simplemente **sobrevivir**, y salían a las calles, olvidando las penurias, para redescubrir la olvidada sonrisa, para **vivir**. De nuevo había de todo en las tiendas y todos querían comprarlo, usarlo, gozarlo, y así celebrar el final de los años tristes recuperando en diversiones sin límite el tiempo perdido. Los chistes y la música salpicaban el aire. Literatura, artes plásticas, cine y música eran una fiesta perpetua. Las mujeres eran más bellas y vestían mejor que nunca. Los hombres se sentían seguros y optimistas como no lo habían estado en años. Los gays disfrutaban la nueva tolerancia que les había abierto las puertas. Y los turistas de todas las latitudes acudían en manadas, ansiosos de sumarse a la gran fiesta derrochadora de ingenio y simpatía que era una vez más La Habana.*

Era el peor de los tiempos.

Como a todo, incluso a la miseria, se acostumbra el ser humano, los cubanos habían acabado por aceptar tácitamente que el Período Especial había sido el de antes, cuando había de todo, y que la carestía de los últimos años era lo normal. Las vidrieras de las tiendas reventaban de productos... que sólo podían comprarse en divisas, a las que la

mayoría no tenía acceso legal. Así que, olvidando las prohibiciones, todos salían a las calles, con una sonrisa sintética cosida al rostro, a buscar la moneda dura de una u otra manera. Las mujeres vendían su cuerpo, su simpatía, su hermosura, su juventud y su futuro. Los hombres, su virilidad, su sentido del humor, su talento musical, su pasado. Literatura, danza, cine, historia... nada era demasiado sagrado para no tener su precio; era un país entero en subasta al mejor postor. Y los postores foráneos de todos los sexos acudían a La Habana, encandilados por las promesas de turismo sexual barato, hospitalidad bed-and-breakfast y cariño tan bien fingido que parecía auténtico.

Era un tiempo de milagros y catástrofes, un tiempo de ángeles y monstruos.

Era el mejor de los tiempos. Era el peor de los tiempos.

Si Michael hubiese escrito esta historia, como pretendió alguna vez escribir tantas, quizás habría empezado así. Le encantaba *Historia de dos ciudades* y en general Dickens, no por gusto había leído todo lo suyo...

Bueno, Dickens, nos gustaba a los dos y ambos lo habíamos leído todo, para ser precisos.

Aunque el único que soñaba en serio con escribir era él. Sin haber terminado ni el pre, cuando llevábamos un año de novios lo aceptaron en el Curso de Técnicas Narrativas de Centro Onelio, y se puso supercontento. Yo también hubiera querido entrar, pero en la Unidad no me dieron permiso; ya se sabe lo que piensa el MININT de esas cosas de la cultura...

Claro que yo nunca he tenido mucha suerte con los deseos.

De chiquita, cuando en aquel cuartico del barrio portuario de Nuevitas me cansaba de leer, me daba por mirarme al espejo cagado de moscas y me veía tal y como era, larga, blanca y rubia con el pelo lacio y los ojos verdes, repetía una, diez, cien veces mi nombre “Eleanor O’Farrill”, como un conjuro, con los ojos húmedos.

Y soñaba con despertarme un día tan negra y pasúa, con un nombre tan lleno de “Ys” y un apellido tan normal como el de las mellizas Yamirys y Yamaris Echevarría, que se pasaban la vida burlándose de mí, diciéndome “muñequita Barbie”; “jirafita”; “galleta de sal cruda” y otras lindezas por el estilo.

Otras veces me caían las dos a cocotazos sin piedad, con ese sonriente ensañamiento del que sólo son capaces las niñas, hasta que tenía que volver llorando a mi casa. Y allí mi madre, Silvia, una trigueñaza de esas que solo se dan en Camagüey, con unos ojazos verdes que todavía la piropean cuando sale a la calle, me daba otro coscorrón todavía más fuerte y me mandaba a fajarme con las gemelas: “como una mujer, coño, si son dos, coge un palo y revientalas, que en mi casa no quiero pendejas. Dios mío, qué castigo esta chiquita, parece retrasada, quién me mandaría a parirle a ese rubio blancuzo”

Al rubio blancuzo, o sea, mi padre, Arnold O’Farrill, un canadiense de ascendencia irlandesa, ingeniero en explotación del transporte marítimo, casi ni lo recuerdo. Vino al puerto a montar una terminal de embarque de azúcar a granel, conoció a mi madre, la preñó, se casaron y a los dos años su empresa lo destacó en otra ciudad X del tercer mundo. Así que, cubana, chao, fue bueno mientras duró, pero ahora, si te vi no me acuerdo...

Puede que esa fuera la verdad, o puede también que yo me lo inventara con tal de tener alguna historia. Porque mi madre no hablaba nunca mucho de él, ni para bien ni para mal. Luego, de mayor, he pensado que si alguna vez me escribió, ella me escondió sus cartas. Quizás haya sido mejor así.

Para abreviar; con tal de huirle al barrio, porque tampoco me podía pasar la vida entera metida en aquel cuartico leyendo cuanto libro me caía entre manos, terminando la secundaria entré en los Camilitos, aunque no me gustaba especialmente la vida militar.

Así que fue becada y con uniforme verde como me sorprendieron la pubertad, el estirón y

mi destino.

Mi destino. Ja. Dicen que en Cuba nacer rubia y de ojos claros es tener el futuro asegurado. Cómo no. Sí, si yo hubiera sido una de esas rubias altas de ojos verdes y piernas laaaaargas que buscan para modelos de *La Maison*, seguro que mi historia sería muy distinta: a lo mejor hasta habría dejado de leer y nunca habría tenido que quemarme las pestañas, porque luciéndome en la pasarela hubiera conocido a un príncipe azul, y por supuesto extranjero, que me desposaría en un altar lleno de flores. Y ahora estaría en Barcelona, o en Amsterdam, quién sabe, con casa propia, carro y tal vez hasta yate...

Pura historia de portada de *Hola* ¿no?

Al principio todo parecía ir por buen camino. Estatura no me faltaba: ya en la adolescencia medía 1,85 m, sí. No por gusto, leyera o no leyera a toda hora, ninguna negra o mulata se atrevía conmigo en el albergue... a lo que supongo que también contribuían mis huesos grandes y una musculatura más de levantadora de pesas que de lectora.

Y resultó que, como si no bastara con aquella constitución de luchadora (heredada de mi padre... o al menos eso decía mi madre, bastante más menudita y sobre todo más femenina que yo) el paquete genético O'Farrill incluía además una cara larga, como de caballo, con mentón XL, que no la salvaban ni mis ojos verdes.

Total, que no era ni tan fea que metiera miedo, ni tan linda que pudiera vivir de eso: y además, definitivamente me faltaba el "it": el encanto o la malicia que se necesita para modelar o al menos sacarle partido al cuerpo, como tantas féminas han sabido hacer por puro instinto desde el principio de los tiempos, cuando alguien dijo que toda mujer está sentada sobre su propia fortuna...

El caso es que, con tal de no volver al barrio y a la tortura envidiosa de las Ys, tras tres años de pre decidí coger Derecho, también por lo militar. Ayudó que se estudiara en La Habana.

Más lejos de Nuevitás, solo en Extranjería, ese legendario país que para los cubanos está en todas partes... menos aquí en la isla, claro.

La clave para entender el Derecho era leer, que me gustaba, y memorizar, que siempre se me ha dado bien. Sin cien novios que me distrajeran ni me embarazaran para luego casarse conmigo y ponerme a cocinar en la casa, como les pasó a tantas de mis compañeras de carrera, no me fue difícil graduarme con honores: primer expediente del año, diploma de oro y todo. Mi madre vino de Camagüey y hasta derramó su lagrimita boba. Tenía una hija universitaria, ella que nunca pasó de cajera de bodega. Qué orgullo.

Hasta las Ys vinieron con ella: Yamarys y Yamirys, ambas con el pelo estirado, una con lentes de contacto verdes y con un español y la otra con lentes azules y del brazo de un italiano, las dos en son de paz, amiguísimas. Lo que son las cosas...

Lo malo fue que, como yo no era hija de papá ni mucho menos, no me tocó Derecho Militar Internacional, que era lo que yo quería, sino... “bueno, compañerita Licenciada, sus notas son impresionantes, pero la Revolución que la ha formado necesita de sus servicios en un área complicada. ¿Ha pensado alguna vez en convertirse en Investigadora Judicial?”

Y fue así cómo, apenas en el Servicio Social, fui a dar a nuestra gloriosa PNR.

Sí: policía, yo. Y oficial, como buena universitaria. Nada menos que subteniente. Quién me lo iba a decir ¿no? La rubia intelectual con el uniforme azul, convertida en esbirra...

Pensándolo bien, supongo que en la patria del machismo leninismo, a una abogada recién graduada pueden pasarle muchas cosas peores que ir a dar como investigadora a la Unidad de Criminalística.

El caso es que ahora mismo no se me ocurre ninguna.

Los primeros meses fueron una pesadilla total. Todos me trataban con esa insoportable condescendencia que reservan los varones latinos para los retrasados mentales, los niños, y

las mujeres a las que tienen que aguantar en un puesto “de hombres”. Por ese mismo orden. Pero estaba en La Habana. Me dieron un apartamentico, aunque fuera medio básico de la Unidad y estuviera en Alamar... y descubrí, para mi sorpresa, que el trabajo de ir reconstruyendo crímenes para descubrir culpables me gustaba... así que apreté los dientes y lo aguanté todo.

Y digo todo. Al baboso del mayor Cevedo, el jefe de la Unidad, que aprovechaba cada ocasión para echarme encima su vaho a tabaco barato y ron peleón (eso de que los policías no beben de servicio sólo es verdad en las películas, parece) llamándome “mi niña” a pesar de que yo le sacaba sus buenos diez centímetros de estatura sin tacones. Por suerte nunca me tocó; no sé si todavía entonces habría podido contenerme...

La prepotencia cortés e hinchada de testosterona del sargento Triana, el instructor de Combate Cuerpo a Cuerpo, negrón de 1,96 m y casi 100 kilos de músculos, apartándome cada vez que iba a mostrar una llave “demasiado violenta para mujeres”.

La cara de escéptico de Luis Carlos, el mejor oficial investigador de la Unidad, un pelirrojo lleno de granos y feo como él solo, pero que se las sabía todas en la mala vida habanera y las que no se las inventaba, cada vez que le pedía estar presente en los interrogatorios de algún sospechoso.

El descarado acoso de Rebeca, la instructora de tiro, una mulatona marimacha cuadrada como un escaparate, capaz de colar una bala de su Makarov por el ojo de una aguja a treinta metros de distancia, y empeñada en que yo lo que tenía que probar era el calor de hembra.

Pero el caso es que aguanté, endurecí el pellejo y fui aprendiendo. Al cuarto mes ayudé a Luis Carlos en el famoso caso de las vacas que “se suicidaban” en la línea del tren de Hershey, y entre los dos sacamos a la luz tremenda red de matarifes ilegales. Al quinto, por expresa recomendación suya, me encomendaron mi primera investigación, en el reparto

Siboney, con prostitución de menores y pornografía y todo, y la llevé hasta donde había que llevarla. Rodaron cabezas y me felicitaron de la mismísima Jefatura. Al octavo mes de trabajo, tras muchos trajines y presiones a los delatores, logré recuperar medio contenedor de AKMs que se habían robado en el puerto y estaban a punto de salir a la calle. Habría sido una catástrofe, imagínense... así que me ascendieron a primera teniente y me asignaron un Lada, viejo como el Morro, pero carro al fin, y sólo para mí...

Pero esta no es la historia de mi vida como policía, ni de mis casos, así que abrevio.

Al noveno mes conocí a Michael.

Tampoco fue como en las películas, que nos miráramos y de inmediato supiésemos que éramos el uno para el otro. Ni hablar.

Yo andaba enredada con un caso de drogas, así que cuando me dijeron que esa noche habían hecho redada en G y 23 decidí darme una vuelta por los calabozos a ver si alguno de los frikis sabía algo de un tal Ernesto el Mago; según decían, vendía lo mismo polvo que hierba que ketamina que la mismísima madre de los tomates, y yo pensaba que era la clave de una red de distribuidores...

Elegí tres o cuatro pelúos al azar, así, sin mirar, y pedí que me los fueran pasando.

Michael José Gómez, decía su carnet. Era un trigueño ni muy alto ni muy bajito, con el pelo por los hombros y tatuajes en los brazos... musculosos, por cierto: el tipo estaba bastante bien. El carnet lo tenía en regla y no tenía antecedentes penales, pero como ni estudiaba ni trabajaba, lo cargaron por si acaso, aunque la guitarra eléctrica que llevaba parecía respaldar lo que había dicho, que era músico.

Estaba muy tranquilo, por eso pensé que a lo mejor era viejo en el asunto y lo dejé para el final.

Fue mi error de la noche. El peluító no sabía nada de drogas. Por raro que pareciera, ni

siquiera bebía, ni fumaba. Vaya suerte la mía: buscando drogadictos fui a dar con el friki modelo; la mismísima excepción de la menstruación.

Pero no fue una total pérdida de tiempo, porque el chico me cayó simpático. Enseguida me hizo reír contándome de cómo cada vez que salía con una muchacha y pedían una cerveza y un refresco, siempre le ponían la cerveza a él, al abstemio. Y créanme que no es fácil sacarle la risa a una policía a las tres de la mañana, después de un día entero de trabajo. Pero él se lució: luego me soltó un chiste de Pepito en el infierno con la jarra de cerveza con un huequito y la rubia sin hueco, y yo me reí de nuevo. Así que pasó a nuevos chistes sobre rubias, y después sobre policías... para acabar preguntándome a qué hora yo terminaba esa noche y “si podría esperarla, primera teniente, si no es mucho el atrevimiento...”

Yo estaba entonces saliendo con Luis Carlos, pero no era nada serio... su mujer no permitía que lo fuera, a él no le gustaba que lo vieran con una compañera de trabajo, y menos más alta, y además el pelirrojo tampoco me gustaba tanto.

Pero, como toda cubana, sé reconocer una buena satería cuando me la ponen delante, así que decidí seguirle la corriente al peluío simpaticón. Me gustan los hombres a los que no amedrenta el uniforme... sobre todo si ellos mismos son civiles. Es más: me robé la iniciativa; le dije que tenía carro y que si quería la daba botella hasta su casa. Me respondió que, más que un placer, sería un solar.

Vivía en un cuartico alquilado en Centrohavana. Llevarlo allá fue mi acierto de la noche. Y luego todo fluyó así, normal natural, sin obstáculos ni alardes machistas, como si nos conociéramos de siempre. Nos besamos, nos quitamos la ropa, caímos en la cama... el paquete completo. Amanecí con él, enroscados como boas, y dos días más tarde ya lo tenía mudado conmigo en Alamar.

Luis Carlos, que ya entonces era más colega y amigo que amante, me criticó un poquito por haber sido tan rápida, pero creo que más bien eran recelos instintivos de macho desplazado. Y la verdad es que nunca me arrepentí.

¿Qué decir de Michael? Un joven como tantos de hoy. Hijo único, los padres se habían ido para los Estados Unidos. Un guitarrista fanático del metal que sin embargo se ganaba la vida tocando el tres como suplente en el conjunto sonero *Salsa Habana*, disfrazado con una guayabera y un sombrero de yarey para esconder la melena. Leía casi tanto como yo, cuando no estaba ensayando, tocando o haciendo ejercicios, y era pésimo cocinando, pero bueno a la hora de comerse cualquier cosa que cocinara yo. Que ya tiene su mérito.

¿Lo mejor? Aparte de su dulzura y su sentido del humor: que ni le molestaban los cinco centímetros de altura que yo le llevaba, ni era celoso como tantos hombres... ni nunca había contraído la “fiebre del tigre” esa especie de desesperación aguda por irse del país, a cualquier lugar, adónde sea con tal de que sea Extranjia, que afecta a miles de cubanos.

¿Lo peor? Dos cosas: que tenía un alma mercenaria. Generación sin fe, pero que no la perdió, sino que nunca la tuvo. No creía en nada ni en nadie. Era capaz de hacer prácticamente cualquier cosa con tal de ganarse unos cuacs, unos dólares, unos euros o hasta unos rublos si no había más.

Y que, por más que leyera, nunca le gustó la ciencia ficción.

Mira que se burlaba de mí: “oye, rubia, una policia leyendo a Bradbury o a Asimov es tan absurda como un capitán de navío boliviano. A ver ¿todo eso de hiperespacio, robots, nanotecnología, ciborgs, túneles transdimensionales y mutaciones te sirve para algo en tu trabajo? ¿No, verdad? ¡Pues ponte a comer cáscaras, que el día que tus jefes se enteren te dan baja médica por psiquiatría, y a ver qué nos hacemos entonces! ¡No te veo sin casita ni carrito, y volviendo a Nuevitas a estas alturas del juego!”

Michael, ja, contradicción pura: por un lado tan pragmático y por el otro soñando despierto, medio en broma y medio en serio, con algún día escribir la Gran Novela del Período Especial “porque ya la de la Revolución está escrita, es *Las iniciales de la tierra* de Jesús Díaz, ahora me toca a mí meterle mano a la segunda parte, la novela de la post-Revolución. Pus-modernidad pura, irreverencia en bandeja. A ver ¿qué te parece *Las iniciales hechas tierra* como título, eh? Cualquiera día de estos empiezo...”

Y quejándose también de “tanto experimentador de pacotilla, siempre los mismos en los jurados, se premian unos a otros por el mérito dudoso de mezclar en sus retortas palabrejas rebuscadas, para ganar concursos con dosis calculadas de extrañamiento y angustia generacional. Angustia ni angustia... qué saben ellos de angustia bacilando con sus DVDs en sus casonas de Nuevo Vedado, angustia la de estar un viernes en el Malecón viendo pasar putas y más putas divinas y tú sin un peso en el bolsillo, no la de querer suicidarse con una katana de samurai ni con una granada de Angola, así, bien original, qué clase de mierda, allá el que se la crea”

Creo que justamente de eso estábamos hablando la noche en que todo comenzó.

Si es que no estoy loca como él dijo, y de veras comenzó alguna vez.

Un escritor de ciencia ficción de los tantos que nunca o apenas han sido publicados en Cuba y por eso mismo me encanta leer, como Kurt Vonnegut o Michael Moorcock, podría aprovechar esta coyuntura para colar la clásica reflexión sobre que en realidad nada comienza ni termina, que vivimos prisioneros de la lógica artificial de causa-efecto que nos hemos creado nosotros mismos, que en la naturaleza todo es cíclico o se desarrolla en procesos que ni siquiera imaginamos y cosas por el estilo.

Pero como cada vez que miro L Habana de estos días me resulta imposible olvidar que sí pasó ALGO, prefiero pensar que empezó ese día. Con aquello.

Era casi medianoche, sábado, principios de julio. Michael se había graduado esa misma mañana del curso del Centro Onelio. Y para celebrarlo, junto con nuestro segundo año de novios, después de la fiesta con sus compañeros de curso (un montón de *snoobs* hijitos de papá, dijo él, y a mí me lo parecieron también, aunque no es fácil juzgar a la gente a la primera ojeada, y menos cuando una y ellos han bebido tanto) fuimos primero a comer a *La Roca* (sus pobres ahorros...) y luego (idea mía) a ver *Speed Racer* en el *Yara*, en la tanda de las diez. Buena película, por cierto, pero demasiado irreal.

Bajábamos por La Rampa hacia el mar, y rebasada la heladería *Bim Bom*, empezábamos a apartarnos de la zona gay: Chernobil, Cayo Pluma o 23 y Malecón, como cada uno quiera llamarla, que como cada sábado estaba en su punto, mientras comentábamos que si los hermanos Warchowski no habían vuelto a dar en el clavo después de *Matrix*.

Y de ahí pasamos a que lo que valía la pena era escribir cosas raras, era lo que daba premios literarios y ganaba Oscars al mejor guión, como aquel *Mulholland Drive* de David Lynch que no entendió ni su madre, recordaba yo, y Michael, músico al fin, que si era como cuando el dodecafonismo y Stravinsky y John Cage y la música concreta, con lo fácil que era hacerse entender cuando uno tenía algo que decir: las extravagancias y demás invenciones sólo servían para enmascarar la falta de auténtico talento...

Y en ese momento aparecieron las luces.

Eran las doce en punto, la hora de las brujas. Qué coincidencia ¿no? Lo recuerdo bien porque, con instinto de policía, miré el reloj apenas empezó el *show*.

No voy a hablar mucho del espectáculo. Toda La Habana lo vio, y ahora que hasta el más pinto de la paloma tiene cámara digital, las fotografías llovieron. Si algunas salieron en la CNN y hasta en el noticiero de aquí.

Así que ya ustedes sabrán más o menos lo que pasó, entonces: los colores en el cielo, la

claridad como si fuera de día, el efecto estroboscópico como en una discoteca gigantesca. No como un aterrizaje de platillos voladores, ni como explosiones nucleares ni como “el albor de una nueva era” como dijeron después algunos de esos ufólogos fanáticos medio tostados y siempre con gruesos bultos de papeles bajo el brazo, que se reúnen los domingos en la Plaza de Armas a contarse sobre la conspiración internacional de los gobiernos para esconder la evidencia del Contacto.

No, nada tan convencional. Sólo luces raras de muchos colores, sensación de que el tiempo fluía más lentamente, ligera incomodidad, cosas así.

Vaya, casi como en una disco cuando ponen demasiado *reggaetón*.

Pero mucho más impresionante, cómo no.

Duró poco, más o menos un par de minutos. Recuerdo que conversando después del fenómeno, Michael me dijo que si él fuera yo, habría escrito un cuento bien de ciencia ficción sobre aquello, al estilo de *Los mundos que amo*, de nuestra muy echada de menos Daína Chaviano, claramente inspirado en *Encuentro Cercano de la Tercera Fase* de Spielberg.

Pero yo le dije que a estas alturas de la ciencia ficción, con unas lucecitas, por raras que fueran, no bastaba para una historia, que tendría que ocurrir algo más. Tipo lluvia de peces vivos, aparición de hongos extraños o cosas así, dignas del celeberrimo *Libro de los Condenados* de Charles Fort, que él nunca quiso leer.

Sí, tendría que ocurrir algo más.

Quién se iba a imaginar cuánto más...

En la ciencia ficción a cada rato alguien escribe un cuento sobre transplante de cerebro. Como el clásico *Hoity-Toity* de Alexander Beliáev. Un cerebro humano trasplantado al

cuerpo de un elefante.

Siempre me he preguntado por qué no lo llaman trasplante de cuerpo, si a fin de cuentas el cerebro es lo que lo define a uno. Me imagino también lo que debe ser despertarse en el postoperatorio y sentir que los brazos no son los brazos que uno debería tener, ni las piernas las que recuerda, mirarse al espejo y ver otra cara en lugar de la tuya. Eso, claro, suponiendo que el trasplante sea al cuerpo de otro humano. Si yo me despertara en el corpachón de un elefante, por más que me hubieran avisado, me daría algo.

El caso es que, después del espectáculo de luces de aquella medianoche de sábado, por algunas semanas fue como si a La Habana que yo conocía le hubieran cambiado el cerebro. Aclaro, como buena lectora de ciencia ficción, para evitar confusiones, que no era tampoco como en *Dark City*, que cada noche los edificios cambiaban de lugar, ni como en *Viaje por tres mundos* de los Abrámov y tantas historias de universos paralelos, que hay pequeños cambios en los lugares, aunque en general todo permanece más o menos igual.

No; La Habana era exactamente la misma, claro, con sus barrios de siempre, su rico Miramar y su Centrohavana llena de solares... sólo que empezaron a pasar cosas que nunca habrían pasado en la ciudad de antes.

Estoy segura de que no fui la única que notó algo, ni mucho menos. Claro que, gracias a la sana tradición de nuestra prensa escrita, radial y televisiva, de no reportar hechos extraños ni criminales, de fingir siempre que todo está bien y que nada raro ocurre jamás (recuerdo el chiste del fantasma de Napoleón diciéndole a Fidel que si él hubiera tenido un periódico como *Granma*, nadie se hubiera nunca enterado de que había perdido en Waterloo), probablemente la mayor parte de la población de la ciudad no tuvo acceso a todas las informaciones que llegaron a mis manos como oficial criminalista, ni atinó a formarse un cuadro general como yo sí pude hacerlo.

Y quizás fue mejor así, porque... la verdad es que daba terror.

Así que voy a enumerar rarezas, y que me perdone Charles Fort.

El primer lunes después de aquel sábado del *show* de luces, decenas de personas vieron grandes cardúmenes de peces nadando arriba y abajo por el Almendares. De acuerdo, no es ni con mucho tan impresionante como ver llover ranas vivas, y el grado de contaminación de nuestro río ha disminuido mucho en los últimos tiempos, pero... ¿manchas enteras, así de pronto? Pone a pensar ¿no?

Un muy buscado violador de menores y asesino en serie que ya tenía en su lista once víctimas y operaba en Buena Vista, Playa, se entregó voluntariamente a la policía. Bueno, esas cosas sencillamente no pasan en este país... ni en casi ningún otro, me temo. Al principio, lógicamente, nadie lo creía; no fue hasta que llevó al instructor a donde tenía enterrados los cuerpos de otras dos niñas que se daban todavía por desaparecidas que se lo tomaron en serio. Creo que nunca lo hubieran atrapado; el tipo era nada menos que de Cojímar, y en su vida cotidiana, gay de carroza declarado... las cosas que se ven ¿no?

Tres días más tarde, a media mañana, y sin que lloviera ni pasara por delante ningún camión pesado, los edificios de toda una acera de Cayo Hueso, en Centrohavana, se desplomaron al unísono. No se reportaron víctimas. NINGUNA. Que se caiga un viejo caserón acribillado de barbacoas no es noticia; gracias a lo que los arquitectos han dado en llamar estática milagrosa, esas construcciones aguantan de pie hasta que simplemente se desmoronan en escombros. Pasa a cada rato, sobre todo en verano, cuando llueve a cántaros. Lo raro es que les sucediera a ocho edificios a la vez... y que nadie resultara muerto ni herido, que es lo normal en tales casos. Siempre hay una abuelita que estaba en casa cocinando o un tío sereno que estaba durmiendo la siesta. Muy raro; como si todos los arquitrabes se hubieran puesto de acuerdo para autodemolirse en el preciso instante en que

no iban a costarle la vida a nadie.

Durante la segunda semana de julio llovió todos los días: exactamente desde las 3 y 25 de la tarde hasta las 4 y 50. Siete días de aguaceros torrenciales puntuales como relojes suizos. No sé si alguien fuera del Observatorio se dio cuenta... allá, los meteorólogos estaban como locos. Incluso se llegó a hablar de un ataque climático por parte de los Estados Unidos.

El 22 de julio, en el Zoológico Nacional de 26, en vez de un solo rinoceronte amanecieron tres. Idénticos hasta la última manchita. La administración y los cuidadores de *Naricita*, como se llamaba la bestia ¿puede decirse multiplicada?, pensaron primero que era una broma, luego notaron el increíble parecido y llamaron a Biotecnología. No sé a qué conclusión llegarían los del Polo Científico, tras medio millón de análisis... pero al asunto se le echó tierra. Uno de los paquidermos ¿clonados? fue a parar al zoológico de Santiago de Cuba, el otro... ni yo misma lo sé.

El 24 de julio tembló la tierra perceptiblemente. No fue un auténtico terremoto, ni hablar, apenas unas sacudiditas de nada, pero varios colegas santiagueros de la Unidad dijeron que era casi como en la Ciudad Héroe. Y la sensación, como tantos habaneros recordarán, no fue nada agradable. No sé cómo hay quien vive tan tranquilo en Chile, Perú y San Francisco...

El 28 de julio, y durante 3 minutos exactos, TODA la ciudad de La Habana sufrió un apagón no programado. La divulgadora de la Empresa Eléctrica ofreció disculpas por televisión, anunció que se estaba investigando el fenómeno “cuyas causas hasta el momento se desconocen” y por una vez, incluso sonó sincera...

El 30 de julio ¿casualmente? Día de los Mártires, un extraño golpe de viento arrancó A LA VEZ todas las banderas negras con estrella blanca que ondeaban sobre la Tribuna

Antimperialista José Martí, frente a la Oficina de Intereses de los Estados Unidos, y las arrastró tierra adentro. Menos de la mitad fueron recuperadas... recuerdo que Michael, que siempre me decía lo buenas que estaban para hacerse una camisona, comentó que alguna gente sí tenía suerte. Todo ocurrió a plena luz, así que, por una vez, nadie pudo echarle la culpa a los yanquis.

La mañana del 2 de agosto decenas de pescadores de cámara habituales, que regresaban de su noche de faena, se encontraron con la desagradable sorpresa de que las aguas se habían retirado más de doscientos metros del Malecón. Temiendo un ras de mar, corrieron por el diente de perro arrastrando sus improvisadas embarcaciones, pero por suerte, nada ocurrió. En las siguientes horas, poco a poco, las olas fueron recuperando el terreno perdido. Meteorología no comentó ni ofreció explicaciones para el fenómeno. Quizás porque no se les ocurrió ninguna.

El 4 de agosto, a las diez de la noche, y sin que se hubieran puesto en absoluto de acuerdo, varios cientos de personas de ambos sexos completamente vestidas de rojo coincidieron en la esquina de 23 y L, con lo que el portal del cine *Yara* pareció por algunos minutos invadido por las tropas de algún extraño ejército. La PNR, como es de suponerse, tomó de inmediato cartas en el asunto, deteniendo a decenas de “sospechosos”: “además de las Damas de Blanco, no íbamos a permitir también a la Gente Escarlata ¿no? y menos en el medio del Vedado” me contó un subteniente nacido en Alto Songo, orgulloso de su rápida respuesta. Se decretó una alerta policial, y yo misma interrogué a varios de los supuestos “disidentes”... pero en vista de que no fue posible demostrar una relación entre ellos, ni se encontró ninguna evidencia de aviso en Internet o en otro medio coordinando una protesta de cualquier tipo, hubo que liberarlos a las 72 horas... no sin expedientarlos antes hasta al último, claro está.

El 6 de agosto, todas las auras tiñosas que suelen posarse y/o sobrevolar el Obelisco de la Plaza de la Revolución parecieron ponerse de acuerdo para descender y congregarse en medio de la explanada, al mediodía. He visto las fotos: así, agrupaditas en tierra, más que majestuosas carroñeras planeadoras parecen simples gallinas de guinea negras con el pico un poco raro. Aunque los custodios del edificio del MININT y del Consejo de Estado intentaron espantarlas, pues con su mal olor y fea apariencia estaban ahuyentando a los turistas extranjeros que casi a cualquier hora del día visitan en grupos el lugar, las aves permanecieron en el suelo durante casi dos horas antes de que, tan de repente como habían aterrizado, despegaran todas, llenando el aire de una desagradable fetidez con sus aleteos para remontarse.

El 7 de agosto, como en el clásico cuento de Arthur C. Clarke *Marque F de Frankenstein*, todos los teléfonos de Ciudad de La Habana (incluidos los públicos y los celulares, para más INRI) sonaron a las 6 y 14 de la mañana. Y cuando los soñolientos usuarios levantaron los manófonos, sólo escucharon la habitual voz femenina y seductora grabada, informando “el número que usted ha marcado no corresponde a ningún abonado”. ETECSA no pudo ofrecer ninguna explicación racional para el incidente, y hubo quien volvió a hablar de sabotaje del enemigo, claro.

La madrugada del 8 de agosto, un insólito géiser de fuego estalló en la céntrica intersección vedadense de Línea y L, arrojando trozos del destrozado pavimento y alzando sus potentes llamas a decenas de metros de altura. Lo raro es que ninguna conductora maestra de gas de la calle pasaba por ahí. El fenómeno, que los geólogos asociaron a una bolsa superficial de gas natural, duró hasta bien entrado el día siguiente, y luego, tan de golpe como había surgido, se apagó. Esta vez sí se reportaron víctimas, aunque sólo con quemaduras leves: dos fotógrafos que, en busca de una buena instantánea, violaron el perímetro de seguridad

establecido por combatientes del Departamento General de Prevención y Extinción de Incendios.

¿Tengo que seguir la lista?

Es fácil ver por qué esta vez la teoría de la conspiración anticubana no prosperó. Los fenómenos no parecían relacionados entre sí más que por su rareza. Eran... desviaciones estadísticas, como en *Relato sobre una gigantesca fluctuación*, de los hermanos Strugatsky... acontecimientos improbables, que no de plano imposibles.

Pero, fuera como fuera, asunto como preocuparse.

No resulta entonces extraño que, el 10 de agosto, el Poder Popular y el Partido de Ciudad de La Habana se decidieran finalmente a convocar a la policía, los bomberos, Meteorología, la Defensa Civil, la Empresa Eléctrica, ETECSA, Tropas Guardafronteras y otros organismos mantenedores del o al menos relacionados con el orden urbano, a una reunión de emergencia, donde se discutirían las causas de la insólita ola de fenómenos extraños que estaba azotando la metrópoli... y las medidas a tomar para detenerlos antes del cercano cumpleaños de ya se sabe quién...

Yo asistí, junto con Luis Carlos. Como oficial de la PNR, ya estaba al corriente de la mayoría de los incidentes más o menos “anómalos” de las últimas semanas... excepto aquel de los nutridos grupos de inmigrantes ilegales cubanos reportados en Amsterdam, Barcelona y Moscú, dado que, por supuesto, por su carácter extraterritorial incumbía ante todo a Relaciones Exteriores, y al máximo, a la Aduana y Guardafronteras, no a la policía u Orden Interior.

Así que, mientras los demás participantes en el encuentro discutían, gritaban y se acusaban mutuamente de incompetencia, flojera ideológica y/o colaboración con el enemigo, yo aproveché el tiempo para leer el expediente compilado sobre el curioso asunto, y enterarme

así de todos sus pormenores...

¿La reunión? Como era de esperarse, no sirvió de mucho y no se llegó a ninguna conclusión.

La mitad de los asistentes simplemente negaba con total terquedad que algunos de los acontecimientos reportados hubiese realmente tenido lugar. Los otros los achacaban, sin pensarlo mucho, a un complot de la SINA y la CIA con los disidentes para desestabilizar la capital.

Un teniente coronel del MININT dijo que podía tratarse de un plan secreto a largo plazo creado por los rusos para hacer entrar en crisis el país como respuesta a una invasión extranjera, que se habría activado por error... Y hasta hubo un coronel del MINFAR que propuso muy seriamente declarar el estado de sitio, sacar las tropas y los tanques a la calle e implantar el toque de queda de inmediato.

El caso es que apenas si lo recuerdo todo vagamente, más como una película que como un suceso real al que yo estuviese asistiendo en persona; el informe sobre las nuevas oleadas de inmigrantes ilegales cubanos que estaban llegando a las capitales europeas había atrapado por completo mi atención.

No resultaba novedoso para mí (ni en verdad para casi nadie) el que mis compatriotas, ansiosos de abandonar el país, recurrieran a los medios más imaginativos y extravagantes. Empezado por el ya clásico “quedarse” o desertar escurriéndose en el pandemonio de los aeropuertos internacionales de Shannon, Barajas o Gander, hasta sistemas mucho más arriesgados. Como el de los varios mecánicos de aviación que llegaron a Canadá o Europa como polizones en un jet... algunos de ellos incluso vivos.

Y ni hablar de los balseros. Me han dicho que en Miami hay nada menos que un museo donde se muestran algunas de las más originales embarcaciones en que los cubanos han

cruzado o intentado cruzar el Estrecho de La Florida: desde un viejo auto americano calafateado para impermeabilizarlo y con una hélice añadida para su propulsión acuática, hasta un caballo con dos tanques de 55 galones amarrados a cada lado de la montura y patas de rana en vez de herraduras con el que un guajiro pinareño (tenía que ser) se aventuró entre las olas.

Pero siempre había un vehículo, un truco, un sistema demostrable, palpable, creíble, por temerario que fuera.

En el caso de estos nuevos inmigrantes, no.

Simplemente, APARECIAN en Barcelona, Amsterdam y Moscú, siempre a la misma hora y en el mismo lugar, sin poder explicar cómo habían cubierto la distancia, dado el salto, realizado el viaje. Ninguno tenía visa, la mayoría tampoco pasaporte, pocos llevaban dinero suficiente como para emprender en serio la aventura de abrirse camino desde cero en un país extraño. Pero estaban AHÍ. Habían logrado su sueño, y acogiéndose a la Ley de Ajuste Cubano, acudían de inmediato al respectivo consulado de los EE. UU a pedir asilo, sin imaginarse la inmensa cantidad de trámites necesarios para ingresar en territorio norteamericano, incluso siendo cubanos, cuando se encontraban en un tercer país y no podían demostrar que eran en verdad políticamente perseguidos...

Con razón las embajadas cubanas en España, Holanda y Rusia habían acabado enterándose del fenómeno. Para los respectivos departamentos de inmigración yanquis en aquellos países, manejar cada semana a cuatro o cinco presuntos inmigrantes de la isla que solicitaban asilo ya era bastante engorroso ¡ni que decir tiene encargarse de 50 o incluso 100! Y todos insistiendo en que no habían llegado en avión, sino ilegalmente. Ya era demasiado.

Por otro lado, los consulados cubanos no disponían de suficiente dinero como para repatriar

a tantos ciudadanos... suponiendo que ellos hubieran querido, claro. Tampoco tenían recursos para alojarlos y mantenerlos. Y ni siquiera podían simplemente liberarlos, porque ni España ni Holanda ni Rusia estaban dispuestas a hacerse cargo de ellos. Era todo un dilema diplomático.

Debió ser únicamente por eso, y por pura disciplina (me imagino que el Consejo de Estado, preocupado por los fenómenos que estaba sufriendo La Habana, enviaría a todas sus dependencias dentro y fuera del país una imperiosa circular solicitando reportes inmediatos sobre cualquier acontecimiento más o menos “inusual”) que los burócratas de las Embajadas notificaron el asunto a La Habana, donde nadie le había prestado mucha atención.

Porque, la verdad sea dicha, en medio del caótico y anómalo panorama que era la ciudad en los últimos días, aquel problemita de los inmigrantes ilegales parecía por puro contraste casi tranquilizadamente convencional, pura rutina, si no fuera porque...

¿Por qué?

No sé, pero algo me llamaba la atención en aquel caso.

Muchos hablan del instinto policial. De la intuición femenina. Instinto e intuición son maneras de decir que nuestro cerebro desarrolla procesos de deducción y análisis de datos, a niveles tan sutiles que se mantienen inconscientes. Una SABE, pero, a diferencia del razonamiento consciente, no sabe CÓMO SABE.

Y yo SABÍA. No tenía aún claro qué cosa, pero SABÍA, de algún modo, que aunque pareciera ocurrir en el exterior, aquel asunto estaba directamente relacionado con la preocupante ola de sucesos “fortianos” que había congregado en aquella sala a tantas autoridades metropolitanas.

Aquel conocimiento inconsciente pugnaba por abrirse paso hacia mi conciencia.

¿España, Holanda, Rusia? Barcelona, Amsterdam, Moscú...

A ver, analizando puntos en común: países europeos. Con relaciones relativamente buenas con Cuba... España ha sido siempre un destino habitual de emigrantes de la isla, por el idioma. Dejar la patria de madre e irse a la madre patria. Muchos cubanos estudiaron en la entonces URSS y hablan la lengua, pero ¿los Países Bajos? El holandés no es un idioma que se estudie mucho aquí...

El dato crucial, el punto de contacto entre aquellas tres ciudades y los fenómenos habaneros estaba ahí, estaba convencida, pero aún se me escapaba...

Releí cuidadosamente los reportes. Una y otra vez, mientras tenientes coroneles y delegados del Poder Popular se echaban en cara trapos sucios e ineficiencias de todos los colores.

Un detalle: las “apariciones” masivas de cubanos ocurrían siempre una vez por semana, en los mismos lugares, el mismo día y a la misma hora, en cada país y ciudad.

España, Barcelona: Plaza Cataluña. Holanda, Amsterdam: Amstelveen, Delft Station. En estos tres sitios aparecían los cubanos exactamente los domingos a las 6 de la mañana.

Rusia, Moscú: Sheremetievo. Ahí se les descubría, sin embargo, sólo el domingo a las 11.

Tomé una guía telefónica. Y revisando el mapa de husos horarios, descubrí de inmediato que ambas horas correspondían a la medianoche del sábado en La Habana.

Lógicamente, pensé enseguida en la hora de las brujas y en el espectáculo de luces de hacía casi un mes. Sábado a medianoche. Eran demasiadas coincidencias, así que no pude menos que preguntarme:

¿Y si había cambiado algo... si de algún modo, había creado una especie de túnel transdimensional entre La Habana y otras ciudades?

Me reí para mis adentros. Eso me pasaba por leer tanta ciencia ficción.

Aunque, mirándolo bien, la idea no estaba mal... al menos como ejercicio intelectual para no aburrirse con la enconada discusión a la que debía asistir. Pero todavía faltaban algunos detalles. Tenía, para pensar en términos policiales, el **qué**, el **cuándo**, el **dónde**, y quizás hasta un **quiénes** (seres extraterrestres de otros universos que querían hacer un experimento con los humanos, claro) pero me faltaban el **cómo** y sobre todo, el **por qué**.

Aunque, siempre siguiendo mi intuición, me parecía que en el **dónde** podía estar implícito el **cómo**.

¿Plaza Cataluña? ¿Sheremetievo? ¿Amstelveen, Delft Station? Al menos tres de aquellos sitios ME SONABAN.

A ver: Plaza Cataluña, en el centro de Barcelona... por Ayestarán hay desde hace unos años una fuente que es réplica de la Canaletas, y nunca tiene agua, por cierto. Pero no era de ahí, no podía ser. ¿Sheremetievo? Recuerdo que cuando leí *El sentido de mi vida*, las memorias de Alexander Yakóvlev, el célebre diseñador de aviones ruso, decía que de ese aeropuerto despegaban históricamente los aparatos que participarían en el desfile aéreo del Día de la Victoria.

Pero no, tampoco podía ser de ahí, porque entonces ¿Amstelveen? ¿Delft Station? No me parecía haber leído esas palabras en ningún libro, ni periódico ni revista, y eso que yo siempre he sido de esas lectoras obsesivas que cuando no tiene otra cosa a mano se pone a leer lo mismo un cartel que los letreros de una guagua...

Y ahí saltó al fin la liebre y todo encajó de tal modo que yo misma me asusté.

¿Una guagua?

Por supuesto; España, Holanda y Rusia habían donado hacía poco unos cuantos autobuses usados para mejorar la siempre crítica situación del transporte público habanero. Y ya estaban circulando por nuestras calles, aunque todavía con sus letreros de origen.

Bien que los recordaba. Había uno que decía AMSTELVEEN. Aquella doble E no se me despintaba. Otro, bien clarito, DELFT STATION. Eran las donaciones holandesas, ahora me acordaba bien cómo nos habíamos reído Michael y yo, un día que, como yo tenía el Lada parado por falta de gasolina, tuvimos que ir a y volver en guagua de casa de Alina y Zárate, un matrimonio amigo cubano-español con los que a cada rato jugamos *scrabble*. Ibamos al regreso, de madrugada, muertos de la risa leyendo aquellos letreros en holandés que nadie en Cuba podría entender.

Y ¿Plaza Cataluña? No me sonaba... bueno, casi, pero no exactamente así... entonces mi teoría caía por su propio peso, porque en Barcelona, a fin de cuentas, sí hablan español...

¿Tan segura estaba? Revisé casi frenética los reportes del consulado cubano en España, y a la vez con alivio y terror, descubrí las exactas palabras que recordaba haber visto sobre una ruta 55: *Plaça Catalunya*.

Claro, en Barcelona no sólo hablan español. En catalán, Cataluña se escribe “*Catalunya*”, y Plaza es “*Plaça*”, así mismo, con la *c* con rabito abajo y todo.

Holanda y España, Amsterdam y Barcelona, confirmados. Entonces ¿Sheremetievo?

Yo no sabía leer ruso, pero recordaba un par de letreros en letras cirílicas bien visibles en carros de la ruta 37. Luis Carlos había pasado un cursito de perfeccionamiento balístico en Minsk a finales de los 80, pero estaba al otro lado de la mesa, muerto de aburrimiento entre un Doctor en Ciencias de la Atmósfera del Observatorio Meteorológico y el extremista del coronel de las FAR que quería sacar los tanques a la calle... así que le garrapateé en un papelito “Escríbeme Sheremetievo en caracteres cirílicos, please” y se lo mandé.

Me devolvió el mensaje con una larga palabra en signos que para mí eran tan solo indescifrables jeroglíficos y debajo escribió “¿Y eso? ¿te mandan a Moscú? Felicidades por si acaso, primera teniente Eleanor O’Farrill... socita”

Buen tipo de verdad el pelirrojo, pese a todo su escepticismo del principio.

La reunión tardó como otra media hora en acabar como mismo terminan todas: sin conclusiones definitivas, pero con la formal promesa de todos de que estaríamos alertas para salirse al paso a cualquier nueva manifestación de actividad del enemigo que siempre permanece al tanto de nuestras debilidades para atacarnos, y bla, bla, bla.

Yo no veía la hora de salir.

Cuando levantaron la sesión ni esperé al brindicito, que como siempre en el Consejo de Estado, se esperaba sustancioso en comestibles y bebestibles, y me imagino que fuera la única razón por lo que muchos habían aguantado hasta el final; salí disparada hasta mi Lada, pisé el acelerador hasta el fondo y enfilé como un cohete hasta el paradero de Playa, con el papelito escrito por Luis Carlos bien seguro en el bolsillo delantero izquierdo del uniforme.

Ni me acordaba que le había prometido al pelirrojo llevarlo hasta su casa en el Reparto Bahía. Tenía que comprobar si las guaguas de donación rusa decían efectivamente *Sheremetievo*...

Fue un trayecto como para implantar un récord Guinness. Nunca bajé de 80 por hora; por poco choco contra un camión de ETECSA (la única compañía telefónica del mundo que tiene más carros que teléfonos, dicen) y me llevé muy campante una roja en Quinta y 40 (facilidades de ser policía; los de la garita ni me miraron), pero tuve suerte, no puedo negarlo: cuando llegué al paradero de Playa, acababa de entrar una de las guaguas rusas.

Conteniendo el aliento, confronté los caracteres uno por uno hasta estar segura. Confirmado: el letrero en la pizarra frontal de aquel autobús de la 37 decía en efecto *Sheremetievo* en correcto cirílico.

Sherlock Holmes siempre decía que, descontado lo imposible y todo lo probable, sólo

queda lo improbable. O algo así.

Recuerdo que pensé en lo mucho que me gustaría que Michael estuviera ahí. Para ver qué tenía que decir el señor Pragmatismo ahora.

Aquello ya pasaba de castaño oscuro. La ciencia ficción acababa de meterse de lleno en la vida habanera, y de paso en la mía. Por si todos los acontecimientos “fortianos” de las semanas anteriores no bastaran como aviso de que lo insólito había adquirido carta de ciudadanía habanera, ahora todo parecía confirmar mi fantástica hipótesis sobre el medio de transporte usado en los últimos días por tantos cubanos para pasar de la isla a tres países de Europa.

Aquel espectáculo de luces de la noche del sábado parecía efectivamente haber aflojado los tornillos y las tuercas de las puertas que comunican las dimensiones. O abierto túneles transespaciales, qué sé yo.

Pero el caso es que, de un modo u otro, algunos cubanos, probablemente al principio por pura casualidad, pero luego con toda premeditación, estaban usando aquellos autobuses tan generosamente donados y a los que nadie se había preocupado por cambiarles los carteles, para desaparecer exactamente a medianoche de La Habana y reaparecer en Barcelona, Amsterdam y Moscú.

Por un instante, pura deformación profesional, me puse en su lugar. Era hasta hermoso, visto de cierto modo. El primero que por azar sufrió la traslación y se encontró en Holanda, España o Rusia debió arreglárselas para avisar por teléfono o e-mail a los socios y darles el dato.

¿Y si no comprendió nunca lo que pasaba? ¿O no pudo llamar, o no dejó atrás ningún socio? Pues entonces sería el segundo, o el tercero, hasta que, Radio Bemba mediante, todos los enfermos de la fiebre del tigre supieron del Expreso Habana-Amstelveen. Salidas:

cada sábado a medianoche.

El secreto más público de La Habana. Transporte directo, instantáneo, sin riesgos, ni tiburones ni lanchas guardafronteras ni Guardacostas, sin aduana ni sed ni hambre en la travesía, sin congelamiento ni falta de aire. Casi como la tan soñada carretera de diez pistas Habana-Miami del chiste de Pepito.

Bastaba con estar en una de aquellas dos o tres guaguas mágicas el sábado a medianoche, y cataplum. Viaje resuelto.

¿Mágicas? Bueno, mi adorado Arthur Clarke (por *2001, una Odisea Espacial* le perdonaba hasta su muy comentada pedofilia en Sri Lanka) dijo una vez que, pasado cierto nivel, la tecnología, de tan avanzada, resulta casi indistinguible de la magia.

Mágicas, sí, entonces. Quizás para las criaturas que habían hecho temblar la tierra en La Habana, nadar peces en el Almendares y que cientos de personas se vistieran de rojo sin ponerse de acuerdo, aquellas traslaciones instantáneas a miles de kilómetros de distancia eran cosa perfectamente explicable, y realizable gracias a dispositivos muy concretos y fáciles de manejar... pero para mí, y para todos los que las estaban utilizando para huir de Cuba ¿qué más daba si magia o ciencia? Lo importante era que funcionaba.

Aunque ¿de veras funcionaba?

Me concentré de nuevo en imaginarme la situación. Un ómnibus con decenas de pasajeros, un sábado a medianoche, desaparece de La Habana para aparecer en Amsterdam, Barcelona o Moscú. Lógicamente, cuando se dan cuenta de que no están en su ciudad, algunos deciden jugársela al canelo y se bajan... otros no se atreven, y regresan a la capital, sin nunca entender lo que pasó o quizás lamentando no haber hecho como los que se bajaron.

Regresan... o sea, que la estancia de la guagua “teletransportadora” al otro lado del Atlántico no podía durar mucho, o alguien en el paradero acabaría notando algo...

Así que se me ocurrió preguntarles a los despachadores de Playa si había pasado algo raro con aquel carro donado por Rusia en los últimos tiempos.

Quizás esperaba una negativa que me convenciera de que todo no era más que el enésimo producto de mi imaginación calenturienta.

No fue eso lo que ocurrió. Yo andaba con el uniforme, y como normalmente los cubanos siempre tenemos algo que esconder de la policía, lo normal es que la gente me tire unas cuantas curvas antes de caer en la concreta.

Pero esa vez fue como si les hubiera halado la lengua: no solo Papo el despachador de aquel turno, sino todo el mundo, desde los mecánicos hasta los demás chóferes, empezó a decir que aquella cabrona guagua estaba embrujada, que ya eran tres sábados seguidos que los chóferes y conductores que salían con ella no regresaban, y luego el domingo temprano alguien la reportaba abandonada en medio del recorrido, que por eso ya nadie quería cogerla para hacer confronta, pero que tanta gente había llegado preguntando por qué no salía que habían tenido que sacarla de nuevo, aunque fuera cosa del demonio... enseguida me enseñaron los crucifijos y el Elegguá que le habían colgado del espejo, la estampita del ojo con la lengua atravesada por el cuchillo, contra el mal de ojo, y nada, el último en atreverse a manejarla de noche había sido Diosdado, trabajador ejemplar que se había hecho viejo detrás del timón, ya estaba para retirarse, hacía años que estaba presentando los papeles en la SINA para reunirse con su hija que vivía en New Jersey y se los negaban, pero esos yanquis lo que querían era volver a la gente loca y él que mientras no se fuera iba a seguir manejando, que era lo que había hecho toda su vida...

Los interrumpí, clavándoles la pregunta a lo cortico, como si supiera bien lo que me tenían que decir: ¿cuándo había llamado Diosdado para decir que estaba bien?

Funcionó. Primero, silencio, y miraditas desesperadas, como buscando algo que no se sabe

qué es. Luego, tímidamente, Papo me dijo, de modo casi inaudible: el lunes...

Tragando en seco, pregunté todavía: ¿desde New Jersey?

No, desde Moscú... pobre negro, si no sabe una palabra de ruso, dijo otro coger.

Y entonces me puse a temblar.

-Tú estás loca de remate- dictaminó Michael, entre divertido y preocupado, poniendo la cafetera sobre la hornilla —¿¡Guaguas que los sábados a medianoche te llevan a Amsterdam sin escala!? A Bradbury le habría encantado, supongo. Pero ni se te ocurra contárselo al mayor Cevedo, porque, te lo he dicho mil veces, te manda a Psiquiatría de cabeza. Lo bueno es que ya por lo menos podrás escribir un cuento... tienes a los seres de otras dimensiones, los culpables, los acontecimientos raros esos, el efecto principal, sus repercusiones sociales... sólo necesitas un buen final.

-El final no importa; aquí el que escribe eres tú- le dije, tratando de aparentar seriedad, mientras preparaba la taza con el plástico, con manos temblorosas. No me gusta tomar café sola, pero dado que él ni lo prueba... —No sé, no puedo quedarme cruzada de brazos... piensa que si lo descubrí yo, puede descubrirlo cualquiera... los del paradero dijeron que mucha gente había llegado preguntando por ese carro en concreto. Pero no sabían los nombres o no quisieron dármelos. No dudes que hasta les hayan ofrecido dinero por sacarlo a rodar. Si la gente da cinco mil dólares por jugársela de noche con los Guardafronteras cruzando el Estrecho de La Florida en una lancha ¿qué no darán por poder viajar instantáneamente, sin problemas, al segurete!

-No seas boba. Esa gente con la fiebre del tigre, como tú le dices, no lee tanta ciencia ficción como tú- razonó él, convincente, sirviendo el café —además ¿qué y si lo descubren? ¿y si ya lo sabe media Habana, qué?

-Que se va a ir mucha gente, los holandeses, españoles y rusos van a protestar en serio, será un incidente diplomático de los gordos- calculé, pensando en el peor escenario posible – Coño, te quedó rico, para no tomar café, lo preparas cada vez mejor.,

-Mérito de mi maestra y principal cliente- me dio un beso cariñoso –Oye, pues si quieren irse ¡que se vayan! Pim pom fuera, abajo la gusanera y que se vaya la escoria, como en el 80 o en el 94, que aquí lo que sobra es gente. Y no es asunto tuyo, a fin de cuentas- se encogió de hombros -¿No te la pasas siempre diciendo lo bueno que sería que quitaran el permiso de salida, abrieran las fronteras y eso? Burlar la maldita circunstancia del agua por todas partes que decía Piñera. Pues ahí lo tienes. Zin-zala-din, y la magia está hecha. Expreso Habana-Amstelveen, como tú dices.

-Pero- traté de convencerlo –lo malo es que si los de aquí pueden salir, los de allá también podrían entrar. Imagínate la cantidad de agentes y saboteadores de la mafia cubana de Miami... el chorro de turistas que se nos colarían sin pagar impuestos de aeropuertos, sin poderlos controlar...

-Habló la policía- se rió Michael –Y bueno, pues que se nos cuelen. Total, la Guerra Fría se acabó, y como dice el presidente Obama que este año levanta el bloqueo y devuelve a los Cinco Héroes, ¿qué daño van a hacer unos resentidos de la Pequeña Habana...? Viva la anarquía, y abajo el orden- y se lanzó a hacerme cosquillas con entusiasmo digno de mejor empresa.

-¡Ya, chico! ¡coño, contigo es imposible hablar en serio!- me defendí entre carcajadas, pero disfrutándolo como siempre.

-¿Hablar en serio, dices y metes a los extraterrestres con túneles interdimensionales en el potaje?- se burló él, empujándome hacia la cama.

Claro, allí pasó lo que siempre pasaba.

Y tan rico como siempre.

Coño, Michael...

Después del terremoto, fumando bocarriba, volví a la carga.

-Hay que hacer algo, Michael.

-Sí, Sofía. Cómo no- se burló él, parafraseando a la decidida protagonista de *El siglo de las luces* e imitando un exagerado acento francés –Pues dile a papá Cagpentiég que saque a los magcianitos del ajiaco, que no van aquí- se rió –Coño, Eleanor, está bueno ya ¿tú estás hablando en serio? Guaguas teleportadoras, mierda, óyete nada más.

-Más en serio que Serión- le dije –No podemos permitir esa... fuga masiva. Es un problema de principios.

-Cochinos principios... yo creo que uno nunca debe dejar que principios demasiado estrictos lo conduzcan a malos finales, pero, en fin... escríbele un informe a tu jefe- propuso Michael, pragmático –así él lo lee, te da un mes de vacaciones por stress laboral, nos vamos a la playa...y cuando regresemos a la ciudad, la isla estará ya vacía y asunto resuelto. Muerto el perro, se acabó la rabia. Fugados los prisioneros, se desmantela la cárcel.

-Ya, coño, en serio, y deja esa disidencia barata de cárcel y prisioneros- me molesté un poquito –Sabes bien que el mayor Cevedo no se va a leer eso. No hasta el final, por lo menos.

-Entonces escríbele a los consulados. O a la Empresa de Ómnibus Urbanos, para que cambie los cartelitos o retire de circulación las guaguas conflictivas.

-Antes la rana cría pelos- suspiré –Sin contar con que, en lo que cartas van y cartas vienen, media PNR se entera de que la idea fue mía, y el bonche no me lo quita nadie de arriba. No, no puedo hacer eso.

-Pues habla con algún pincho, de bien arriba- sugirió entonces mi novio –Con Raúl, por ejemplo. Dicen que al General le gusta que le hagan buenos cuentos...

-No oigas tanto ese tema de *Porno para Ricardo* y respeta- le advertí, medio en broma y medio en serio. Que bueno es lo bueno, pero no lo demasiado; una tiene que respetar el uniforme. Porque nunca se sabe cuándo te ponen un micrófono, y sin pedirte permiso como en el corto ese de Eduardo del Llano, *Monte Rouge* –No sé, Michael... hay que hacer algo, es demasiado grave, pero tengo que pensarlo.

-Bueno, entretanto lo piensas, déjame darte el notición- cambió él de tono completamente – La semana que viene el grupo se va para Bélgica. Amberes, Brujas, Bruselas: la gran gira de *Salsa Habana* ¿y quién te crees que va a ir con ellos tocando el tres?

-¡No me digas que...!-empecé a alegrarme, y él me interrumpió, pero asintiendo:

-Pues ese mismo: el hijo de mi papá y mi mamá que no es mi hermano. Julio, el viejo tresero, está con una tendinitis furiosa, por eso hace un mes que estoy de plantilla, aunque él sea el hermano de Rigoberto, el cantante y líder del grupo. Ya la empresa Benny Moré está haciendo todos los trámites migratorios, a más tardar pasado mañana me llaman para darme el pasaporte, y pronto, aeropuerto que tú conoces.

-¡Pero ese es de verdad el notición del año! ¿Cuánto tiempo?- le pregunté, encantada, con los ojos brillantes.

-Un par de meses... suficiente para que pueda empatarme con una belga, sacarle el kilo, digo, el euro, y forrarme de plata. Para traer todo lo que pueda, empezando por una buena guitarra eléctrica... por ejemplo, una Ibanez de siete cuerdas como la de Steve Vai, y además dinero para parar este apartamentico de una vez y por todas- abrió los brazos, abarcando mi medio básico de dos cuartos, con las paredes modestamente pintadas con lechada y una austera escasez de muebles y enumeró muy tranquilo–ya tú sabes:

multimuebles, butacones y sofá de cuero, tapices en las paredes, las ventanas todas de aluminio, aire acondicionado, y sobre todo, muchos DVDs: en la sala, con el televisor de pantalla plana de 60 pulgadas, en nuestro cuarto con el de 40, para ver las películas porno, y para que se atore de Walt Disney y animación 3D de la buena: *La Bella y la Bestia*, *La edad del hielo*, *Aladino*, *Shrek*, *Hércules*, *Jimmy Neutrón*... otro en el cuarto del niño.

¡El niño!

Y, a ver ¿qué mujer cubana o de cualquier otra parte podría seguir hablando de salvar al mundo y de ciencia ficción cuando su novio desde hace ya dos años le suelta, así como quien no quiere la cosa pero igual la va a hacer, que quiere tener un niño con ella?

Yo no, en cualquier caso.

Así que, esa noche, en el apartamento de la primera teniente O'Farrill, no se habló más de túneles transdimensionales, fugas masivas ni soluciones de emergencia.

Ni tampoco de condones, por cierto.

En verdad, no se habló más... a no ser que cuente como conversación con todas las de la ley los “te quiero papi” los “dámela toda”, los “mami tú me vuelves loco” y los “yo también te quiero” que fueron la banda sonora acompañante de nuestros enérgicos intentos por encargarse de inmediato, a pelo y con muchas ganas, el niño del que acabábamos de hablar....

Eso fue un jueves. Y menos mal, porque al día siguiente la ciudad pareció volverse definitivamente loca. Las “anomalías estadísticas” como bautizó a mis acontecimientos fortianos un Comité de Emergencia de la Academia de Ciencias, fiel a esa costumbre de los sabios de ponerles nombres raros a las cosas para no confesar que no entienden un rábano de qué se trata, se multiplicaron repentina y desmesuradamente.

El viernes a las 9 de la mañana fue como si a todas las cucarachas de La Habana les entraran a la vez deseos de pasear por las calles. Fue... dantesco es un adjetivo fuerte y poco utilizado, pero aquí se queda corto. Miles de millones de *periplanetas americanas* y otras especies menos conocidas, pero igualmente asquerosas tomaron por asalto las avenidas, provocando con su reptar y característico aroma cientos de episodios de desmayos femeninos... y masculinos, así como grandes embotellamientos de tráfico y una alerta epidemiológica del primer nivel que se resolvió en un llamado general a todos los fumigadores del país.

Todavía no acababan de dispersarse las cucarachas cuando, dos horas más tarde, para todos los estudiantes del Instituto Tecnológico de Gastronomía *Comandante Carlos Marrero Abreu* se volvió repentinamente insoportable el calor... así que desde el primero hasta el último comenzaron a quitarse la ropa, para quedarse como su madre los trajo al mundo, con total desvergüenza. Y este inexplicable síndrome nudista los afectó estuvieran donde estuvieran... ya fuese en la escuela, en sus casas, en las calles o, mucho peor, de prácticas en algún restaurante o cafetería...

Tras lidiar con algunas decenas de intentos de violación, la PNR tuvo que acudir al malecón habanero, donde un curioso fenómeno atmosférico estaba concentrando todos los papeles y envolturas plásticas de kilómetros a la redonda, formando una esfera casi perfecta y de varios metros de diámetro que giraba a una velocidad de vértigo... exactamente sobre las dos columnas del monumento al crucero acorazado yanqui *Maine*, allí donde hasta 1961 se alzaba el águila imperial de bronce que Fidel derribó, dejando el sitio vacío para la paloma de la paz prometida por Picasso, que todavía estamos esperando.

La esfera se mantuvo hasta la 1 de la tarde y luego se dispersó tranquilamente, como si nunca hubiese existido.

Pero era solo el principio.

A las 2 de la tarde, las chimeneas del único central azucarero de Ciudad Habana, el *Manuel Martínez Prieto*, cerca de la CUJAE, comenzaron a humear. Nada raro... si no fuera porque, hacía unos años, las viejas máquinas habían sido desmanteladas casi hasta el último tornillo. El humo parecía formarse directamente en las chimeneas, según los bomberos que acudieron al lugar... aunque, escarmentados por el suceso del géiser de fuego en Línea y L, días atrás, todos prefirieron mantenerse a prudente distancia del fenómeno.

A las 6 de la tarde, y con el sol brillando fastuosamente, cayó en Miramar una intensísima granizada, con esferas de hielo de casi tres centímetros de diámetro. El meteoro duró cinco minutos enteros, durante los cuales varios transeúntes sufrieron heridas leves y se reportaron numerosos daños materiales a automóviles, inmuebles y jardines.

A las 7 de la noche el coronel... bueno, ese mismo, por iniciativa propia y sin órdenes superiores, sacó dos pelotones de tanques T-80 a las calles. Aunque de momento se limitaron a custodiar la Plaza de la Revolución y los edificios del MININT y el Consejo de Estado, los blindados de combate lucían tan amenazadores y a la vez tan patéticos que esa misma noche los hicieron regresar a sus cuarteles subterráneos.

La que esa noche no regresó a casa fui yo; las cosas seguían empeorando y toda la policía de la ciudad estaba en alerta de combate: en el municipio 10 de Octubre, desafiando ya abiertamente las leyes de la física, en concreto las de la termodinámica y la de gravitación universal, a las 2 de la mañana el asfalto de la calzada primero se licuó ¡a temperatura ambiente! y luego se desprendió para elevarse lentamente hasta perderse en lo alto. Aviones de exploración de la FAR designados para seguir la imposible fuga siguieron la ascensión hasta su techo de vuelo, a los 50 kms de altura... luego tuvieron que descender, sin que las calles voladoras mostraran ninguna intención de volver a bajar. El intenso tráfico nocturno

de camiones pesados habitual en la zona se vio notablemente entorpecido cuando el parque automotor tuvo que desplazarse por los maltrechos terraplenes que quedaron.

Por el resto de la noche no pasó nada más, y pudimos echar un sueñito. Pero cuando ya creíamos que lo peor había pasado, el sábado amaneció todavía más grave.

A las 6 de la mañana, un rayo de insólita potencia golpeó la cúpula del Capitolio Nacional, produciendo un ensordecedor estruendo... pero por suerte, sin más consecuencias que el ennegrecimiento total de las miles de toneladas de mármol del edificio. Por si acaso, la SINA presentó una nota formal de condolencia, ofreciendo la ayuda gratuita de los Estados Unidos para limpiar “aquel inmueble tan similar a la sede de nuestro Congreso”.

A las 10, todas las ratas de la ciudad salieron de sus escondrijos, dieron un par de vueltas sobre sí mismas... y cayeron muertas en el sitio. Epidemiología primero se preocupó y luego se alegró de deshacerse de tantos vectores de plagas de un solo golpe... pero la Facultad de Psicología, preocupada, advirtió bien claro contra lo que vino poco después: los primeros histéricos gritando que aquellos eran los signos del Apocalipsis, que el fin del mundo se acercaba y que todos los pecadores correrían el triste fin del Anticristo si no se arrepentían.

Por si acaso, aunque ninguno se atrevió a ponerle nombre y apellido al Anticristo, todos fueron inmediatamente detenidos.

Al mediodía, sin aviso previo, el edificio de Coppelia comenzó a hundirse sobre sí mismo... y pocos minutos después, en el lugar de la archifamosa heladería sólo quedaba un inmenso cráter que se llenaba velozmente de un agua fangosa y turbulenta. Los geólogos y meteorólogos se frotaban las manos con desesperación, sin ninguna explicación que ofrecer. Recuerdo que Luis Carlos comentó que si estas cosas estuvieran pasando en Tokio, ya se habría derrumbado la famosa torre de TV copia de la de Eiffel... la misma que en

tantas las películas niponas es la primera en ser destruida por Godzilla, los enemigos de Mazinger y todos los otros monstruos o ataques extraterrestres que se respeten. Y que el comentario, pese a lo terrible de las circunstancias, me hizo reír a carcajadas.

O sería que ya la tensión y el agotamiento me tenían medio histérica. Era absolutamente frustrante tener que moverse todo el tiempo a la defensiva, sin poder predecir qué insólita nueva catástrofe se desencadenaría al minuto siguiente. Porque, aunque La Habana parecía una ciudad bajo ataque, no se veía ningún esquema lógico, ni un plan de ofensiva, nada por lo que guiarnos para ripostar. O si lo había, nosotros no éramos capaces de captarlo o comprenderlo.

Todos teníamos los nervios deshechos... pero yo más que todos. Es que no podía dejar de pensar que, de algún modo, aquello estaba ocurriendo porque yo, conociendo el fenómeno, no había sido capaz de reaccionar cortándolo, de algún modo.

Las horas siguientes fueron como una pesadilla surrealista. Michael siempre decía que Cuba era el país de la ciguaraya, en el que Franz Kafka nunca habría pasado de ser un simple cronista de sucesos ¿Qué un hombre se despertaba convertido en cucaracha? Normal... en La Habana más de una cucaracha se despertaba siendo ministro, o administrador, o gerente.

Pero ese sábado hasta Kafka se habría tenido que asombrar.

Había pánico en las calles, y no podíamos hacer nada por evitarlo. La gente, que ya no podía seguir fingiendo que no pasaba nada, corría, gritaba, esperaba algo, temía algo, y todo a la vez.

Como casi toda la población de la ciudad, a estas horas ya no sé si lo viví o lo soñé. No sé si fue real que a media tarde una manada de inmensos braquiosaurios galopara por la calle 23 hacia el mar, aplastando por igual a autos y peatones. O si la intensa pero breve nevada

que Luis Carlos y yo vimos caer sobre los edificios restaurados de La Habana Vieja era un sueño o una alucinación colectiva.

A las seis, tan agotada como si hubiera corrido el maratón, con unas inmensas ojeras y las manos temblándome, ya estaba convencida de que todo era culpa mía. Mía y de nadie más, sí.

Porque yo LO HABÍA SABIDO TODO DESDE ANTES y sin embargo NO HABÍA HECHO NADA. Era lógico que las cosas no pudieran quedarse como estaban. Creando aquel túnel transdimensional, aquel Expreso Habana-Amstelveen, se había alterado algo en el equilibrio básico del universo y la realidad, y ahora estábamos pagando las consecuencias.

Quizás ni siquiera los mismísimos cuasi-omnipotentes magos que, por simple travesura o con algún enigmático propósito (pensé en las superentidades de *Jugadores del juego de la gente*, de John Brunner, para quienes los humanos eran solo piezas en un inimaginable partido cósmico) habían iniciado todo aquella noche de sábado fueran capaces de detener ahora el proceso de entropía creciente, aquel veloz deslizarse hasta el caos que nos estaba destruyendo.

Pero yo al menos iba a intentarlo.

Tenía la sensación de que, como el ejecutor Harlan de *El fin de la eternidad*, aquella novela de Asimov sobre los viajes en el tiempo que me prestó un socio de Michael, yo podía cambiarlo todo dando un pequeño empujoncito en el lugar y el momento justos. Revertir el proceso, aplicando el CMN... el Cambio Mínimo Necesario.

Y, en mi delirio, yo creía estar segura de saber cuál era ese cambio.

No recuerdo muy bien lo que hice a continuación. Había dormido apenas cuatro horas en dos días, y beber hectolitros de café fuerte puede que ayude a mantenerse despierta, pero no

sirve de mucho a la hora de captar de manera objetiva la realidad.

Tengo vagas nociones de mí misma metiéndome una tijera y un rollo de *scotch tape* en el bolsillo, y luego abandonando a Luis Carlos que trataba de contener al aterrado público, mientras todo el macizo promontorio rocoso sobre el que está edificado el Hotel Nacional se deslizaba lentamente hacia el mar.

Luego debo haber corrido en mi Lada por toda la ciudad. No sé si soñé haber atravesado el túnel de Línea rodando por el techo, como si la gravedad se hubiese invertido, o que el follaje de todos los árboles de Quinta Avenida se había vuelto extrañamente azul. No sé si fue real. Dudo que ese sábado mucha gente pudiera distinguir la realidad de sus pesadillas.

Sí me recuerdo, en cambio, entrando con aparatoso chillido de gomas en el Paradero de Playa, para enterarme que el ómnibus donado por Rusia y aún con el cartel de *Sheremetievo* acababa de salir... supongo que incluso en medio del fin del mundo habrá chóferes de guagua dando su recorrido bajo la lluvia de fuego y azufre.

No olvidaré nunca cómo recorrí varios kilómetros a toda velocidad hasta darle alcance. Cómo atravesé mi auto delante para obligarlo a detenerse, y cómo pistola en mano (la primera y la última vez que tuve que sacarla en mi carrera de policía) subí a la cabina, obligué al chófer y al conductor a abrir el compartimiento donde estaba el gran rectángulo de polietileno con la palabra *Sheremetievo* en letras mayúsculas cirílicas.

Y sobre todo quedará grabado en mi mente hasta el fin de mis días como, con la tijera, amputé una letra del centro del cartel, volviendo a pegar los dos fragmentos con despreocupado derroche de cinta adhesiva transparente, bendita sea Escocia.

Después bajé, sin explicarles nada más ni al chófer ni a los atónitos pasajeros, y volví al auto. Aún tenía que hacer lo mismo con dos o tres carteles más, y quizás entonces la realidad habanera empezaría a restablecerse.

A las 8 de la noche ya había cortado una E de las dos de *Amstelveen* en un carro de la ruta 55, sorteado una serie de cactus morados que estaban creciendo aceleradamente en 23 y detenido a otro carro de la 190 para mutilar de la primera de sus tres T al cartel de *Delft Station*.

Eran las 10 y sobre la ciudad se abatía una plaga de langosta auténtica, como las de *La Biblia*, cuando le di alcance a la 27 que decía *Plaça Catalunya*, a la que, para jugar al seguro, dejé en *Plaça Clunya*. Recuerdo que, como los malditos saltamontes se metían por todas partes, dejé uno atrapado bajo la cinta adhesiva cuando reuní los pedazos.

A las 11, agotada como si hubiera boxeado quince rounds con Félix Savón, y todavía más desesperada, porque el edificio del Hotel *Habana Libre* se estaba derritiendo como si fuera de jalea, parqueé el Lada en el estacionamiento de M entre 21 y 23, el reservado para los asistentes a las Mesas Redondas, y me quedé dormida como un tronco en el asiento delantero, sin fuerzas siquiera para trasladarme al trasero, donde habría estado mucho más cómoda.

Allí me encontró Luis Carlos la mañana del domingo.

El pobre pelirrojo lucía como escapado de la centrífuga de una lavadora. Su uniforme tenía manchas de sustancias desconocidas para la química humana, porque cambiaban de forma y de color cuando las miraba. Pero sonreía.

-Anda, rubia, déjame entrar, que estoy hecho mierda- gruñó –Menos mal que lo peor está pasando ya...

Aturdida, salí del auto y miré hacia el *Habana Libre*. Sí, el gran hotel que había visto la noche anterior desmerengándose como cera expuesta al sol estaba ahora recuperando su sólida forma original. Lenta, despaciosa... pero (ojalá) irreversiblemente.

Por lo visto, había acertado con mi teoría del CMN.

El resto de la historia la conoce todo el mundo. Poco a poco, los efectos de aquellos insólitos fenómenos que habían trastornado a La Habana y a sus habitantes durante las últimas 48 horas fueron revertiendo.

Aunque, por suerte o desgracia, no del todo.

Los muertos, muertos se quedaron. El Hotel Nacional está ahora cincuenta metros más cerca del mar. La Facultad de Biología capitalina está estudiando los árboles azules de Quinta Avenida, tratando de descubrir qué tipo de pigmento respiratorio hay presente en sus hojas color celeste. Porque clorofila no puede ser. Varios jardines del mundo se han mostrado interesados en comprar ejemplares.

En cambio, de los cactus morados de 23 no quedó ni rastro. Quizás, después de todo, sólo lo soñé.

El Zoológico de La Habana es el único del mundo que exhibe un rebaño de braquiosaurios vivos...aunque se han regalado algunas hembras embarazadas a diferentes parques de otras ciudades. Los enormes herbívoros del Jurásico resultaron ser ovovivíparos, a despecho de lo que creían todos los paleontólogos. ¿O sólo lo serían estos?

El asfalto que escapó al espacio nunca regresó al Municipio 10 de Octubre. Ahora están reconstruyendo Coppelia. El agujero en Línea y L ya ha sido rellenado con varias toneladas de cemento. La Habana es, por el momento la única ciudad del mundo 100% libre de ratas... y con una de las menores poblaciones de cucarachas del planeta.

Un sinnúmero de matrimonios... y también de rupturas de parejas, por cierto, ha involucrado a alumnos y alumnas del Tecnológico de Gastronomía *Carlos Marrero Abreu*.

El Capitolio Nacional, pese a la sincera oferta de los norteamericanos de devolverle su color original, sigue negro, y parece que así su atractivo turístico se ha inclusive incrementado. La plaga de langosta acabó devorada por los gatos y gorriones... sin ratas ni

cucarachas que merendar, muy bien que les deben haber venido.

Nadie ha vuelto a saber nunca nada más del coronel del MINFAR que sacó los tanques a la calle. Por el túnel de Línea, ahora atracción mundial que sigue convocando a físicos de todo el mundo, los autos continúan circulando por el techo.

Los descendientes de Pablo Picasso ¡al fin! cumplieron la palabra de su ilustre antecesor y donaron a La Habana una paloma de la paz de acero inoxidable y 6 metros de envergadura. Sólo falta que la instalen en lo alto de las dos columnas del monumento al *Maine*, por supuesto.

Todo bien, en resumidas cuentas.

Pero Michael se ha ido para siempre.

Cuando llegué a casa, aquel domingo a medianoche, solo encontré una nota suya:

Eleanor, mi irlandesa preciosa:

Mierda y remierda. Me negaron la salida. Los cabrones de la Empresa Benny Moré dicen que, como no soy graduado de ningún conservatorio, no pueden responsabilizarse por mí. Me cago en la hora en que los parió su madre...

Pero no me rindo. Tuve una idea genial; le dije a Rigoberto que contara conmigo de todas maneras, que salieran ellos, que ya yo los alcanzaría por mi cuenta de alguna manera allá en Bélgica. Tengo las fechas y los lugares donde se van a presentar, así que si logro salir de Cuba no va ser tan difícil encontrarlos ¿no?

Mi amor, CREO EN TI. Esta noche voy a salir, con el tres y toda la ropa y zapatos que pueda meter en una mochila, a buscar ese Expreso Habana-Amstelveen. Me llevo también unos euritos que cambié para poder moverme por Europa. A fin de cuentas, de Holanda a Bélgica no se ve tanta distancia, por lo menos en el mapa del atlas, que fue el único que encontré.

Yo te dije que iba a esa gira y conseguía dinero como fuera. Así que ve eligiendo la cuna, la canastilla y todo lo demás. Y pensando en un nombre. Pero que no sea ni Ray, ni Isaac, ni Arthur, por favor. Vamos a ponerle Yusimí si es hembra y Yotuel si es varón, como todo el mundo ¿eh?

Deséame suerte. Creo en ti, mi amor, porque eres la mejor policía y la mejor mujer que conozco.

Nos vemos a la vuelta en el aeropuerto; te aviso para que vengas con el carro a ayudarme con las toneladas de pacotilla (incluyendo pañales desechables, claro) que voy a traer.

Hasta el heavy metal siempre.

Te quiere

Tu ciborg replicante viajero del tiempo mutante favorito

Michael

P. D: si el mayor Cevedo se pasa de la raya contigo, te autorizo a que le rompas mi guitarra eléctrica en su fea carota. Ya me compraré otra por acá por Extranjia...

Sí, mierda y remierda.

Michael había salido a tomar el Expreso Habana-Amstelveen... pero yo le había cambiado el destino, dejándolo en Habana-Amstelveen. Y lo había hecho bien antes de la crítica medianoche del sábado.

Por unos días no salí de casa; solo lloré, sin querer creer en la evidencia, aguardando esperanzada a que en cualquier momento apareciera él en la puerta, cabizbajo, sin haber podido reunirse con lo demás músicos de *Salsa Habana*, sin gira ni dinero ni pañales desechables, pero aquí. Mío y conmigo.

Pero quizás ya había agotado mi cuota de milagros del milenio. Nunca regresó.

Tampoco se lo encontraron los demás del grupito de son allá en Bélgica, y esa era mi

última esperanza cuando fui a verlos a su regreso, tres meses más tarde, apretando a duras penas mi barriga detrás del timón del Lada.

Sí, porque ¡ironías del destino! aquella noche de jueves los espermatozoides de Michael lograron cumplir su misión. Según el ultrasonido, será varón. He decidido llamarlo Steve, como su adorado Steve Vai. Steve O'Farrill, no suena nada mal.

Ahora, acogiéndome a la licencia de maternidad, he decidido escribir esta historia. Una se aburre tanto, solita en casa, sin nada que hacer. Aunque mi madre y las Ys de Nuevitas han prometido venir a tirarme un cabo... cabronas, ese par de jineterotas lo que quieren es aprovechar y colarse en La Habana, si las conoceré yo. Pero igual siempre estaré mejor con ellas que sola. Un embarazo primerizo no es cosa de juego ni para una mujer de huesos grandes como yo.

He oído que desde aquella noche final de locura no han vuelto a aparecer más cubanos en Amsterdam, Moscú ni Barcelona. Menos mal. Aunque hay algo que me preocupa: según averiguó Luis Carlos, que está investigando extraoficialmente el asunto por cuenta propia gracias a mi insistencia, aquella noche desaparecieron en La Habana 554 personas... entre ellas los chóferes de las cuatro guaguas en cuestión.

Por sí o por no, la empresa de Ómnibus urbanos decidió dismantelar esos carros y usarlos para piezas de repuestos, y desde entonces, (siguiendo mi expreso y no oficial consejo) cada vez que reciben donaciones de otros países, lo primero que hacen es quitarle cualquier cartelito que traigan y no sea en español. Por si acaso.

De todos modos, no dejo de preguntarme adónde habrán ido a parar esos quinientos y pico de cubanos. He pensado que, tal vez, en lugar de a Holanda, Rusia o España, fueron a dar a algún universo alternativo en el que hay efectivamente sitios llamados *Delf Station*, *Amstelveen*, *Sheremtiev* o *Plaça Clunya*.

Y quién sabe si, conociendo a mis compatriotas, dentro de algunos años no habrá una nota por este estilo, en el sesudo equivalente de la *Enciclopedia Británica* de algún sitio inimaginablemente alejado de este... o inimaginablemente cercano:

Cubano (pl, cubanos): Adjetivo, gentilicio. Oriundo de Cuba (país mítico hasta ahora no localizado en el sistema de coordenadas espacio temporales) -Los cubanos, pueblo nómada de dudoso y discutido origen, llegaron hace unos años a varias localidades del Multiverso Metagaláctico, de manera inesperada y por medios desconocidos. Pese a sus diferentes aspectos étnicos, todos afirman proceder de la misma nación: una legendaria isla (Cuba) situada en medio de un mar llamado Caribe.

Se les identifica, entre otros rasgos, por su descontrolada pero nunca amenazadora gesticulación al hablar, su fanatismo incontenible por un deporte bastante estático y de complicadas reglas al que llaman “pelota” y un juego de mesa, el dominó, en cuyos partidos se alteran y llegan al borde de la riña para luego serenarse entre risas. Poseen notables aptitudes musicales innatas, especialmente para la percusión, pero en cambio prefieren mantenerse lo más alejados posible del trabajo físico.

Entre sus platos típicos se debe mencionar una curiosa mezcla de arroz y leguminosas que llaman “congrís”, las bananas fritas y aplastadas que denominan indistintamente “tostones”, “chatitos” o “patacones”, la yuca “con mojo” y la carne. Son un pueblo eminentemente carnívoro. Prefieren la de cerdo a cualquier otra, y la consumen en grandes cantidades siempre que pueden. También aprecian las bebidas espirituosas, como la cerveza, pero especialmente un destilado de jugos dulces que llaman “ron” y sirven en numerosas e imaginativas combinaciones con frutas o refrescos.

Los cubanos, gente en general simpática, tienen una curiosa serie de chistes muy particulares, de cerradísimo contexto, lamentablemente ininteligibles para cualquiera que

no pertenezca a su grupo. Las alusiones casuales o voluntarias a ciertos enigmáticos términos, como “Partido”; “CDR”; “Trabajo Voluntario”; “Fidel”; “Período Especial” o “Mesa Redonda”, por solo citar algunos, suelen ser suficientes para desencadenar auténticas olas de cómplice hilaridad que, singularmente, resulta en extremo contagiosa y fácil de compartir incluso para los que ignoran todo sobre tales conceptos o instituciones...

25 de junio de 2008

YOSS

La Habana, Cuba (1969). Licenciado en Ciencias Biológicas por la Universidad de La Habana en 1991. Comenzó a escribir a los quince años, con su incorporación a los Talleres Literarios. Entre otros a obtenido el Premio de cuento de ciencia ficción de la revista cubana Juventud Técnica, 1988, el Premio David de ciencia ficción 1988 con el libro de cuentos Timshel (publicado por Editorial UNION, 1989), el Premio Plaza de ciencia ficción, 1990, el Premio Luis Rogelio Noguerras de ciencia-ficción 1998, con Los pecios y los naufragos, (publicado por Ediciones Extramuros, 2000), el Premio Calendario de la AHS en ciencia ficción 2004 por el libro de cuentos Precio justo (publicado por la Editorial Abril, 2006). Es miembro de la UNEAC desde 1994.

Correo electrónico (E-mail):: yoss00@hotmail.com

Al INDICE

5. HUMOR : Teatro de Crueldad, Una Historia Corta del MundoDisco

Por Terry Pratchet

Era una bonita mañana de verano, de esas que hacen a un hombre feliz de estar vivo. Y, probablemente, este hombre hubiera sido más feliz si hubiera estado vivo. De hecho, estaba muerto. Sería difícil estar más muerto sin someterse a entrenamiento especial.

"Bueno", dijo el sargento Colon (Guardia de la ciudad de Ankh-Morpork, turno de noche), consultando su libreta, "hasta ahora tenemos como causas de la muerte: (a) ser golpeado con al menos un instrumento romo, (b) ser estrangulado con una ristra de longanizas, y (c) ser brutalmente rajado por al menos dos animales con dientes grandes y afilados. ¿Qué hacemos ahora, Nobby?"

"Arrestar al sospechoso, sargento", dijo el cabo Nobbs, saludando.

"¿Sospechoso, Nobby?"

"Él", dijo Nobby, tocando el cadáver con su bota. "A mí me parece altamente sospechoso, estar muerto de esa manera. Además, ha bebido. Podríamos arrestarle por estar muerto y desorden público".

Colon se rascó la cabeza. Arrestar al cadáver ofrecía, desde luego, ciertas ventajas, pero...

"Supongo", dijo lentamente, "que el capitán Vimes querrá resolver esto. Mejor llévatelo a la Casa de la Guardia, Nobby".

"¿Y entonces nos podremos comer las longanizas, sargento?", dijo el cabo Nobbs.

No era fácil ser el jefe de la Guardia de Ankh-Morpork, la más grande de las ciudades del Mundodisco. Probablemente hay mundos, meditaba el capitán Vimes en sus momentos más oscuros, donde no hay magos (que convierten una simple habitación cerrada en un misterio) o zombis (los casos de asesinato son realmente *extraños* cuando la víctima puede ser el testigo principal), y donde puedes confiar en que los perros no harán nada raro por las noches ni irán por ahí charlando con la

gente. El capitán Vimes creía en la lógica de la misma forma en que un hombre del desierto creería en el hielo... Es decir, era algo que realmente necesitaba, pero, simplemente, éste no era el mundo apropiado. Aunque sólo fuera una vez, pensó, estaría bien resolver algo.

Miró el cuerpo, cuya cara se estaba poniendo azulada, en la camilla, y sintió una diminuta ráfaga de emoción. Había pistas. Jamás antes había visto pistas como deben de ser.

"No puede haber sido un robo, capitán", dijo el sargento Colon, "porque sus bolsillos están llenos de dinero. Once dólares".

"Yo no llamaría "llenos" a once dólares", dijo el capitán Vimes.

"Está todo en peniques y medios peniques, señor. Me impresiona que los pantalones soportaran la tensión. Y, astutamente, he descubierto que se dedicaba al espectáculo, señor. Tenía algunas tarjetas en el bolsillo, señor. "Chas Slumber, Espectáculos Para Niños"."

"Supongo que nadie vio nada...", dijo Vimes.

"Bueno, señor", respondió el sargento Colon con ánimo, "le he dicho al agente Zanahoria que encontrara algún testigo".

"¿Le pediste al agente Zanahoria que investigara un asesinato? ¿Él solo?", dijo Vimes.

El sargento se rascó la cabeza.

"Y él me preguntó: ¿Conoces a alguien muy viejo y seriamente enfermo?"

Y en el mágico Mundodisco, siempre hay un testigo *garantizado* en cualquier homicidio. Es su trabajo.

El agente Zanahoria, el miembro más joven de la Guardia, a menudo parecía simple a la gente. Y lo era. Era increíblemente simple, pero de la misma forma que una espada es simple, o que una emboscada es simple. Posiblemente, también tenía el pensamiento más lineal de la historia del universo.

Había estado esperando junto a la cama de un anciano, que había disfrutado bastante la compañía. Y ahora llegaba el momento de sacar la libreta.

"Bien. Sé que vio algo, señor", dijo. "Usted estuvo allí".

BUENO, SÍ -dijo la Muerte-. TENGO QUE ESTAR, YA SABES. PERO ESTO ES MUY IRREGULAR.

"Verá, señor", dijo el agente Zanahoria, "tal como yo entiendo la ley, usted es un Testigo Posterior Al Hecho. O posiblemente Anterior Al Hecho".

JOVEN, YO SOY EL HECHO.

"Y yo soy un agente de la Ley", contestó Zanahoria. "Ha de haber una ley, ya sabe". Y QUIERES QUE... ¿CÓMO ERA?... ¿ME CUBRA DE HIERBA? ¿COJA LA CABRA POR LOS CUERNOS?... AH, SÍ. ¿QUIERES QUE CANTE COMO UN PAJARITO? NO. NADIE MATÓ AL SR. SLUMBER. NO PUEDO AYUDARTE EN ESTO.

"No lo sé, señor", dijo Zanahoria. "Creo que ya lo ha hecho".

MIERDA.

La Muerte vio marchar a Zanahoria, agachando la cabeza mientras bajaba las estrechas escaleras del cuchitril.

A VER, DÓNDE ESTABA...

"Perdona", dijo el anciano en la cama. "Resulta que tengo 107 años, ¿sabes? No dispongo de todo el día".

AH, SÍ. CORRECTO.

La Muerte afiló su guadaña. Era la primera vez que ayudaba a la policía con sus investigaciones. Pero todo el mundo tiene un trabajo que hacer.

El agente Zanahoria paseaba con calma por la ciudad. Tenía una Teoría. Había leído un libro sobre Teorías: se sumaban todas las pistas y se obtenía una Teoría. Todo tenía que encajar.

Había longanizas. Alguien tenía que comprar longanizas. Y había peniques.

Normalmente, sólo un subsector de la raza humana pagaba las cosas en peniques.

Llamó a la puerta de un vendedor de longanizas. Encontró un grupo de niños, y charló con ellos un rato.

Entonces paseó de vuelta a la escena del crimen, donde el cabo Nobbs había dibujado con tiza la silueta del cadáver en el suelo (después lo había coloreado, le había añadido una pipa y un bastón y algunos árboles y arbustos como fondo... La

gente ya había dejado caer 7 peniques en su casco). Prestó atención a la pila de escombros del fondo, y entonces se sentó en un barril quebrado.

"Muy bien... Ya podéis salir", dijo al mundo en general. "No sabía que aún quedarán gnomos en el disco".

Los escombros se movieron. Salieron todos: el pequeño hombre con el sombrero rojo, el jorobado con su nariz puntiaguda, la pequeña mujer llevando al diminuto bebé, el pequeño policía, el perro con el collar en el cuello, y el cocodrilo.

Zanahoria se sentó y escuchó.

"Él nos obligó a hacerlo", dijo el pequeño hombre. Tenía la voz sorprendentemente profunda. "Solía pegarnos. Incluso al cocodrilo. Era la única cosa que entendía, golpear las cosas con palos. Y normalmente cogía todo el dinero que recolectaba el perro Toby y se emborrachaba. Y entonces nosotros huimos y él nos capturó y empezó con Judy y el bebé, y tropezó y cayó y..."

"¿Quién le golpeó primero?", dijo Zanahoria.

"¡Todos nosotros!"

"Pero no muy fuerte", dijo Zanahoria. "Sois demasiado pequeños. Vosotros no le matasteis. Tengo un testimonio muy convincente sobre ello. Así que fui y le di otra mirada. Murió por asfixia. ¿Qué es esto?"

Sostuvo en alto un pequeño disco de cuero.

"Es una especie de bocina", dijo el pequeño policía. "Lo usaba para las voces. Decía que las nuestras no eran bastante divertidas".

"¡Así hay que hacer las cosas!", dijo la llamada Judy.

"Estaba en su garganta", dijo Zanahoria. "Os sugiero que huyáis. Tan lejos como seáis capaces".

"Hemos pensado en organizar una cooperativa", dijo el jefe gnomo. "Ya sabes, drama experimental, teatro callejero, ese tipo de cosas. Nada de pegarnos unos a otros con palos..."

"¿Hacíais eso para entretener a los niños?" -dijo Zanahoria.

"Él decía que era una nueva forma de entretenimiento. Que gustaría a la gente".

Zanahoria se levantó, y tiró la bocina al montón de escombros.

"A la gente nunca le gustará", dijo. "Así no hay que hacer las cosas".

TERENCE DAVID JOHN PRATCHETT

Nacido el 28 de abril de 1948, en Beaconsfield, Gran Bretaña. Orientó sus estudios al periodismo, dejando la escuela en 1965 para trabajar en Bucks Free Press y aprobó el curso del Nacional Council para la Formación de Periodistas. En 1987 decidió dedicarse únicamente a escribir. Ritos Iguales (1987), Mort (1987) y Rechicero (1988) serían las siguientes novelas en aparecer.

Es el autor vivo de ficción más vendido de los años 1990 en el Reino Unido. Gran parte de su producción literaria consiste en la serie del Mundodisco, de la que lleva escritos 36 libros. Actualmente vive cerca de Stonehenge en Salisbury con su mujer Lyn y su hija Rhianna Pratchett, también escritora.

Al INDICE

6. ¿COMO CONTACTARNOS?

Sí tienes algún comentario, sugerencia o colaboración
escribenos a:

darthmota@centro-onelio.cult.cu

jartower@centro-onelio.cult.cu

espiral@centro-onelio.cult.cu

aceptamos cualquier colaboración seria y desinteresada.
Traten de ponerla en el cuerpo del mensaje.

Advertencia: Los mensajes de direcciones desconocidas
que contengan adjuntos serán borrados.

Para suscribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la palabra "BOLETIN" en el asunto.

Para desincribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase "NO BOLETIN" en el asunto.

Para obtener números atrasados envíanos un correo en
blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase en el asunto "Numeros anteriores" y el
número del correo atrasado que desees entre paréntesis a
continuación. Si los quieres todos escribir a continuación
"todos".

Ejemplos: Con el asunto "Numeros anteriores (2)(5)(20)"
obtendrías los números 2, 5 y 20 del Disparo en Red. Con el
asunto "Numeros anteriores todos" tendrías todos los
números del Disparo en Red existentes.

Al INDICE